

HIPOLITO ZAS RECAREY

RIVERA

RUMBO AL FUTURO

DEDICATORIA

A la perenne memoria de la que subió al Cielo una noche de Julio.
El amor que encierran estos libritos que recuerdan a su Rivera, es solo un tímido reflejo del dolor que invade el espíritu de aquellos a quienes solo les queda el consuelo de esperar...

150

RIVERA

RUMBO AL FUTURO

HIPOLITO ZAS RECAREY

1 9 9 6

Rivera, ¿qué pasiones,
qué voces,
qué silencios
acunaron tu origen?

(La Mirada del Tiempo)

Al querido compañero rotario Juan C. Riveiro, a su simpática esposa y a su distinguida familia en general, le ofrezco este librito con profundo afecto, ya que cuenta episodios pequeños de un pueblito lejano que yo quiero mucho.—

D. Laskucarez

X/996

Yo nací en este pueblo
que florece, romántico y ufano,
en el cóncavo agreste de dos cerros,
como en el hueco tibio de una mano. L.M.T.

RIVERA RUMBO AL FUTURO

He querido, con el más afectuoso de mis recuerdos, comenzar el ***Prólogo*** del quinto libro sobre Rivera, sus glorias y tradiciones, con la primera estrofa de una poesía de Luis María Techera, inolvidable poeta riverense con quien en mi infancia compartí el banco de la Escuela de Varones.

Por supuesto que guardo de su persona un recuerdo que ni siquiera la cantidad de años transcurridos (estamos hablando de 1918) han logrado atenuar.

Muchos jóvenes de las nuevas generaciones esbozarán una sonrisa al leer un número que casi se acerca a principios de siglo, pero es lógica la reacción.

También yo me reía cuando escuchaba comentarios de mis antecesores, pero ahora debo reconocer que ellos eran solo unos eslabones más en esta cadena infinita del tiempo que imperturbable se burla de las humanas incomprensiones.

Sin dejar de tratar aspectos de mis temas favoritos que son los que se ubican en el período ya lejano de mi niñez y juventud riverense, no quiere decir que me despreocupe en absoluto de mi pueblo en los presentes días y en los que indefectiblemente debemos afrontar en el futuro.

El título del libro: ***Rivera: rumbo al futuro*** ya está indicando una preocupación por la suerte de nuestra frontera en los tumultuosos años que estamos viviendo y en los más tumultuosos aún que pueden definir el futuro.

Ya es un tema ampliamente comentado en todos los medios de comunicación (diarios, radio, televisión, etc.) de lo que significa para el Uruguay la puesta en marcha del Tratado de Asunción y su inevitable repercusión en todos sus aspectos económicos, culturales, laborales, jurídicos, sociales, etc.

Y creo ser coherente conmigo al establecer que el complejo de decisiones que encara el ***Mercosur*** puede afectar en forma muy particular a nuestro Departamento.

Quizás ni nosotros mismos nos demos cuenta, en su verdadera dimensión, lo que puede significar para nuestra hermosa ciudad fronteriza la ubicación excepcional que ocupa en el mapa geográfico de la región.

No cabe duda que ya estarán operando los *madrugadores* profesionales, los que desde afuera maniobran en pos de situaciones que redundarán en su propio beneficio y muy poco les importa la tierra donde tanto lucharon los que hicieron de Rivera lo que actualmente es, ni tampoco la pasada existencia de un conjunto maravilloso de poetas, periodistas, escritores, artistas, educadores, profesionales de todas las ramas y honestos y capacitados trabajadores, que impulsaron obras que para otros ahora servirá de pértiga firme para saltar por encima de esfuerzos y logros ajenos, en busca de satisfacer cómodamente sus ambiciones.

En fin, voy a cerrar este paréntesis que sin duda también se inscribe en el enorme cariño que siento por mi pueblo, pero no quiero que se entienda que lo único que me sirve de tema son las gentes y episodios que integran el pasado.

Pero vuelvo a decirlo, a riesgo de parecer reiterativo, cuidemos a Rivera, hacerlo con profunda fe, trabajemos por ella en forma acorde al momento que vive el mundo, sintamos como un mandato divino la obligación de trabajar por ella que, o mucho me equivoco, está destinada a ser una pieza muy importante que debemos saber jugar en horas tan delicadas como las que vive este rincón privilegiado de América Latina.

Es el deber de todos, desde los más encumbrados hasta los más humildes.

Llevar a Rivera ***Rumbo al futuro*** tiene la fuerza y la obligatoriedad de un nuevo Mandamiento y que Dios nos perdone si tal aseveración implica una blasfemia que no merece ser redimida.

Y cierro este *Prólogo* que como todos los míos es un tanto *sui generis*, escapando a las normas clásicas en la materia ante el consiguiente *horror* de los literatos, quiero decir que había comenzado a escribirlo en la ***Semana Santa***, recluido en mi casa de Parque del Plata,

atacado de una crisis de pesimismo y angustia, por lo cual me convencí de la necesidad de tirarlo al fondo de la papelera.

Creo que adopté una decisión feliz.

Ciertos estados de ánimo no deben salir de nuestro fuero íntimo y mucho menos cuando esos pensamientos están destinados a un grupo de pacientes y heroicos lectores que no tiene porque hacerse solidarios de lo que a otros les pasa.

Recogeré solamente parte de lo dicho en mis hojas escritas en la Semana dedicada a la comunidad cristiana, con la convicción de que en el campo de lo espiritual sentimos antes y ahora el mismo respeto y devoción que aprendimos desde muy niños, a evocar la historia de un hombre que murió en la cruz para salvar a la Humanidad.

Pero al margen de su contenido religioso, vamos a dar vuelta al revés las hojas del viejo calendario y nos situamos un Viernes Santo rodeando la mesa familiar en el almuerzo tradicional, con el sentimiento de que realmente estamos viviendo un día trascendente.

La ciudad estaba silenciosa. Las calles de tierra solamente levantaban un poco de polvo al paso de una *forchela* ruidosa que ponía la nota un tanto *exótica* en un clima de calma y siesta.

Llegada la media tarde, el ambiente, a compás de una gurisada nerviosa que ya no aguantaba más el celoso contralor de los mayores, se cumplía con otro ritual muy riverense, definitorio de una costumbre arraigada en nuestra frontera: ¡las cometas!

Entonces todos éramos *especialistas*: muchachos y veteranos.

El Cerro del Marco (citamos al que nos quedaba más cerca de nuestra casa) al igual que otros cerros situados en las estribaciones de la Cuchilla Negra o la Cuchilla Santana, se cubrían con cometas de múltiples formas y tonalidades.

Tenemos la sensación que ya algo sobre las cometas dijimos en algunos de los libros anteriores, pero, ¡no importa! es con gran gusto que volvemos al tema.

Nadie se resignaba a que ***su*** cometa no formara parte de aquel enjambre multicolor que le daban al cielo riverense una imagen tan irreal como prodigiosa.

La gurisada preparaba sus cometas con la debida anticipación, en pleno verano aún.

Algunos sacábamos (con *autorización* del dueño) las cañas que crecían profusamente en un cañaveral situado en un solar baldío, en la esquina de Faustino Carámbula y Uruguay.

Deteníamos nuestra labor *depredadora* cuando veíamos acercarse a un jinete cuyo caballo esquivaba los agujeros y montones de tierra que caracterizaban entonces la casi intransitable calle Uruguay: nos producía un cierto temor (sin razones atendibles) la presencia de Don Joaquín Rasgado, un personaje popular que vivía en la cuadra siguiente.

No vayan a suponer los lectores que no conocieron el arte de construir una cometa que se trataba de una tarea fácil. Exigía toda una técnica artesanal.

Y lo podemos demostrar. Los que teníamos la pretensión de considerarnos buenos *cometeros* (disculpen el neologismo) sabíamos que no era *sopa* cumplir con la delicada tarea de elegir las cañas, cortarlas por donde correspondía, pulirlas, ubicar debidamente las piolas principales, preparar el engrudo prolijamente, forrarlas con papel de cometa o de seda, combinar los colores, ponerle los flecos, resolver el delicado problema de los *tiros*, darle las medidas necesarias a la cola (algunos bandidos le agregaban una hojita de afeitar) y finalmente, elegir el momento y el lugar para remontarlas airosamente luego de un estudio *científico* del viento.

Y ya que estamos con ***Semana Santa*** luego de la experiencia *"cometa"* del viernes, con el desborde de *bombas*, *estrellas*, *marinbondos*, *cajas*, etc. al día siguiente vivíamos las alternativas de un gran día: ¡Sábado de Gloria!

A media mañana las campanas de la Iglesia ya anunciaban la resurrección de Cristo.

Todo era algarabía en aquel pueblo de tan firmemente arraigadas tradiciones que desde la vieja Europa y el Oriente Medio, habían traído a la joven América españoles, italianos y libaneses fundamentalmente y todos vivían la euforia desbordante del momento, aunque no supieran mucho de Historia Sagrada ni que a un delincuente llamado Barrabás lo habían libertado mientras decidían que Cristo fuera sacrificado.

Las cuatro campanas de la Iglesia no cesaban un momento de tocar, con la colaboración de la gurisada que se iba turnando en la tarea de prenderse de alguna de las cuerdas que movían los badajos.

Frente a la Iglesia, en la vereda de la Plaza, con su cañoncito de utilería, el inefable Escaletti se movía con un ritmo de máquina para darle al espectáculo la sinfonía de bombas y cohetes que lo tenían a él como indiscutido maestro de ceremonias.

En la puerta principal el Padre Lor sonreía beatíficamente ante la bulliciosa demostración de fe cristiana.

Al poner en orden los borradores de esta nota, otra vez se me aparece la impertinente pregunta: ¿Y el Prólogo?

Se me ocurre uno muy cortito y fácil de entender:

¡Rivera!, ¡Rivera! y ¡Rivera!

¿Hace falta algo más?

Entiendo, salvo mejor opinión de ustedes que está todo dicho.

Comencemos entonces con la primera nota, dedicada a una querida amiga, orgullo de las letras riverenses: ***María Luisa Larena***.

Es cierto que soy frágil y pequeña
pero en mi se concentró la raza,
que define la firmeza de su traza
en la herencia que tengo como enseña.
M.L.L.

MARIA LUISA LARENA

***La poetisa del alma estremecida*, al decir de C. Zum Felde**

Entramos a navegar en aguas profundas ya que no es tan fácil afrontar la misión de describir la personalidad y la trascendencia de la obra literaria de María Luisa Larena, poetisa que llegó a esta ciudad fronteriza que ella amó entrañablemente en 1907, cuando tenía solamente 10 años de edad y que, de más está decirlo, alumbró con su talento desbordante un período muy señalado de la historia cultural de nuestra ciudad en el entorno de las bellas letras.

Corresponde igualmente destacar que llevó a cabo una encomiable actuación en el periodismo local y de tierra adentro y en su muy constructiva presencia cuando de impulsar obras sociales se trataba.

En la búsqueda de orientar la semblanza biográfica de una figura cuya poco común personalidad quizá no aquilaten en toda su dimensión salvo las lógicas y naturales excepciones, los riverenses de los actuales tiempos, debí recurrir a diversas fuentes de información.

No solamente a sus familiares, quienes me facilitaron una documentación muy valiosa al respecto, constituída por cartas que comentan sus poesías, recortes de periódicos, fotografías, etc. sino también los aportes de quienes a través de los años tuvimos el privilegio de ser sus amigos y admiradores.

En lo estrictamente personal, la conocí en la primavera del año 1935. Por esa época edité el primer número de la revista *Frontera* en la que ella colaboró con su brillantez característica.

Poetisa de alma estremecida la definió el escritor Carlos Zum Felde que en 1936 intervino en los actos de la ***Semana de Arte y Cultura*** organizados por el naciente ***Ateneo de Rivera***.

Varias veces mas nos vimos en ocasión de los períodicos viajes que yo realizaba a mi querida ciudad, cuando el destino me llevó a radicarme en Montevideo.

Pasaron los años y a fines de 1985 fui a visitarla a su Casa del Camino Maldonado (Km 11 y medio) donde vivía con sus hermanas.

En mi libro ***Cerro del Marco*** al final del último capítulo dedicado al ***Ateneo*** expresaba:

... y finalmente de María Luisa Larena que en su coqueta casita de Camino Maldonado, allá donde la ciudad grande se desviste de su estructura urbana y comienzan los cercos de madreselvas, sigue escribiendo, sigue tejiendo incansable la apretada red de sus quimeras y sigue soñando con el día feliz en que pueda tener nuevamente sobre su cabeza el cielo de Rivera.

No pudo ser. En cama, en un estado de salud declinante, aunque conservando el ánimo con que siempre comentaba los aspectos de una vida que se iba apagando lentamente como una de las velitas que allá a principios de siglo alumbraban sus sueños de niña, dejó la vivienda de Camino Maldonado (vivió alrededor de un año en *Shangrilá*) y se mudó a Montevideo a un apartamento del *Complejo Barradas* situado enla calle Gualeguay 3386 y fue allí, ante la congoja de familiares y amigos, que subió al cielo el 31 de julio de 1986.

Habían quedado truncos sus sueños de *tener sobre su cabeza el cielo de Rivera*. Fui de los pocos acompañantes de un sepelio que la vio desaparecer en un nicho del Cementerio del Norte.

Allí, en un rincón perdido de la extensa necrópolis quedó el cuerpo de la brillante poetisa, hasta que hace unos tres años, merced a las gestiones efectuadas por el ***Club de Residentes de Rivera*** ante la Intendencia Municipal de Rivera, se logró, tras la tramitación injustificadamente demorada, que culminaran las aspiraciones con las cuales María Luisa soñó un día y fue así como se trasladaron al Cementerio de Rivera sus restos mortales.

Allá en su pueblo que tanto honró con su obra, descansa ahora junto a la urna mortuoria de Doña Zenobia, su madre.

Y luego de esta evocación de muy triste recuerdo que nos provocó el impacto emocional que es de suponer, vamos a delinear, a grandes trazos, los aspectos mas importantes de su biografía, aunque lo trascendental, en nuestra opinión, es que la misma María Luisa narre las alternativas fundamentales de su existencia que en la parte final agregaremos a la presente nota.

En la 6ª Sección del Departamento de Salto, en un paraje rural denominado ***Sopas*** nació el 19 de agosto de 1897.

Su padre: Francisco Larena y Arrugueta (vasco).

Su madre: Zenobia Márquez Pereira (de Salto Oriental).

Fue la mayor de una familia que se completó con diez hermanos: José, Francisco, Elvira, Julio, Celia, Blanca, Esperanza, Laura, Berta y Juan Bautista.

Actualmente viven Laura, Esperanza y Celia.

La familia Larena luego de una breve permanencia en la provincia argentina de Corrientes y en el Municipio de Livramento, se instala en Rivera en 1907.

María Luisa realizó sus primeros estudios en la Escuela Nº 16 de Sopas y luego se fue a la Argentina donde cumplió la etapa de educación secundaria. La citada Escuela Nº 16 había sido fundada y construída merced al aporte personal de su padre y de su tío Manuel Larena, quienes luego la traspasaron al dominio del Estado.

Por esa época su progenitor explotaba una finca situada (sin dato cierto) en las inmediaciones de la *Picada de Mora* donde además de la cría de ganado realizaba diversas tareas agrícolas.

También cerca del *Cementerio Nuevo* había montado una fábrica de ladrillos.

Se instaló igualmente, en la zona urbana de la ciudad, con una fábrica de elaboración de café llamada ***El Cosmos*** cuya producción era exportada a Alemania casi totalmente.

En 1972 la familia se traslada a Montevideo.

Volviendo a María Luisa, su obra literaria es particularmente intensa. Es materialmente imposible citar los títulos de todas las poesías y comentarios literarios que ella escribió incansablemente en Montevideo, colaborando además con cantidad de periódicos de Rivera, de ciudades del Interior y países vecinos.

No poseemos, lamentablemente un detalle exhaustivo de todos los libros que publicó, pero he aquí algunos de los títulos:

Fervor, Flores de Luz, Aristas Americanas, Espejo de Brumas, Mar Infinito, Tiempo sin Tiempo, Isla Unica, Voces de la frontera...

Se hizo acreedora a distinciones de nivel internacional, tales como: Miembro de la Academia Romana de Cultura; de Honor de la Academia Griega de Atenas; de la Asociación de Hombres de Letras de Rio; Caballero de la Croux d'honeur de El Salvador; Miembro de la Rosa Blanca de Martí (Cuba).

Es muy exitosa su labor en materia de periodismo.

Como mero ejemplo, ya que su accionar en esta actividad fue muy intenso, citaremos la campaña que lideró en 1934 en ***Rivera Libre***, semanario dirigido por Antonio Amorós (h); para poner al desnudo una cadena de crímenes, encubrimientos, etc. que dañaban la fisonomía social y política de nuestra frontera.

Al final se impuso la justicia reclamada por el pueblo.

Otro episodio en el que tuvo señalada intervención fue el vinculado al asesinato del Dr. Waldemar Ripoll, ex parlamentario portoalegrense exilado en nuestro país.

En la cumbre del cerro del Marco cierta vez la justicia local improvisó *seu pelourinho*, como dijo un periodista brasileño.

El ***Proceso Ripoll*** hizo época en los anales de la justicia riograndense. Ante una multitud integrada por vecinos de ambas ciudades, el acusado Rodriguez Romaguera fue objeto de un *careo* con la mujer de Pedro Borges, el bárbaro matador de Ripoll.

La militancia de María Luisa en planos reservados arbitrariamente a la exclusividad de los hombres, determinó que un periodista la llamara ***Quijote con faldas***, lo que ella aceptaba como un timbre de honor.

Su pasión por el prestigio cultural de Rivera y su irresistible dinamismo por las causas que tendieran a ese propósito, la convirtió en uno de los pilares fundamentales de la fundación del ***Ateneo de Rivera.***

Se creó el 3 de julio de 1935, siendo doce los fundadores:

Alfredo Lepro, Bernardo Ferreira Avila, Antonio Collazo, Claudio Barboza, María Luisa Larena, Antonio Carámbula, Agustín R. Bisio, Olyntho María Simoes, José J. Chiappara, Héctor Podestá, Tell Ramis y Colombia Segovia.

El cargo de Presidente se confió a Alfredo Lepro, siendo la Secretaria María Luisa Larena, cargo donde desplegó una intensa y feliz gestión.

Con la prudencia y tolerancia que constituyen los cimientos en que descansan este tipo de comentarios, sin pretender ser dueños de una verdad que siempre puede dar origen a polémicas o diferencias de criterio, debo admitir que sin llegar a confundir las evaluaciones que en general los hombres tenemos de las mujeres, experimenté una sensación sumamente grata cuando conocí personalmente a María Luisa.

Coincido con una sobrina de ella, María Isabel, que la definió así:

Fascinante y extraña en su personalidad, esta mujer de firmes valores ha dejado una huella imborrable en el recuerdo de los que la conocieron.

Completamente de acuerdo con este juicio.

Es más, la misma María Luisa afirmaba: *soy la que no comprendieron porque no conocieron.*

La citada sobrina afirmaba que *...su familia sabe que jamás dejó de escribir... En esos diálogos que solía mantener con los suyos les decía que se sorprendia ante la excitación de su mente cada vez que agarraba un lápiz y un papel. No lo podía evitar; quizá fuera la búsqueda de una protección contra esa soledad de la que tanto hablaba su lirismo exagerado.*

En cuanto a mi opinión personal, continuando con el relato de como he juzgado a la poetisa a partir de nuestro primer encuentro hace ya más de 60 años, comenzaré afirmando que me

impresionó en forma muy sensible la firmeza granítica de sus conceptos. No era una polemista que caprichosamente defendía sus ideas, no entraba en el juego libre de las discusiones, especialmente cuando se tocaban temas de contenido social, artístico o literario.

Defendía su opinión con serena firmeza, pero cuando el intercambio de puntos en discusión alcanzaba un nivel que entendía desordenado, dejaba trunco el cambio de opiniones amparándose en una sonrisa extrañamente enigmática.

Se quedaba callada y parecía que su pensamiento volaba rumbo a otras coordenadas.

Era característico en ella un gesto dubitativo, sin exteriorizar una frustración, ante situaciones que quizá solo ella era capaz de descifrar en su fuero íntimo.

Vivió horas de grandes satisfacciones; era sensible y agradecida ante los halagos de amigos, comentaristas y colegas, pero sin aparecer desdeñosa o *suficiente*. Toda esa miel la iba diluyendo en el recuerdo de algo o de alguien. Miraba hacia el cielo con significativa frecuencia y entonces sí desaparecía ese hálito de melancolía definitoria de una meta inalcanzable.

Era buena, comprensiva, colaboradora y entusiasta en toda obra benéfica o cultural y junto a otros prestigiosos intelectuales riverenses colocó a su pueblo en un sitial de privilegio.

Y entrando en una zona particularmente difícil de transitar y respecto a lo cual no corresponde hacer conjeturas, recurro nuevamente a un comentario de su sobrina que expresa:

Su vida amorosa fue triste y de desilución, su panorama sentimental siempre estuvo oculto a los ojos de la gente, solo su familia y sus amigos más cercanos supieron todo lo que sufrió y cuantas fueron sus lágrimas de dolor.

A raíz de estos desconsuelos giraría casi toda su obra, una mezcla de amargura, soledad y frustraciones que hicieron de su poesía verdaderos cantos a la vida y al transitar por ella con sueños, lágrimas, energías, esperanzas, ilusiones y desencantos.

Como ya lo hemos expresado en otra parte de esta misma nota, sus hermanas fueron custodiando cientos de cartas, recor-

tes de periódicos, expresiones muy significativas del concepto que de ella se tenía y dentro de esa documentación he hallado un material precioso: una semblanza biográfica escrita por la propia Maria Luisa.

La he considerado tan valiosa de todo punto de vista que no he resistido a la tentación de darla a conocer a los lectores, por lo menos en algunos conceptos fundamentales.

Dice así:

Llegué al mundo de la realidad, por la mano de una equivocación.

El accidente de mi nacimiento se produjo en un planeta que no era precisamente en el que debía haber nacido.

Quizá dejé un hueco de actividad y sueño en otro planeta más cómodo y menos egoísta. Desde este accidente vivo extraña entre las gentes que me rodean, y soy extranjera en todos los rincones de esta tierra amarga y rara.

Dicen mis padres, que aparecí en una noche fría de Agosto llorando a lágrima tendida. Hasta el sol estaba ausente en esa hora. La medianoche bautizó mi arribo con el bautismo de un desgarramiento insólito.

Creci en un medio huraño y fui huraña también.

A los cinco años, había creado un lenguaje propio que utilizaba para hablar con los insectos, las flores y los astros.

Creía que los árboles eran seres animados a quienes una fuerza superior había inmovilizado o dejado mudos, pero que oían y sufrían. Me dolía cuando alguien cortaba un árbol.

Los respetaba como a dioses. Me gustaba estar con ellos.

Un temperamento supersensible fue la manifestación de una infancia madurada precozmente. Siempre me gustó estar sola.

En el colegio rehuía el trato de mis compañeras, porque sufría por la cosa más insignificante.

De cualquier suceso hermoso sacaba conclusiones de belleza, y me extasiaba dándole forma.

Mis composiciones escolares me pusieron en primera fila; y fui siempre obediente y puntual.

Me lastimaba el trato con las personas que no entraban en mi mundo. En mi hogar fomentaron mis extrañas ocurrencias,

dejándome ser como era. El fantasma de la imaginación, me pintaba mundos que yo recorría con la emoción de ser allí el supremo árbitro.

Me gustaba pensar. Toda emoción feliz me trastornaba al extremo de querer gritarla porque me sentía pequeña para contenerla. Mis muñecas tardaron en abandonarme. A los catorce años las vestía con modelos creados por mí.

Las maestras que tuve eran seres perfectos y las quise con idolatría. Todas dejaron huellas profundas en mi espíritu. Todas menos una que tuvo la virtud de decepcionarme y a quien miré con indiferencia. Su falta de tacto la mató en mi alma de niña-mujer. Que Dios me perdone. Mi adolescencia estuvo repleta de mil formas ilusorias.

Empecé titubeando a volcar en el papel estas ilusiones. Ideas que flotaban en mi mente, cerrada todavía para toda lucha exterior, sellaban mis cantos de niña de un extraño efecto de inquietud.

A los siete años un canto de escuela despidiéndome de ella.

A los ocho años, balbuceando salió a ser objeto de risas y burlas unos pseudo versos titulados: ***Adiós a los años pasados****, de pretendido corte serio. Todavía me acuerdo de estos precoces ripios y sus efectos.*

Mientras crecía mi inquietud yo abría las ventanas del alma, para dar paso al lenguaje de una estrella; al canto de un pájaro; a la contemplación de cualquier panorama de belleza.

La naturaleza me encantaba. Nadie conspiró contra esta disposición. Y por eso, tal vez, mi piedra fundamental fue el optimismo. Confianza en los seres y fe en el camino.

En cambio, sin saber por qué, ¡yo era triste! ¡Siempre lo fui!

Empecé a ofrecer demasiado temprano para el funeral de mis ilusiones. Rocé el borde del vaso de miel; también sin saber porqué.

A las columnas del ***Comercio*** *llevé, como un malhechor que se agazapa en las sombras, mis primeros ensayos, ocultos tras un pseudónimo.*

Fue en sus páginas que confié mis temores en el porvenir. Casi una niña, sin conocer la vida, la encaraba con el lente de su verdadero aspecto. Y así logré hacerme lugar en el alma de algunas personas hastiadas.

Casi inconscientemente, fui derramando un contenido amargo, sin haberlo gustado. ¡Ingénito principio de la criatura humana! Sin explicarme su causa, me allanaron todos los obstáculos.

Así pude seguir... nunca pasé por el martirio de aguardar en la antesala del descontento, la audiencia del fracaso. El estímulo me apuntaló.

Aquí hago referencias al público y al período ya citado que me bautizara con la primera impresión de aquella audacia lírica... y con quien tengo contraída una deuda de gratitud. Más tarde, vino lo que yo esperaba. La primera corona de espinas me la ofreció la vida, disimulada entre falaces flores.

De aquí que aquel pesimismo presentido se agigantó, extendiéndose en mis estrofas. Creo que sollocé mis desencantos por todas las vitrinas de los periódicos locales. Fue una explosión incontenida. Sin pudor. Sincera.

Ya no hice versos en el libre fraseo mas o menos pulido. Por ese camino de sombras, llevé esa angustia más allá de mi pueblo. Fue en ese período que merecí los honores de varias transcripciones en la prensa del Interior.

Recorrí otras ciudades como una sacerdotisa pagana dando la eucaristía de mi ácimo pan.

A esta altura de mi Gólgota, entablé conocimiento con otros muchachos de espíritu bien orientado, que, con sed de justicia fundaron un periódico de combate, célebre por su campaña, inolvidable aún en el recuerdo de la población.

Bajo tal manifestación de rebeldía, apagué la llama viva del dolor, y nació en su lugar una piedad desmedida, infinita, por todos esos seres que más o menos arrastraban su foco de tragedia.

Tuve el honor de ser solicitada por ***Mercurio*** *prestigiosa revista de la Capital, en cuyas columnas publiqué infinidad de versos. L. Michel, su director en aquella época, fue un puente entre mi limitada popularidad y la que adquirí después de hacerme conocer en Montevideo.*

Hasta ahora, no he desmayado jamás. Hasta ahora no he dejado de ser lo que fui. Un alma torturada de sueños que buscó y busca espacio para salir...

No soy literata. Para ser literato hay que someterse al capricho del figurín literario. Esa literatura de catálogo que adopta formas para cada estación, no tiene cabida en mi espíritu.

Son sencillamente YO.

En cada cátedra libre donde la erudición está ausente.

Declaro que nunca soñé con el deseo de ser ALGUIEN en las letras. En ellas he buscado la forma viable de descongestionar un poco esta ansia insostenible de soñar.

Escribir. Escribir... Una sucesión de tristezas y reacciones que se visten en el templo de la Musa.

Rebelde por temperamento, nunca pude someterme a ningún sistema.

Nadie. Ni siquiera ese abismo de decepciones subsionante, aunque un insoluto deber hacia los pocos, que aun mantienen la llama de mi fe.

Y sobre ella, mi alma, que fluctúa en las rebeliones castas de mi omnímoda soberanía.

M.L.L.

... y tu Cerro del Marco, que es un puño
cuyo índice gigante
señala eternamente las estrellas
indica eternamente lo insondable...
(O. M. Simoes)

LUIS ALBERTO OSPITALECHE

La personalidad del autor del "Marco de Oro"

En una interesante publicación (***Diccionario Riverense***, cuyo autor es José Salomón de León) el Prof. Luis Alberto Ospitaleche, realiza el siguiente comentario que no resistimos la tentación de transcribirlo textualmente.

Desde la creación de Rivera fueron muy pocos los artistas plásticos que se dedicaron a la escultura en nuestro Departamento, por lo tanto muy poca es la obra que estos coterráneos dejaron y puede ser vista por nuestra población. Los gobiernos departamentales no se han preocupado del embellecimiento de la ciudad con monumentos públicos, en homenaje a sus líderes o hechos históricos, y muy pocos y aislados han sido las personas o instituciones que han por propia iniciativa (colectas, rifas, etc.) homenajeado a quien consideraron merecedor de esa distinción.

Recordamos a Agustín Bisio; Gral. José G. Artigas (Plaza Artigas); Homenaje a la madre (Plaza Internacional); Cnel. Bernabé Rivera (Bul. B. Rivera); Paul Harris; José Enrique Rodó (Plazoleta del Liceo Nº 1); Olyntho Maria Simoes ("Bica"); Marmaduque Pedrozo (Plaza J. Zorrilla de San Martín); Carlos Gardel (Bul. Pte. Viera); Quim. Federico Diaz; Barón de Rio Branco; La Negra (Miguel Anollés) y varias mas distribuidas en escuelas: estelas, bustos, etc.

Al margen del antedicho comentario, confieso que no es tan fácil intentar darle forma a una nota biográfica que refleje, o intente reflejar, la personalidad de un artista riverense de las características, creador de importantes obras, de ***Luis Alberto Ospitaleche***, propósito que quizá esté mas allá de los fines que me han guiado a escribir esta serie de libros que pretenden recoger algunos trozos dispersos de episodios que pertenecen ya a la historia de una comunidad que paso a paso va tratando de convertirse en uno de los centros culturales mas evolucionados del país.

Pero voy a intentarlo y para ello recurriré a juicios de críticos prestigiosos y al comentario, tan lleno de hermosas reminiscencias, de quien, en su obra de escultor, ha alcanzado ya la atención admirativa, de quienes deseamos ver a Rivera en la cumbre de las mejores realizaciones artísticas y del desarrollo cultural que merece ampliamente.

Para llevar adelante mi finalidad voy a recurrir, por razones obvias, no solamente a la palabra del propio escultor, sino a un juicio que en el hermoso libro ***La Mirada del Tiempo***, de la autoría de dos escritoras de muy fina sensibilidad (Delia Cazarré de Alvez y la siempre recordada Mirtha Garat de Marín) que en dicho libro transcriben una nota de Roberto de Espada, que expresa en una de sus partes:

Ospitaleche, en reciente fase creadora, encauza en apariencias simples un mundo complejo: murallas grandes y pequeñas con testas de guerreros y escudos de combate; torreones que avizoran; y, de pronto, en una ojiva diminuta, una cabecita con algo de asombro y de inocencia.

San Juan de Acre, sobre el Mediterráneo, tiene esos muros, esos torreones, esos guerreros. Es que el Siglo XI se impregna con sus barcos y Castillos, sus almenas y sus puentes, el alma del artista, y de esa amalgama de historia cristiana y árabe, estalla esa riqueza esencial y formal...

Cada una de sus cerámicas es una provocación para internarse por los vericuetos que crea por medio de tubos, vacíos, plenos... e incitan a una contemplación detenida que puede regodearse penetrando esos micro-ámbitos severos y sensibles.

En forma coherente con los juicios que se han expuesto, podríamos citar trozos de comentarios muy significativos que al respecto han efectuado conocidos especialistas de arte de nuestro ambiente:

...cuya obra maestra merecería ser enviada a exposiciones bienales e internacionales. (Amalia Polleri: julio 1987).

Una bella conformación determina su imaginada búsqueda que da pie para armonizar sus piezas. (Dr. Horacio Rosete de Salto; palabras al finalizar un comentario, donde refiriéndose a artistas plásticos citó a Lucio Fontana, Scialoja, Rothko y Ospitaleche. Destacamos que los tres primeramente nombrados son los más importantes artistas plásticos del mundo que innovaron el concepto de la expresión artística).

Son elocuentes las expresiones de Jorge Abbondanza que dijo: *Así, con el paso del tiempo y el ingreso de sabiduría, se ha formado en los terrenos de Rivera un artista que a menudo proyecta el resultado de su faena sobre el resto del país.*

Y dejando para la parte final de este artículo algunas creaciones particularmente atractivas (El ***Marco de Oro***, por ejemplo) vamos a referirnos a datos elementales de la biografía de Ospitaleche, propiamente dicha:

Su apellido paterno era Ospitaletche (de orígen vasco) que quiere decir *casa que ofrece hospitalidad.*

Nació en Rivera el 17 de noviembre de 1945, en una casa situada en Av. Sarandí y Florencio Sánchez.

Su padre, Joaquín Ospitaletche Erazum era oriundo de Durazno, donde nació en 1888.

Era de profesión talabartero (especializado en la fabricación de botas) pero al nacer su hijo Luis Alberto se alejó de su anterior oficio (tenía 57 años entonces) y se instaló con un bar en la citada esquina de Sarandí y Florencio Sánchez.

En cuanto a su madre, Doña Jacyra Machado, era artiguense.

Con referencia a su casa paterna y a su niñez, dice así Ospitaleche:

La casa donde nací, muy antigua, casa de piedra con un gran patio en el cual con un duraznero al centro, el gallinero y el horno de pan, hizo crear una gran cantidad de fantasmas y con ellos los temores naturales de mi niñez.

Desde allí fui invadiendo el mundo exterior, con juegos a la rayuela, soldaditos de plomo y salidas al Cine Astral (los miércoles al matineé de las 5 de la tarde), la mayoría de las veces entrando gratis, pues como era vecino, "El Gordo" (portero) me permitía "colarme". Recuerdo que en una ocasión (a solicitud de mi madre) recogí en el gallinero unos cuantos huevos y con ellos en el bolsillo me fui al cine. En el primer "zapateo" sentí una viscosa frialdad bajar por mis piernas desnudas, de pantalones cortos...

Nuestra vida era un juego, el "flaco" Carlos Castillo; mi hermano "Chungo" (Joaquín Marcelo), mi hermana Teri (Teresita), Ruben Leal Mora, Pinocho "Julio" Suarez y su hermana Marilú.

También el recuerdo del negrito Ramos (fallecido en agosto de 1955 en un trágico accidente); el Beto Cardozo y sus hermanas Sonia y Rita; el Bebe (Heber) Brum; el Pino Rodríguez; los hermanos Araújo; Ruben e Ica Iglesias Lara (del último recibí mi primera y negativa impresión al perder un buen amigo pues una bala perdida se llevó a muy temprana edad la vida de un niño al cual quería profundamente).

También mi gran amigo Nelson Rebollo Palomeque, compañero de banco en el colegio de monjas de 2º año, el destino quiso que ese mismo año el "Tornado de Tranqueras" llevase a su madre entre los desastres causados. Recuerdo como si fuera hoy cuando a Nelson lo retiraron de clase, luego de lo cual la monjita nos explicó lo sucedido. ¡Con qué terror y lástima nos miramos con el turco Fiat (Roberto), al cual yo le hacía los dibujos!

Ese mismo año apareció en el colegio y en el barrio (venido de Paysandú) Julio Salaberryborda con sus hermanos, amigo que se sumó al grupo de diablillos que entre inocentes y no tan inocentes bromas atribularon a los vecinos que pugnaban por progresar.

Pitin Righeti, Bichito Berrutti, Nenito Ariel Blanco, Olga Correa Paiva y otros, junto a nosotros, devastaban (en pequeña

medida) lo que la firma Leal y Giani edificaban para el progreso del barrio.

Con los tanques de 200 litros hacíamos carreras, con las zorras cargadas de material nos largábamos en la bajada de Florencio Sánchez y Agraciada, y la policía (vecina del barrio) nos llevaba detenidos ¡por jugar a la pelota en la calle!

Lo más gracioso era que quien denunciaba solía ser el padre de alguno del grupo, generalmente Don Napoleón Cardozo (almacenero) padre del Beto, único vecino con teléfono.

Dejemos al niño Luis, a sus revoltosos y simpáticos compañeros de correrías por el barrio y comentemos su pasaje por la escuela y el liceo.

En tercer año ingresó a la Escuela Nº 1 ***Artigas*** y fue allí, luego de una charla que tuvo con la maestra Azorina Narbondo que estalló la chispa que iluminó la senda artística que con creciente éxito fue recorriendo el futuro escultor.

En esa misma escuela tuvo maestros y directores que alentaron los propósitos del joven alumno, entre los que recuerda al maestro De la Vega y a la Srta. Beatriz Sosa.

Entre sus queridos maestros de tan señalada época de su carrera, además de la maestra Narbondo de decisiva trascendencia en su orientación, no olvida al maestro Abel Pereira, la maestra Olga Aguinsky y al maestro Miguel Blanco.

Finalizada la etapa de Primaria, realizó todos sus estudios secundarios en el Liceo Nº 1, manifestando que no puede dejar de recordar a tres de sus profesores de Dibujo que colaboraron con él haciendo aflorar su creatividad: el Profesor Nemesio Suárez y Arturo "Pitoto" Mendez y con Mocita Carballo con la cual tuvo el primer contacto con el barro y la forma.

Comenta Ospitaleche que el destino le brindó una emocionada alegría el día que Mocita llegó hasta su taller con el carácter de alumna.

Un detalle que parece carente de significación pero cuya trascendencia espiritual no puede silenciarse es el siguiente: la Profesora de Geografía María Victoria Albornoz y el Profesor de Francés Badán, elogiaron la calidad de sus dibujos y lo invitaron

a que dibujara en el pizarrón ante la complacencia admirativa de sus compañeros de clase.

La influencia de los vecinos también fue muy valiosa, como lo evidencia el hecho de que Don Carlos "Pepe" García, almacenero de la esquina de Agraciada y Florencio Sánchez, le hacía llegar toda la información periodística referida al ambiente artístico nacional y en particular (década del 60) los comentarios que la prensa especializada realizaba en sus primeras intervenciones en eventos artísticos.

No termina en lo antedicho la relación de quienes vinculados o no a la enseñanza lo alentaron a proseguir en una carrera tan exitosamente iniciada.

Dice Ospitaleche al respecto:

También empecé a sentir el apoyo y la simpatía de mi querida poetisa María Luisa Larena que se consideraba con orgullo "madrina" de mi actividad.

Ella me consideraba, además de vecino, amigo y colega artístico, porque en sus últimos años en Rivera, me entregó sus últimos manuscritos para que los leyera, los cuales en mi ignorancia no supe valorar.

No debo olvidar a Doña Manuela Brum y su esposo el Coronel Aparicio Suárez; a Don Alvear Méndez (Secretario de la Intendencia Municipal y autor de muy buenos trabajos sobre historia de Rivera) y tantos otros que como vecinos y amigos apoyaron mi incipiente actividad.

Allá en 1964 me vi influído por una obra del gran artista y retratista riverense Ruben Quepfert ("Retrato de niño con manzana") propiedad de la Intendencia, el cual copié a satisfacción de mis colegas municipales (yo también era funcionario municipal), y por ellos fui incentivado a ingresar a la Escuela Taller de Artes Plásticas. Desde ahí me inicié en los cursos que dirigidos por Ruben Quepfert (Dibujo y Pintura) me llevaron a conocer los misterios del barro.

Por cosas del destino quiso éste que el gran ceramista uruguayo Jaime Nowinsky visitara Rivera y en esa oportunidad dictara cursos de cerámica, a fin de encontrar a un artista con habi-

lidades a tal fin, y a ese grupo me acerqué, siendo entonces seleccionado, en calidad de becado, para concurrir a Montevideo.

Allí continué estudios con Edgardo Ribeiro (pintura y dibujo) y con José Collell, y Cerámica con Marco López Lomba. Desde ahí en adelante estaba en mi salsa, las oportunidades, las exposiciones, los cursos, los salones, los premios, los alumnos, hicieron parte de mi vida.

Ya en 1968 estaba dando clases en la ETAP y en 1969 ingresé a Educación Secundaria.

En la faz artística me acompañaron excelentes alumnos como Luiz Carlos Canabarro Machado (actual renombrado artista brasileño), Gabriel Dutra (pintor, ceramista y dibujante ya desaparecido) y llegando a la actualidad con Jonhy Umpierre, Juan Carlos Urioste, Betty Bras, Francisco Jansen Ferreira, Teresa Escobar, José Balao, Rose Alvez, que me han llenado de orgullo recibiendo premios en varios salones en los cuales participaron.

Sobre mi trabajo podré decir que he ganado varios premios, siendo el mayor de ellos el reconocimiento de mis conciudadanos; las invitaciones que me llegan desde mi país para exponer, también las del exterior para dictar cursos en otros países y realizar exposiciones; tener la certeza de ver una obra finalizada que es buena, y es buena porque con ella me siento conforme, feliz, realizado, y que mas puede querer un artista que sentirse auténtico, no estar haciendo lo que el público pide, sino lo que él siente.

En esta nota ya he mencionado a varios plásticos riverenses que han influído en mi obra, ingrato sería no recordar a posiblemente el principal de ellos, y me refiero a Osmar Santos, también mi admiración para Clever Lara (compañero de estudio en el taller de Edgardo Ribeiro junto a Ramón Iglesias y Nelson Leites).

En Rivera: Antonio Higueras (ahora en Madrid), Ely Albernaz, Gustavo Alsó, Washington Bruno, Hugo Lago, todos ellos creadores de alta sensibilidad, que le han dado a las artes plásticas riverenses una firme ubicación en el área nacional, con el reconocimiento de muchos países, pues hemos ganado premios a nivel internacional y numerosas invitaciones (Brasil, Argentina, Francia, Paraguay y España).

En el momento me encuentro trabajando artísticamente (en la docencia) en Livramento. He sido invitado a exponer en la Facultad de Santa Maria (Brasil) y dictar cursos en el mismo lugar todo ello previsto para el segundo semestre de setiembre de 1996.

*Para ello me encuentro trabajando en unas formas escultóricas en terracota, con una vieja idea, siembre basándome en el **ser humano**, con una búsqueda apoyada por un profundo conocimiento del manejo del barro.*

Esta misma muestra creo será traída a nuestra frontera y posteriormente llevada a Madrid, donde estoy comprometido a exponer próximamente.

Como colofón de esta crónica que nos habla de la obra que a través del tiempo ha ido señalando las realizaciones de un artista de la calidad de Luis Ospitaleche, uno de los seres a los cuales la varita mágica del Destino lo ha señalado como un triunfador en el complejo reino de las artes plásticas, meta anhelada por muchos pero reservada para pocos, deseamos hacer una mención muy especial a una de las últimas realizaciones surgidas de sus manos... y de su mente privilegiada: el ***Marco de Oro***.

Esta distinción, que periódicamente la Comisión de Cultura pone en manos de aquellos que a su juicio han desarrollado una obra de significación en el futuro de nuestro Departamento, no solo en el ámbito cultural o artístico, sino en creaciones de todos los órdenes (industrial, económico, social, etc.) le fue encomendada al escultor Ospitaleche por la Junta Departamental de Rivera, que en 1941 presidía el maestro Valentín Leal.

Debemos exteriorizar nuestro más cordial sentimiento de orgullo *terruñero*, por haber recibido del Señor Intendente, el ***Marco de Oro*** (en el área *Letras*) en una imborrable ceremonia llevada a cabo a fines de 1944.

Por supuesto que el ***Marco*** ocupa un lugar de honor en el lugar de trabajo de este riverense que al margen de reacciones anímicas de pretendida modestia, no oculta la satisfacción que recoge luego de una vida de evocaciones muy gratas por el solar nativo.

Un tema final, cuya esencia no es de fácil análisis, es el relacionado con lo que el ***Marco de Oro***, más allá de sus características físicas, puede representar en la mente de quienes viven la emoción de tratar de descifrar (lo indescifrable) de lo que encierran los objetos materiales que tienden a definir un cierto simbolismo.

No vamos a tratar de penetrar en un mundo que pertenece exclusivamente al creador.

Pero no podemos tampoco dejar de decir algo, por lo menos dentro de las limitaciones que, reconocemos, tenemos en el planteo de temas como el que hoy enfrentamos.

Nos impactó de entrada el feliz ***antropomorfismo*** que impulsó Ospitaleche a través de su figura.

Efectivamente, allí está plenamente logrado el ***espíritu*** que anima a una antigua construcción de piedra y mezcla calcárea.

Lo hemos elegido como tema central de la carátula de nuestro anterior libro (***Aleluya Rivera***) donde luce con una prestancia y una fuerza de muy expresiva modalidad.

Es la figura de un ser cuya visión nos impone por su aspecto de gladiador de la época de los Césares o de Hidalgo español de cuando transitábamos por las rutas del coloniaje.

Y toda esa figura está imaginando, a través de su estilizada imagen, las líneas constructivas o arquitectónicas del histórico y querido marco fronterizo, del mismo que nos habituamos a querer, a admirar, a compartir con él nuestras incógnitas de niños y luego nuestras incertidumbres de hombres.

En nuestro primer libro, que se tituló justamente ***Cerro del Marco*** le dedicábamos un capítulo (*Cada comarca en la tierra tiene un* ***Marco*** *prominente...*) donde dialogamos extensamente de cosas muy queridas con nuestro amigo de piedra.

Y a propósito de *piedra*, el cuerpo central de la histórica construcción fronteriza culmina en su parte superior con un prisma de granito que Ospitaleche perpetuó en la cabeza del ***marco-símbolo***.

No podemos dejar de recordar la parte final de los magníficos versos de Olyntho Maria Simoes, que expresa:

...y tu Cerro del Marco, que es un puño
cuyo índice gigante
señala eternamente las estrellas
indica eternamente lo insondable.

Y como corresponde, finalizamos esta semblanza biográfica con el comentario que sobre el tema le merece su propia obra al autor.

Es indudable que un buen escultor tiene también una sensibilidad de poeta, de soñador, de artífice material de lo que él guarda en un rincón de su sensibilidad.

Todos podemos tener en nuestras manos un trozo de barro, de arcilla, de mármol o de metal, pero ese barro tomará forma de obra de arte si quien lo modela tiene el pensamiento fijo en una inspiración creativa.

Ospitaleche le da a su ***Marco*** un contenido muy especial que nos apresuramos a divulgar y a compartir su esencia.

Dice así:

Nuestros conocidos marcos, llevados a la unificación en el que, encima del "Cerro del Marco" es parte de nuestro escudo riverense, puede, para los pesimistas ser símbolo de separación; como para algún patriótico e integracionista discurso ser "de UNION".

*En el caso que tratamos, nuestro símbolo es de **Rivera** (nuestra ciudad).*

Para un creador, el árido Marco, sin una belleza artística aparente, fue un desafío: con poco ya elaborado, llegar a un mucho, artístico y eterno.

*Y desde ahí, armando y desarmando lo ya hecho, llegué a la representación del **Hombre**, fundamento de nuestra sociedad, que al integrarse tanto a ella, pasa a ser no solamente riverense, sino **Rivera** que se funde en el bronce dorado para ser la esencia misma de nuestra historia.*

Vengo del Norte...
Vengo del Norte, donde estalla el suelo
en potentes pezones y campanas...
Vengo del Norte. ¡Vengo
de una tierra de fuego y de esperanza!
(Ayutan)

Poeta, escritor y periodista

TAUNAY DE BARROS FRANCO

La vida inquieta de un creador

Para los riverenses, especialmente para los moradores que continúan teniendo sus hogares en nuestra ciudad, ya que somos varias decenas de millares los que debimos radicarnos por distintas causales en la Capital u otras ciudades del Interior y aún fuera de los límites territoriales del país, el nombre de ***Taunay de Barros*** integra la lista de quienes, con el correr de los años han logrado mantener en la memoria el nombre de los que, con sus realizaciones, han sabido honrar a estas tierras de frontera.

Puede ser motivo de distintos enfoques resolver en que característica de la actividad cultural o intelectual debemos incluirlo.

Su obra, dentro y fuera de su ciudad natal, ha sido de perenne dinamismo y siempre ha sido considerado con justicia un triunfador.

Logró sin duda las mejores realizaciones como poeta, escritor y periodista, pero lo evidente es que su inquietud permanente lo llevó a intervenir, con el mejor de los sucesos, en otras actividades vinculadas directamente a obras sociales que siguen dando motivos muy gratos a la recordación.

A Taunay de Barros lo conocí en 1982 (no podría precisar la fecha) cuando en un diario de la mañana leí la noticia de que un poeta riverense realizaba en la sede de la Asociación de Em-

pleados Bancarios el lanzamiento de un libro titulado ***Frontera en Solfa***.

Por supuesto que allí estaba yo cuando Ivan Kmaid hizo la presentación de rigor, destacando los méritos literarios del autor fronterizo.

A partir de ese día nos vimos periódicamente ya que ambos integramos la ***Comisión de Cultura del Club de Residentes de Rivera*** que luchaba por proyectarse en una comunidad que (pedimos disculpas si somos injustos en el comentario) no siempre acompañó con vigor la obra desarrollada con gran espíritu de superación y cariño por el núcleo de riverenses que dirigía el Club que nos agrupaba.

Pero, ese es un tema que hoy no vamos a profundizar.

Y ya que mencioné a ***Frontera en Solfa*** aprovecho la ocasión para manifestar mi opinión al respecto. No estamos frente a un libro vulgar ni mucho menos; me atrevo a decir que en una forma un tanto *exótica*, si se quiere, de características muy peculiares, constituye un bosquejo histórico, de temas insólitos, de una época de Rivera comprendida en un período de casi 60 años: 1885 a 1944.

¿Que fue lo que hizo?

Muy sencillamente, de hecho se enclaustró durante un lapso muy prolongado en las salas de la Biblioteca Nacional (lugar donde recibió la cordial atención de sus funcionarios) y leyó, de punta a punta, los diarios, periódicos y revistas editados en Rivera entre los citados años.

Y acá viene lo realmente digno de destaque.

Mejor dicho, hay dos cosas sin parangón:

1º) Seleccionó editoriales, crónicas políticas, comentarios generales, avisos comerciales, edictos judiciales, fiestas sociales, eventos deportivos, curiosidades, episodios graciosos y de los otros, actividades artísticas, etc. Todo, absolutamente todo, le sirvió de tema.

2º) Todo eso fue objeto de una versión poética, lo cual lo reflejó en un verso surgido de su frondosa imaginación.

No voy a enunciar una temática que se extiende a través de 127 pequeños versos, pero allí está todo lo que simboliza el alma

de Rivera desde fines del siglo pasado hasta mediados del que se acerca al final.

Como ejemplos, solamente cito algunos:

La diligencia de Don Esteban Carballo; crónica oficial de una tertulia; episodios de la *leva*; la mudanza de la Familia Sichero; Tranqueras pide un puente sobre el río Tacuarembó; Juan Crisci el zapatero; Vales para comprar carne expedidos por La France; rico *cambrays* que ofrece la tienda de Salvador Gomez; La Fonda Italiana de Don Bautista Viviani; baile en el Club Uruguay; ¡sopa juliana! y un pectoral que vende la Farmacia Royol; calzado en lo de Aparicio Umpierrez; cuando la *suerte grande* cayó en Rivera; banda militar de un batallón; domingo de Carnaval; receta para un budín inglés; la aparición de la ***Gillete***; corridas de toros en Santa Ana; la Barbería Central de Juan A. Villoz; el aljibe de la Estación; crónica de una maravilla que nace: el cine; La France vende ***Agua Oriente*** para la piel; ¿Por carruaje? pero ¡viejo! día y noche funciona la Cochería del Pueblo de Cándido Quinteros o Benito Seleguín; en la Plaza de Toros de Sant'Ana ovacionan al lidiador que remata al *coitadinho*; el corset ***Karo*** en Casa Salus; el auto Overland; la epidemia de gripe; Carlos Cavaco en Rivera; Queso y barba en la Barbería de Araújo; carta abierta del Coronel ***Pau Furado***; el Consejo y la perrera; el agua de la Fuente Oriente; el crimen de los plátanos arrasados; etc.

Corto la mención de los temas cuyo número se acerca a doscientos.

VICTOR PIRRONGELLI

Antes de continuar con la obra y vida de Taunay deseo hacer una referencia muy especial sobre el dibujante Victor Pirrongelli, autor, no solo de la carátula del citado libro, sino también de los quince espléndidos dibujos que en forma brillante ilustran sus páginas.

Confieso que no soy un especialista en la materia, pero sin ninguna jactancia creo que algo conozco sobre dibujos y dibujantes, por lo cual me atrevo a opinar que la técnica de Pirrongelli me ha impresionado sensiblemente.

Ya he visto en otras publicaciones riverenses sus trabajos pero las circunstancias han impedido que tuviera el gusto de conocerlo personalmente. Solamente me consta (a través de una pequeña crónica que el libro de Taunay publica en la "solapa" de su libro) que a fines de 1978 Pirrongelli inauguraba en una Galería de Arte de Montevideo, una exposición de sus terracotas, dedicada a la memoria de Olyntho Maria Simoes.

Había seleccionado textos del gran poeta como temas de sus creaciones, y junto a ellos, textos de otros autores coterráneos.

Confío que el destino me dé algún día la oportunidad de brindarle mi amistad y admiración a Pirrongelli y aprovechar la ocasión para darle forma a una semblanza biográfica que medianamente esté de acuerdo con la calidad artística del gran dibujante.

VOLVAMOS A TAUNAY

Nació en Rivera el 3 de octubre de 1926, en la casa de la Avenida Sarandí Nº 670, donde luego se instaló el Cine Riverense y años después el Cine Astral.

Su padre, Don Hildebrando de Barros, que durante varios años estuvo al frente de la Administración de Rentas, nació en la 2ª Sección Judicial de Rivera, siendo hijo de portugués y brasileña.

En cuanto a su madre, Doña Diamantina Franco, era oriunda de Rivera e hija de brasileña.

Cuenta Taunay que al margen de su natural inclinación por las letras, fue muy importante la influencia que en tal sentido recibió de su padre y madre.

Expresa que Don Hildebrando fue un verdadero autodidacta, ferviente lector de libros de Historia y de Ciencias Naturales (especialmente Botánica) alcanzando merced a su esfuerzo y a su capacidad, un caudal de conocimientos que le permitieron desarrollar su vida funcional en una forma particularmente efectiva.

En cuanto a su madre, manifiesta que siempre lo alentó en sus iniciativas juveniles, no dejando nunca de confiar plenamente en el porvenir de su hijo.

En su casa de Sarandí 670 tuvo como vecinos a Sarandy Cabrera (escritor, poeta y político) que volvió a su Patria luego de una larga permanencia en la República Argentina; a la Familia Frós; la de Isidro Neme (propietario de una tienda) y la de Don Elvaro Arzeno.

En una de las esquinas de su cuadra estaba el almacén de Bias y en la otra José Giani comenzaba su exitosa función en la rama automovilística.

Comenzó sus estudios primarios en la Escuela mixta ubicada en la esquina de las Avenidas Brasil y Sarandí, donde luego funcionó la fábrica de pastas de Rodolfo De Leonardis.

Cumplió la mayor parte del ciclo de Primaria en la Escuela Nº 1 (***Artigas***) donde tuvo maestras, entre las que recuerda, a Leda Mulattieri y Beatriz Sosa.

Terminada la actuación escolar ingresó al Liceo, entonces emplazado en la esquina de Sarandí y Monseñor Vera (frente al Banco República).

Recuerda con mucho afecto a sus profesores de los distintos años: Dr. Miguel Aguerre Aristegui, Dra. Celia Pomoli, Mercedes Irigoyen, Lorenzo Laborde y la Química Camiruaga.

Afirma que sin desmerecer en lo más mínimo a los citados educadores, tiene una reminiscencia inolvidable para el Dr. Italo Batello (profesor de Historia) y del Dr. Aldo Ciasullo (Profesor de Literatura).

No llegó a terminar en Rivera los cursos de enseñanza media ya que estando a mitad del curso (junio de 1943) debió abandonar nuestra ciudad ya que su padre Don Hildebrando fue trasladado a Artigas.

En Artigas finalizó los estudios de tercer año y todo el cuarto año. De su actuación liceal en la ciudad del Cuareim, recuerda con mucho cariño a los profesores de Literatura Aníbal W. Alves y Pilucha Amaral y a su profesor de Historia, el Ing. Eladio Dieste.

Como en Artigas no había cursos Preparatorios, se vino a Montevideo solo, pero estando en la Capital enfermó de fiebre tifoidea.

En Artigas estuvo dos años.

Taunay dice al respecto: ***Artigas es mi patria de adopción***. Allí hizo teatro, periodismo, política, etc.

Tiene un buen recuerdo para el Dr. Carlos Mandioni, Director del Hospital, quien lo operó de apendicitis. Lo asistió en la operación el Dr. Sarasúa.

Regreso a Montevideo. Comenzó los cursos Preparatorios de Derecho en el Liceo Nocturno (I.A.V.A.), pero pronto abandonó la actividad estudiantil.

Al dejar de estudiar comenzó su carrera bancaria, ingresando en el Departamento Comercial del Banco de la República.

Corresponde destacar que en Montevideo estudió en el Instituto Cultural ***Brasileiro-Uruguaio*** donde tomó contacto con el idioma portugués, tornándose con el tiempo en un caracterizado estudioso de la lengua de Camoes.

En 1961 estuvo en Río de Janeiro, en un curso de cuatro meses llevado a cabo en la Facultad de Filosofía.

Sus padres regresaron luego a Rivera con carácter definitivo, pero Taunay solamente viajaba esporádicamente a su viejo y querido pueblo, ya que en Montevideo había ya organizado su núcleo familiar.

No queremos olvidar algo que cumplió en su siempre inquieta vida artiguense. En uno de sus viajes a Artigas fue el iniciador del ***Elenco Experimental de Teatro***, llevando a escena obras de autores argentinos y brasileños.

Realizan sus espectáculos en el ***Cine-Teatro AIDA***.

Promovió también la creación del periódico ***Inquietudes***, integrando el equipo de redactores.

En su accionar en Rivera y Livramento publicó buena parte de su obra literaria en periódicos, con poesías y prosas.

Fue en ese período que conoció a Agustín Bisio, cuya brillante trayectoria poética y experiencia le ha sido de mucha utilidad.

Su producción era divulgada en particular por el poeta Luis Maria Techera.

En Montevideo colaboró con el periódico ***Antorcha*** de la juventud baldomirista.

En los últimos tiempos colaboró con el periódico ***Integración*** que salió a las calles en seis oportunidades.

Interesa conocer que en su actuación periodística utilizaba el seudónimo de ***Dino Cresti*** (anagrama de la palabra ***indiscreto***).

SU OBRA LITERARIA

En 1950 publicó su primer libro: ***Los problemas sencillos.***

Su seudónimo en la actividad poética es el de ***Ayutan*** (formado por las mismas letras que ***Taunay***).

En cuanto al nombre de Taunay, se inspiró en el del ***Vizconde de Taunay***, figura importante de la novelística brasileña de pasados años.

En 1968 editó ***O Caminho Encantado***, poemario bilingüe, en los talleres de ***Folha Popular*** de Santana.

Entre otros trabajos en prosa, escritos en español y en portugués, tiene aún inédito ***El Dejo de las Lejanías***, que él define como ***Poemario de Amor***.

Conforme a lo que anunciamos al hacer referencia a ***Tierra y Sueño***, dice Taunay en su primer libro:

No voy a ocultar que, luego de la publicación de "Los Problemas Sencillos", recibí múltiples voces de estímulo, y debo agradecer esas demostraciones de la generosa gente de mi pueblo fronterizo, de los periodistas del terruño, que no han querido desalentarme, en fin, de los corazones que me honran con su afecto.

Era mi primer libro... Y ellos quisieron ver solamente lo que consideraron digno de elogio. Además, nadie ignora el esfuerzo que significa editar, cuando no se cuenta con otros recursos que los destinados exclusivamente a la atención de las mínimas necesidades de la vida. Para intentarlo, debí golpear puerta por puerta, ofreciendo en venta, anticipadamente, el fruto que aun se encontraba en estado original. Este fue mi único mérito.

Logré realizar mi propósito, porque tuve a mi favor la comprensión ajena. De ahí, mi gratitud. ***(Ayutan).***

Como en los noticieros, hoy presentamos al:

DR. LUIS ALBERTO TOGNOLA PALOMEQUE

El cardiólogo riverense que conquistó Montevideo

Y efectivamente es así: un triunfador.

El Dr. Luis Alberto Tognola Palomeque, nacido en el pintoresco y querido barrio de *Rivera Chico*, cerca de la calle Cuaró, a una cuadra de la frontera (palabras textuales del mismo Dr. Tognola) el 6 de junio de 1924.

Nuevamente las páginas de esta serie de libros destinados a divulgar las vidas y obras de figuras riverenses de notoriedad, destacan con satisfacción la trayectoria de uno procedente de los humildes barrios, como lo era entonces *Rivera Chico*, que ha llegado, apoyado por su inteligencia, perseverancia, sentido de responsabilidad profesional y anhelo de superación, a ocupar un lugar importante en esa escala de valores que colocan en los primeros planos a los que merecen semejante distinción.

Este brillante médico cardiólogo, acreedor a la satisfacción con que los coterráneos mencionamos una carrera universitaria coronada por una actuación poco frecuente en quienes se han dedicado a una especialidad médica de tanta jerarquía, sigue queriendo a Rivera como en sus años de infancia, con el mismo afecto, recordando la cantidad de viejos amigos, algunos de los cuales fueron sus compañeros en la época en que con el apodo de *Polito* jugaba al fútbol en los campitos que por aquel entonces constituyeron la mejor escuela para los que luego defendieron con gallardía la camiseta celeste del seleccionado de Rivera, Campéon del Norte en varias oportunidades. ¡Eran otros tiempos!

Un amigo de esos años, radicado actualmente también en Montevideo, nos decía días atrás:

Polito integró uno de aquellos cuadritos de barrio que en esa zona de la ciudad disputaban ardorosos y entreverados par-

tidos en los cuales a falta de una pelota de fútbol *de verdad*, que en ese entonces costaba un montón de dinero (¡10 pesos!) nos arreglábamos con una pelota casera de trapo (forrada con alguna media vieja) o recurriendo a pelotas chicas de goma que circunstancialmente alguien conseguía.

Y agregaba: *A Polito le gustaba jugar de entreala, en cuya posición se desempeñaba con mucha habilidad.*

Pero dejemos el fútbol y sigamos con la biografía de este universitario cuyo nombre se agrega a la larga lista de los que en la Capital alcanzaron la culminación de su esfuerzo. (Reflexión: lástima grande que muchos se olvidaron de la tierra que los vio nacer y les dio educación...).

Su padre fue Don Damián Tognola (nacido en Brasil) y su madre doña Olinda Palomeque (oriunda de Rivera).

El Dr. Tognola contrajo enlace con la Sra. Mirtha Elizalde.

En su niñez comenzó los estudios primarios en *Villa Sara* (Paso del Horno), lugar donde por algún tiempo se había radicado la familia.

En la escuela de ese paraje hizo primero y segundo año con la maestra Palmira Suárez. El Director de la escuela era Rico de Carlos.

Al cambiar su residencia, ingresó a la *Escuela Artigas Nº 1*, situada en la esquina de la Plaza *Río Branco*: Agraciada esquina Montevideo (calle hoy llamada General Artigas).

Allí tuvo como maestras a Elisa Egaña y Felicia Ospitaleche. Posteriormente completó los cursos de cuarto, quinto y sexto año en la Escuela Nº 1 (Plaza Bonet), recordando a la maestra Pochonga Gaye y al maestro Vicente Villanustre (que luego fue Director de la Plaza de Deportes).

Finalizada esa primera etapa de sus estudios, ingresó al Liceo Departamental, ubicado en aquel entonces frente al Banco República (Sarandí y Monseñor Vera).

Conoció allí a dos Directores: Agrimensor Jacinto Chiossoni y a Don Eduardo Alvarez.

Entre los diversos profesores que tuvo en los cuatro años de estudios secundarios, recuerda a Pablo Fons, Dra. Celia

Pomoli, Rosita Sichero, Tell Ramis, Dr. Aldo Ciasullo, Dr. Italo Batello, Anita Santini, Dr. Rubén Armand Ugón y Dr. Miguel Aguerre Aristegui.

Cumplido este segundo objetivo de sus estudios, vino a Montevideo a realizar los cursos preparatorios en el I.A.V.A.

Tuvo oportunidad entonces de conocer a varios estudiantes de Rivera, tales como el Dr. Luis Eduardo Vignolo Puglia, el Ingeniero Agrónomo Luis de León (que llegó al decanato de la Facultad de Agronomía), Escribano Lenín Da Costa y al Farmacéutico Diego Peláez.

El 4 de julio de 1960 vivió la satisfacción de alcanzar su título de Médico, siendo de destacar que antes de finalizar su carrera se desempeñó como *Practicante* en Salud Pública y en *España Mutualista*.

Luego de la culminación de su pasaje por la Universidad, fue durante 10 años Médico Internista en el Hospital Pasteur, en el Servicio del Dr. Juan Carlos Plá. Posteriormente, actuando ya como Médico Cardiólogo, durante 25 años estuvo trabajando con el Profesor Eduardo Canabal, uno de los técnicos más descollantes que tuvo nuestro país en la respectiva especialización.

Como corolario de tan significativa tarea, fue designado Profesor Grado 3 Cardiología, ocupando también, en 1983, la Presidencia de la *Sociedad Uruguaya de Cardiología*.

Tiene un solo hijo (Luis Alberto Tognola Elizalde) que siguiendo el ejemplo de su padre obtuvo el título de *Médico Cardiólogo*, trabajando actualmente en la clínica de su progenitor.

Tognola (hijo) le ha brindado a su padre la alegría de darle dos nietos.

Volviendo al relato de sus años de niñez y juventud, restaría señalar que antes de residir en la zona rural de Rivera, estuvo unos cuatro años en la casa de su abuela (Olinda Cottens) ubicada en Av. Brasil 725, esquina Camacuá.

Dicha señora era hija de Francisco Cottens (o Cotteins) maestro de la primera época cuyo nombre figura en diversas crónicas y en planos diversos (del Agrimensor Martin Pays en los años 1865 y 1867).

Francisco Cottens fue Director de la Escuela Rural en Cuñapirú (Enero 1886) y presidió luego la *Comisión Auxiliar* en 1869.

La citada abuela del Dr. Tognola tuvo 22 hijos, era vecina de Don José Posada, a la vuelta de la *Sala de Auxilios*, frente a la manzana que años después se transformaría en la Plaza de Deportes.

Cuando solo tenía Tognola cuatro años de edad tuvo un accidente, lo internaron en Rivera, donde recibió la atención del Dr. Miguel Aguerre Aristegui.

Con posterioridad a dicho episodio, la familia Tognola se mudó a la Ciudad, ocupando una casa situada en Agraciada 616, lindera a la vivienda de la familia de Don Eusebio Arcos (Agraciada, entre Artigas y Rodó).

Cerramos así un muy breve *flash* biográfico de un ciudadano riverense que merece que se sepa de sus éxitos, de su calidad humana, bonhomía, alta capacitación técnica, con el recuerdo siempre latente de aquella época nunca olvidada en que *Polito* distraía sus ocios de niño jugando al fútbol y a todos los entretenimientos propios de esa etapa inolvidable de un tiempo cuyo recuerdo ilumina el espíritu de todos los que tuvieron el privilegio de conocer a Rivera de calles de tierra bordeadas de plátanos cuajados de gorriones.

Ya lo dijo Carlitos, el inmortal: ***...perdoná si al evocarte se me pianta un lagrimón...***

MONSEÑOR CARLOS PARTELI
Arzobispo Emérito de Montevideo

En este quinto libro escrito con más cariño y *saudades* que capacitación de narradores, volvemos a nuestro tema favorito, ***Rivera***, con sus tradiciones, gentes y recuerdos imborrables, a fin de destacar, con la prudencia a que tal tarea obliga, la personalidad de quienes antes y ahora han contribuido al desarrollo de un pueblo que vigorosamente se va abriendo paso en un siglo de desconcertantes connotaciones.

En el presente capítulo nos referiremos a una de las figuras de más señalada actuación, no solamente en un pasado relativamente cercano sino también en los complejos días que vive nuestro país y, en particular, la comunidad cristiana.

Nos referimos a Carlitos Parteli, al Presbítero Carlos Parteli, al Obispo de una diócesis importante, al Arzobispo Carlos Parteli, al religioso que a través de una tan intensa como brillante carrera salió un día, siendo casi un niño, de su natal Rivera y llegó a estrechar las manos de dos Papas, Pio XI y Juan XXIII, bajo la cúpula de la Catedral de San Pedro, en Roma.

Digamos, como simple anécdota, que a Carlos Parteli lo conocimos cuando ya era Cura Párroco de Rivera (por la década del 60) en oportunidad de un viaje a Rivera que debimos realizar cuando ocupábamos el cargo de Agrimensor-Jefe del Banco Hipotecario, a los efectos de determinar el límite entre los terrenos de la Curia con una casona vieja (antigua Administración de Rentas y de la Oficina de Correos: *remember* a Don Hildebrando de Barros y al Jefe de Correos Sr. Romeo), pared medianera cuya exacta ubicación era necesaria ya que el referido Banco tenía el

propósito de levantar en el predio de la esquina un moderno edificio. Por supuesto que el peritaje se llevó a cabo con todo éxito.

Con respecto a la biografía de Monseñor Parteli he recurrido, entre otras fuentes de información, a una semblanza de su vida publicada hace algo más de 10 años en el periódico *Jaque* del cual he transcripto algunos pasajes ya que no es razonable que no se respeten conceptos y opiniones que el propio biografiado ha expresado en forma inobjetable.

Val di Non. Abierto y soleado valle de la provincia de Trento. Numerosos pueblitos dispersos en las laderas.

Cles, el mayor de todos, a orillas del lago de Santa Justina, es un racimo de casas de techos de teja, callejas limpias y balcones floridos.

Los pobladores del valle se convirtieron a la fe cristiana en el Siglo V, gracias a la predicación de San Virgilio, primer Obispo de Trento.

Los Keller son una de las familias más antiguas de Cles. Un primo de Parteli, le aseguró que el tronco de la familia arranca de un noruego de apellido Kölher afincado allí en el siglo XI.

Convertido al cristianismo se bautizó con el nombre de Vito y construyó una capilla dedicándola a su santo patrono.

En la antigua casona de los Keller (barrio Spinaceda) nació ***María***, la madre de Carlos Parteli, el 27 de octubre de 1875.

Los padres de María fueron Vito (nombre repetido en cada generación de los Keller) y Catterina Pontara.

La madre de Parteli era la menor de los cinco hijos. Los otros se llamaban Luis, Carlos, Teresa y Vito.

Tenía María tan solo 11 años cuando sufrió la imprevista muerte de su padre, víctima de pulmonía, que entonces era irremediable.

La madre de María al enviudar, se sintió incapaz de hacerse cargo del giro comercial de su esposo (fuente de los recursos familiares) y fue dejando en manos del hijo mayor, Luis, el cuidado de los bienes de la familia.

Luis, de extraño carácter autoritario, se empeñó en imponer una rígida disciplina monacal a las dos hermanas.

A raíz de las tensiones familiares, dos de los hermanos menores se ausentaron para cumplir el servicio militar en Viena.

No mucho después también Teresa emigró al lejano Uruguay. Teresa se había casado con Juan Parteli, un coterráneo trotamundos y emprendedor que se había labrado una holgada posición económica como empresario. Era primo de ***Don Francisco*** el padre de Monseñor.

Juan Parteli había estado en París y en la Argentina; se encontraba luego en el Uruguay dedicado a trabajos en la línea férrea Paso de los Toros-Rivera. Estando en Rivera decidió casarse, para lo cual emprendió viaje a su pueblo natal en busca de Teresa, la joven que no había olvidado, pese al tiempo y a la distancia.

Tras contraer matrimonio volvió al Uruguay con su esposa, afincándose primero en Tacuarembó y después en Rivera.

Previendo que la ciudad fronteriza sería importante polo de desarrollo, compró una manzana entera en el centro de la planta urbana, construyó una casa para su familia y siguió edificando otras para renta.

En Rivera, Teresa sentía mucha nostalgia. Escribía seguido a su madre contándole de su dificultad para adaptarse a un medio de costumbres tan diferentes y no dejaba de rogarle a su hermana María que viniera a acompañarla.

Al fin, luego de no pocas vacilaciones, tomó la decisión de hacer el viaje. Hizo su primera escala en Trento, en casa de sus tías Pondara.

De Trento pasó a Bérgamo. Siguió luego a Génova para embarcarse en compañía de una familia amiga que también venía al Uruguay.

Su estancia en Montevideo fue muy breve; había ido a esperarla su cuñado Juan.

¿Como es Rivera?, le pregunta con mucha curiosidad.

Piú o meno come Milano, le respondió con sorna, pero ella lo creyó.

Por eso fue grande su desilusión al descender del tren y no ver mas que un pueblo de calles de tierra y casas dispersas, la mayoría de ladrillos sin revocar.

El reencuentro con su hermana atenuó la primera impresión. Era el 18 de setiembre de 1898.

Muchos años más tarde, evoca Carlos Parteli, dos amigos de su misma edad, que la habían conocido en aquellos días, Agustín Bisio y Vitelio Gazapina, se complacían en describirla como una linda rubia, de ojos azules, que irradiaba simpatía por su jovialidad y desenfado.

Enseguida trabó amistad con familias italianas de Rivera y Sant'Ana que entonces eran muy numerosas.

Se encontraban los domingos en la chacra de Bisio, atraídos no solo por la amable acogida de los dueños de casa, sino también por el lugar encantador, la sombra de sus parrales y sus muchos árboles frutales.

FRANCISCO, EL PADRE DE CARLOS

Los Parteli también eran trentinos. Mi padre, Francisco, nació en Cles, lugar donde se había radicado su abuelo a principios de siglo, para reconstruir el ***duomo*** *que se caía de viejo. Era la suya una de aquellas antiguas familias de* ***maestros de obras*** *que se trasmitían el oficio de padres a hijos.*

En memoria de aquellos antepasado, constructores de templos, quise que en mi escudo episcopal la iglesia diocesana estuviera figurada por un campanario de agudo capitel, característico de los valles alpinos. Completé el emblema con una cuchara de albañil, para expresar mi compromiso de trabajar en la edificación de la diócesis.

Francisco, llamado por su primo Juan que lo invitaba a venir a asociarse a su empresa de construcciones, decidió emigrar al Uruguay.

Era joven y soltero (poco más de 30 años) y se hospedó en Rivera en el hotel de Montebelli, un coterráneo suyo.

Visitaba asiduamente la casa de su primo y allí se encontraba con María, la joven hermana de Teresa.

No mucho tiempo después pasaron de la amistad al amor y luego al matrimonio. Se casaron en la iglesia parroquial de la

Inmaculada el 7 de agosto de 1901. Pasaron a ocupar la casa de Juan y Teresa quienes emprendieron un viaje de placer a Europa, aunque al regresar a Rivera liquidaron sus propiedades y se fueron para siempre.

La partida de Teresa fue un duro golpe para María. Fue una frustración que en momentos difíciles le hacía decir con tristeza: *Yo no era muchacha para América.*

Volviendo a su padre Francisco, comenta el futuro Arzobispo, que cuando llegó a Rivera su progenitor fue testigo de algunos episodios de las guerras civiles de uno y otro lado de la frontera, en épocas en que la Villa quedó desguarnecida y a merced de los bandoleros.

Ante esa situación los extranjeros que era numerosos improvisaron una guardia policial de voluntarios, entre la cual estaba Don Francisco haciendo la ronda con una escopeta al hombro. Le gustaba la caza. Algunos domingos de invierno salía con su perro y regresaba con el morral lleno de perdices. Todos ayudaban a pelarlas. Hacía sus contratos de obra en Rivera o Sant'Ana indistintamente. Algunas veces su hijo Carlos lo ayudaba a calcar los planos con tinta china en papel-tela.

Los domingos se vestía con su mejor atuendo: camisa almidonada, corbata de moñita y cadena de oro en el chaleco para ir a Misa y después salir a pasear con alguno de nosotros. Los que eran elegidos para acompañarlo se sentía ufanos al ser llevados de su mano cuando iban a alguna de la cervecerías de la Línea donde siempre encontraba algún amigo.

El se servía un vaso de espumoso *chopp*, mientras su joven acompañante saboreaba un refresco o le obsequiaba un puñado de caramelos.

Su último trabajo fue el de las naves abovedadas de la iglesia parroquial. En 1930, viajó a su pueblo natal donde pasó un año con sus hermanos y sobrinos. Falleció en Rivera en 1941, a la edad 76 años.

Volvamos a la historia de Carlos. Poco antes de cumplir los siete años ingresó a la Escuela de Varones Nº 1. Lo llevó su madre, dándole ánimos en el camino, pero se le fue el susto

cuando vio que su madre saludaba y conversaba con amigos y con el Director Don Arturo Saavedra.

Pronto salió al patio mezclándose con los niños que corrían y gritaban.

Al sonar la campanilla se hizo un silencio impresionante y alguien lo puso en una fila.

La maestra, Guiazul Quiroga, de cara redonda y gruesos lentes, tenía una voz fuerte que imponía respeto.

Los de cursos superiores, condiscípulos de sus tres hermanos mayores, lo trataban cariñosamente de *Parteli chico.*

El mayor de los tres, Francisco, cursaba el 6º año y se desempeñaba como *monitor* de la escuela, llevando aula por aula las carpetas con las listas de los alumnos.

Un leve rasguño en un pie fue bastante para que Francisco contrajera el tétano. Lamentablemente el médico no acertó con el diagnóstico a tiempo, y cuando se le aplicó el suero era tarde: falleció el 23 de julio de 1917. Por ser de los más chicos, en la escuela le tocaba encabezar las filas y ocupar los primeros bancos del salón, quedando indefenso bajo la mirada directa de la maestra. Se sintió feliz el día en que un travieso del fondo lo trajeron al primer banco y a él lo mandaron al suyo.

Las notas buenas y algún elogio de la maestra lo hacían figurar entre los primeros de la clase, lo que si bien lo halagaba, no dejaba de fastidiarlo. Intuía que eso lo distanciaba de algunos compañeros, tan es así que un día sorpresivamente, uno le dio una trompada en la cara diciéndole: *¡Para que no seas adulón de la maestra!*

El implicado por el episodio dice que aunque lo afectó el golpe, mas le dolió la ofensa porque jamás había hecho nada para merecer tal reproche.

Faltando pocos días para el 25 de agosto la maestra dijo que tenía unos trajes nuevos para regalar a los que los necesitaran para el desfile escolar y quienes los quisieran levantaran la mano. Unos pocos la levantaron, pero mientras anotaban sus nombres, al advertir que un pardito no lo hacía le preguntó:

-¿Pongo tu nombre?

-No quiero, contestó.

-No sea bobo le dijo uno.

-¡Mi madre es una lavandera pobre, pero no quiere limosnas!

Un silencio de sorpresa y también de humillación llenó la clase.

¡SEÑORITA, PARTELI SERA CURA!

Los domingos de tarde, al sonar las campanas del catecismo, la madre se asomaba al patio donde jugaba con los amigos del barrio y adelantaba la orden: *¡a vestirse muchachos y al catecismo!*.

En el templo, distribuidos en grupos, la catequista los hacía aprender las oraciones y al cabo de un rato entraba el sacerdote, reunía a todos los grupos, los hacía cantar y daba una charla con preguntas.

Un día daba la clase el Padre Lor; al contestarle el pequeño Parteli varias preguntas sucesivas, lo miró con atención y dijo: *¡tu serás seminarista!* Al final se le acercó para decirle que hablaría con su madre.

Efectivamente, al día siguiente vino a su casa y habló con ella. Al contarle su madre lo conversado con el Padre Lor, notó que deseaba alguna respuesta, pero sin presionarlo para que la diera.

No le dijo ni si, ni no. No sabía en verdad qué responder.

Tenía doce años y estaba finalizando la escuela.

Daba por descontado que ingresaría al Liceo, le gustaba estudiar, pero no había pensado en ninguna carrera en particular. No tenía una noción muy clara del sacerdote, afirma Parteli, aunque si una cierta imagen adquirida en el trato, ni muy asiduo ni muy estrecho, con los de la Parroquia.

Lo veía como un personaje vestido de manera extraña, serio, y a la vez muy bondadosa con los niños.

Poco sabía de lo que era un seminarista, ya que entonces no había ninguno en Rivera, ni sabía que es un Seminario, aunque se lo imaginaba parecido a una escuela en donde los muchachos viven como en familia.

Lentamente se fue convenciendo que debía ir al seminario; de todas maneras si ese no era el camino del futuro, pensaba que tendría bastante tiempo para analizar el problema con más claridad.

Temía que circulara la noticia porque no sabía como la recibirían sus amigos del barrio y compañeros de clase. Uno de ellos lo supo y le dijo a la maestra: *¡Señorita, Parteli será cura!*

Ella miró sin mucha sorpresa y le dijo: *Me alegro, es una linda carrera. Exige mucho estudio porque el latín es una lengua muy difícil; los sacerdotes saben de todo y dan buenos consejos.*

LOS VECINOS DE LA CUADRA

Antes de proseguir con el relato de los restantes pasos del futuro seminarista, vamos a hacer una ligera referencia de su vecindario riverense de la calle Ituzaingó.

Al lado de su casa vivía la familia Segui. Beatriz era maestra de su escuela. Doña Graciana, la abuela, oriunda de Paysandú les contaba episodios que había vivido de niña durante el sitio de aquella ciudad, sin ahorrarle adjetivos poco amables a la figura de Leandro Gomez.

Al otro lado vivían los Vazquez, y mas adelante Agustín Bisio, el poeta y sus hermanas.

En la esquina estaba la Inspección de Escuelas y la familia del Inspector Ortiz Saralegui. Sus dos hijos iban a la misma escuela que Carlitos Parteli.

A uno de ellos, Juvenal, lo llamaban *el filósofo.*

En la vereda de enfrente estaba la Departamental Nacionalista en cuyo patio, recuerda, que un día de elecciones encendieron un gran fogón para un asado de ocho costillares de vaca.

Cerca estaba la casita de una costurera. Recuerda la pobre pieza en que fue velada su hija, una niña que murió de peritonitis.

Un poco más adelante, en una casa de balcones de mármol, vivió Oxilio Sichero, diputado y dueño de un molino de yerba cerca de la estación.

Luego estaba la casa del Dr. Lino Aranda Correa, Fiscal Letrado y Profesor de Historia y Educación Cívica en el Liceo, que había escrito un libro titulado *A solas* con una página destinada a Policarpo, un popular moreno loco que usaba galera y hablaba solo por la calle.

Al lado de la casa del Dr. Aranda vivía el Coronel Pedro Onetti, único hombre del barrio, al decir de Parteli, que vio en Misa alguna vez. Todas las mañanas un asistente le traía un caballo tordillo para ir al cuartel. En la otra esquina estaba el almacén de Curuchet, cuyo dueño le daba un caramelo de yapa cuando compraba algo.

EN EL SEMINARIO DE SANTA LUCIA

Retomando la narración que habíamos interrumpido al mencionar el vecindario del citado rincón de Rivera, los Parteli recibieron en determinado momento una carta del Padre Rector con un prospecto del Seminario y una lista de prendas de vestir y objetos varios que debía llevar el seminarista en ciernes.

En total se necesitaban $ 200 que no los había en la casa de los Parteli.

Su madre se los pidió prestados a un escribano amigo y Parteli escuchó este diálogo:

-Sé que usted no los podrá devolver, pero se los doy lo mismo con mucho gusto porque quiero colaborar en la formación de un sacerdote.

-Le agradezco, pero pronto se los devolveré religiosamente, replicó ella.

Así cumplió efectivamente al poco tiempo.

Esa misma tarde concurrieron a la tienda a comprar el ajuar: dos trajes, dos pares de zapatos, ropa interior, ropa de cama y otras cosas mas.

Una volanta de dos caballos se detuvo a la puerta de su casa. Después de mi madre subió Carlitos con su hermana y los dos hermanos mayores.

Le dio un beso a su padre que quedó en la vereda mirándolos partir. Al doblar la esquina, el Capitán Despaux que tomaba

mate en la vereda los despidió agitando la mano: el sabía que iba al Seminario.

Era la primera vez que subía a un tren. Los ojos humedecidos de la madre decían más que sus palabras.

El tren arrancó despacio, la estación y las casas fueron corriendo hacia atrás; luego a ritmo sostenido avanzó por el campo húmedo de rocío.

Por las conversaciones de los pasajeros supe que muchos iban a Montevideo para las fiestas de la inauguración del Monumento a Artigas al día siguiente.

Oscurecía cuando el tren llegó a Santa Lucía. Lo esperaba en la estación el Padre Oscar Andrade, profesor del Seminario, que lo recibió muy afectuosamente.

HACIA EL COLEGIO PIO LATINO AMERICANO

A fines de 1926 visitó el seminario Monseñor Joaquín Arrospide, Obispo de Melo. Estuvo con todos los seminaristas en el patio y luego quiso conversar por separado con cada uno de los de su diócesis.

En el recibidor estaban también el Padre Rector y el Padre Paseggi, profesor de matemáticas.

Al preguntarle si le gustaba estudiar, el Padre Paseggi se adelantó a la respuesta diciendo de una manera muy suya: *es un* ***taita*** *para el estudio.* Durante el recreo de la noche el Padre Rector lo llamó a su cuarto y le preguntó: *¿te gustaría ir a Roma? Tu obispo quiere enviarte el Colegio Pio Latino a estudiar Filosofía.*

VIAJE A ITALIA

Hizo el viaje conjuntamente con tres seminaristas de la Arquidiócesis, en el vapor *Giulio Cesare.* Durante quince días estuvo en contacto con gentes *del mundo.*

Fue para él una novedad mantener largas conversaciones con extraños. Uno hablaba de sus negocios, otro de sus viajes,

otro de las mujeres, otro grandilocuente, lamentaba que ya no hubiera héroes como antaño.

En Génova se hospedaron en el convento de unos Padres Capuchinos que habían residido en Montevideo. Visitaron la ciudad, el cementerio famoso y algunas iglesias.

De noche viajaron a Roma. Llegados a la estación Termini prefirieron subir a una *carruzzella* para atravesar despacio la ciudad.

El joven riverense era todo ojos, miraba todo con avidez: los arabescos de los adoquines de las calles, el travertino oscuro de los palacios y las iglesias, los letreros de los comercios; las caras de la gente y finalmente el Tíber amarillo, encajonado en altos murallones de piedra. A su orilla en la avenida costanera se detuvo el carruaje frente a un gran edificio rojizo: era el Colegio Pio Latino.

Allí Parteli fue incorporado a la sexta *camerata*: la de los menores. Eran unos 30, de varias nacionalidades. Las clases de la Universidad Gregoriana se daban dos veces al día, de mañana y de tarde, lo que suponía cuatro caminatas de media hora cada una.

Emocionante fue la primera audiencia del Papa Pio XI Era una tarde de invierno. Al entrar al Vaticano no cesaban de admirar las amplias salas decoradas, los vistosos uniformes de los guardias suizos y el severo ceremonial protocolar. El Papa les dio varios consejos y les impartió la bendición.

EL TRATADO DE LETRAN

A principios de 1929 se difundió con agradable sorpresa de todos, el anuncio del acuerdo entre la Santa Sede y el gobierno italiano para resolver el viejo problema de la llamada *Cuestión Romana*.

Después de la caída de Roma (1870) y perdido el dominio sobre los Estados Pontificios, el Papa se había encerrado en el Vaticano en señal de protesta. Ríos de tinta se habían gastado en quejas y lamentos por aquella pérdida del poder temporal del Papa y ahora, sorpresivamente, Pio XI cortaba el nudo gordiano,

reconociendo que el minúsculo territorio de la Ciudad del Vaticano era suficiente para garantizar su libertad de Jefe de la Iglesia universal. Solo quienes como Parteli se habían acostumbrado a ver en el Papa un prisionero voluntario, pudieron medir la alegría de verlo salir por primera vez, luego de 60 años de encierro.

Fue cuando, presidiendo la Procesión de Corpus Christi, salió de la Basílica Vaticana y dio la vuelta a la Plaza de San Pedro bajo los portales de Bernini.

Eran muy lindos aquellos años juveniles, llenos de optimismo, aunque no dejaba de sentir la asfixia de aquella vida reclusa, viendo siempre las mismas caras y escuchando las mismas voces.

Siete años permaneció en aquel colegio. Afirma que los recuerda bien, pero sin nostalgia.

REGRESO A LA PATRIA

Vamos a ubicarnos en el tiempo. Estamos en agosto de 1933, Parteli se había ordenado de Presbítero el Sábado Santo de dicho año, pero antes de partir tenía que dar examen de *Universa teologia.* Al mismo tiempo que la preparaba iba arreglando sus cosas: gestionar nuevo pasaporte, embalar y enviar sus libros y programar una visita de despedida a sus parientes del norte de Italia.

Terminado el examen fue a recoger sus maletas, despedirse de los compañeros y correr a la estación para tomar el tren que lo llevaría a Trento. Luego de unos felices días con los viejos tíos y los muchos primos, fue a embarcarse en el puerto de Trieste, justo el día en que una escuadrilla de aviones italianos culminaba la proeza de viajar sin escalas a Nueva York y toda Italia festejaba ruidosamente la hazaña.

Luego de quince días de navegación, al final entraron en las turbias aguas del Río de la Plata.

Cuando luego de una espesa niebla se abrió un claro en el cielo y apareció el sol poniéndose detrás del Cerro, el grupo de uruguayos, sin poder contenerse, se pusieron a cantar *"cual retazo de los cielos, de los cielos..."*.

En el puerto lo esperaban dos hermanos y al día siguiente continuó a Rivera en ferrocarril. Al detenerse el tren en la estación vio una multitud, oye una banda de música y el tronar de cohetes.

Le pregunta a sus hermanos, ¿que pasa? No le habían querido anunciar que el Cura Párroco Pbro. Ricardo Alvarez había preparado una recepción al ***primer sacerdote riverense***.

En medio de aquella alegre columna, marchando por el centro de la calle Sarandí, se fueron acercando a la Iglesia, en donde el coro de las Teresas de Sant'Ana cantó el solemne *Te Deum* de Perosi.

Aunque estaba un poco desconcertado, al final tuvo que improvisar unas palabras.

OCHO AÑOS EN FLORIDA

En ese año 1933, regresado a la Patria y luego de unos días de vacaciones en su casa, pasó a ocupar el cargo de Vicario Cooperador de la Catedral de Florida. El párroco le dijo: *encárgate del Despacho Parroquial, de los Luises y de la Catequesis.*

Los primeros días la tarea, por lo novedosa, resultó agradable. Comenzó a conocer personalmente a algunas personas que veía en la iglesia y que llegaban a encargar alguna Misa, a tratar las parejas de novios que se apuntaban para el casamiento y a trabar amistad con algunos vecinos de la plaza que venían a pasar el rato.

Hacía práctica de caligrafía asentando partidas y aprendía a leer la letra manuscrita, a veces endiablada, de sus antecesores.

El despacho se atendía todos los días excepto los domingos. Para los bautismos no había horario, algunas veces venían hasta la noche.

Todos los días temprano celebraba la Misa en la Catedral o en la capilla del contiguo Colegio del Huerto.

De tardecita rezaba el rosario o hacía los *meses* y novenas.

Los domingos celebraba tres Misas, todas con homilía y en ayunas. Cada quince días iba a las capillas de Mendoza y La Cruz.

A las dos de la tarde daba el catecismo a los niños con ayuda de alguna catequista.

Aquel ritmo de trabajo continuado, sin un día libre en todo el año, y sin oportunidad de encontrarse con otros sacerdotes de su edad, le hacían añorar los días del Pio Latino de Roma.

DIECIOCHO AÑOS EN RIVERA

Marzo de 1942. El Párroco de Rivera que se sentía anciano y enfermo, había pedido al Obispo un Vicario Coadjutor con miras a ir dejando en sus manos la conducción total de la parroquia.

Designado el Padre Carlos Parteli para ese cargo, lo aceptó muy contento de volver a su ciudad natal.

No tenía un plan pastoral articulado, pero si algunas líneas generales. No se resignaba a que la parroquia fuera tan solo un lugar para el grupo de los asiduos y para administrar sacramentos indiscriminadamente.

Soñaba con una parroquia de puertas abiertas, integrada a la vida de la ciudad, y con sus cuadros organizados de modo que todos, sobre todo los jóvenes, encontraran en ella un lugar acogedor y atrayente.

Comentaba el Padre Parteli que esa apertura exigía quebrar el ritmo tranquilo de la casa; y dedicarle tiempo y atención a los grupos que se iban formando.

No obstante mi cuidado, afirmaba, *de no acelerar el proceso para evitar disgustos, pronto supe cuán difícil es enfrentar las rutinas. A tal punto era difícil, que bastaba cambiar un mueble de su lugar para que surgiera un conflicto.*

La acción parroquial estaba centrada en la celebración de la Misa y la administración de los sacramentos. Una vez por mes se reunían las damas de la Guardia de Honor y las Hijas de María. Había una Conferencia de San Vicente y un centro de estudiantes liceales.

Deseoso de trabajar, fue ampliando este ámbito de la acción pastoral fundando los centros de todas las ramas de la Acción Católica, reforzando el equipo de catequistas y creando oratorios en todos los barrios hasta llegar al número de dieciocho. Luego publicó un semanario y comenzó a dar charlas en ***Radio Charrúa***.

En sus propósitos contó con la colaboración de uno, y a veces dos vicarios cooperadores; casi todos jóvenes que en Rivera comenzaban su práctica pastoral. A todos Parteli los recuerda con gran afecto.

Es más, sostiene que si la parroquia pudo verse libre del peligro de anquilosarse se debió en buena medida a la participación de círculos de la ***Acción Católica***, especialmente los grupos de las ramas juveniles que se reforzaban con constantes incorporaciones y se reunían asiduamente dando la parroquia la imagen de una institución viviente.

La eficacia de este servicio de los laicos era patente en las campañas preparatorias de las *Comuniones Pascuales* que lograban acercar a mucha gente a cumplir el precepto.

Entre los estudiantes el entusiasmo era admirable. Hubo algún año en que clases enteras del Liceo Departamental y del Instituto Normal, cumplieron con el Precepto Pascual.

Gracias a estos grupos de Acción Católica pudieron realizarse dos Congresos memorables: el Eucarístico Parroquial y el Mariano, como también la fiesta inolvidable de las Bodas de Diamante de la Parroquia y las grandes Misiones. Expresa Mons. Parteli: *El recuerdo de mis años en la Parroquia de Rivera está plenamente ligado a aquellos laicos -hombres y mujeres- que prestaban su concurso generoso y entusiasta a la tarea común. A mi personalmente; sin saberlo ellos, me infundían aliento estimulando mi responsabilidad.*

DOS PARROQUIAS NUEVAS

Al enviarlo a Rivera el Obispo le pidió al Padre Parteli que fuera pensando en dos nuevas parroquias: una en la ciudad, en el barrio ***Rivera Chico*** y otra en el Pueblo de Tranqueras.

Le indicó que viera una buena ubicación, adquiriera el terreno y construyera los edificios necesarios. Como se ve, una misión de gran responsabilidad.

Sería largo recordar los pasos y tropiezos para elegir el lugar, financiar la compra del terreno, proyectar los edificios, movilizar las comisiones, organizar kermeses, rifas y colectas y, sobre todo, vencer las inercias.

Felizmente el dinámico cura riverense cumplió con el pedido del Obispo y con las esperanzas que su pueblo depositó en él.

Al cabo de tres años la Iglesia y la Casa Parroquial de Rivera Chico estuvieron terminadas. Fue erigida la nueva parroquia que él quiso dedicarla a Santo Domingo, en honor al Padre Domingo A. Lor.

Las campanas echadas a vuelo anunciaron la culminación del templo material y el nacimiento de una nueva comunidad cristiana.

Algo semejante aconteció en Tranqueras, aunque con menor dificultad porque ya había una capilla en el pueblo, atendida mensualmente desde Rivera.

La casa de la ***Parroquia de la Inmaculada*** era una construcción muy vetusta ubicada detrás de la iglesia de Rivera.

Para llegar a ella había que pasar por un portoncito, atravesar un baldío lleno de yuyos y llamar en la primera puerta que era la de la cocina.

Los que no conocían este recorrido golpeaban las manos inútilmente, terminando por irse sin ser atendidos.

Apenas tuvo libertad de acción, al día siguiente, el Padre Parteli llamó al Arq. Ney Leites a fin de que proyectara una casa nueva frente a la Plaza. Hizo cálculos, echó mano a sus ahorros y comenzó la obra.

La construcción seguía paso a paso, con la ansiedad de verla terminada.

Decía Parteli: *No me saciaba de contemplar el hall revestido de piedra arenisca rosada con una linda mayólica de la Virgen, en bajorrelieve.*

EL RELOJ DE LA TORRE Y EL ALTAR

Años antes, cuando se construyó la torre de la Iglesia, se había previsto la posibilidad de colocarle un reloj, dejándose abiertos los huecos para las respectivas esferas.

Pasaron los año y el reloj no aparecía. Alguien propuso en la Junta Departamental que la Municipalidad lo proveyera. Sé discutió mucho al respecto, pero la iniciativa quedó en punto muerto.

En oportunidad de visitar el Padre Parteli en la Curia de Montevideo al Padre José Felipe Elizalde, vio un montón de engranajes y campanas.

Le preguntó qué era aquello y le contestó que era un reloj de torre que había comprado en el remate de la Casa Corralejo (la Casa Corralejo fue una gran tienda del Montevideo *de antes* que funcionó en el predio donde luego se construyó el Banco Hipotecario y que actualmente es oficina del B.P.S.).

Su precio era irrisorio, dijo el Padre Elizalde, vale solo $ 250

Yo lo compro, dijo Parteli y lo envió a Rivera.

Años después, conversando con un antiguo empleado de la Casa Corralejo se enteró que había sido adquirido en Inglaterra a principios de siglo y había costado varios miles de libras esterlinas.

En cuanto al altar, hacía tiempo que deseaba quitar el monstruoso retablo de cedro oscuro y poner en su lugar algo más simple.

No pasaba de ser un deseo, cuando un día recibió la visita de Doña Josefa I. de Bonino, quien le ofrece la donación de un altar nuevo de mármol. Gracias a ese gesto pudo construirlo, dándole al templo mayor amplitud y luminosidad.

En los años siguientes pudo construir en un terreno donado por las hermanas del poeta Agustín Bisio, una capilla dedicada a Santa Rosa y empezar otra en el Cerro del Marco.

Ya había obtenido la donación de un predio de dos manzanas, tras pacientes gestiones ante el Municipio, para un ambicioso proyecto cívico-religioso que abarcaría colegio, liceo, teatro, campo de deportes, etc. a cuyo frente estarían los Padres Salesianos.

Ya funcionaba la comisión recaudadora de fondos y había obtenido una ayuda del extranjero, cuando fue trasladado a Tacuarembó.

EN TACUAREMBO

Raras veces el Padre Parteli viajaba a Montevideo, sus viajes se reducían al que hacía anualmente para los Ejercicios Espirituales.

Quedó sorprendido en uno de sus viajes, al saber que el Nuncio (entonces Monseñor Alfredo Paccini) lo invitaba a su casa porque quería hablar con él. Entre otras cosas habló de sus experiencias en Yugoslavia, pero nada más. Algún tiempo después recibió una carta de la Nunciatura (esta vez del nuevo Nuncio) solicitándole un informe sobre la situación de la Parroquia de Rivera y a los pocos días otra carta mas, pidiéndole que lo visitara.

El Nuncio le notificó entonces la elección para la sede episcopal de Tacuarembó, informándole que esa diócesis había sido creada pocos días antes y que su territorio abarcaría los departamentos de Tacuarembó y Rivera.

Por el conocimiento que tenía de los dos departamentos norteños se había formado una imagen de su realidad: vivían allí unas 150.000 almas, la mayor parte en tres ciudades y algunos pueblos menores, el resto dispersas en las estancias y en los pequeños caseríos formados a su imagen.

Las rutas que van de norte a sur y de este a oeste cruzándose en la misma ciudad de Tacuarembó, facilitaban las comunicaciones. La población es igual a la de todo el país, con sus desniveles de orden cultural y económico. Pensando en aquella realidad al asumir la responsabilidad de fundar la diócesis se preguntaba: *¿cuál es el cometido a cumplir?*

Por sus largos años de ministerio sacerdotal sabía conducir una parroquia. El código de Derecho Canónico y las Constituciones Sinodales determinaban en detalle lo que había que hacer.

Siguiendo ese esquema pastoral, el Obispo velaba por la buena marcha de las parroquias, buscaba la manera de crear

alguna más allí donde el crecimiento vegetativo de la población lo requiriera.

En la nueva diócesis no tendría dificultad en seguir el mismo esquema. Pronto se ordenarían algunos seminaristas teólogos y era posible la creación de cuatro o cinco parroquias nuevas. Si bien esas posibilidades lo tranquilizaban, no dejaba de inquietarle la generalizada indiferencia religiosa de la mayor parte de la población. Veía el problema pero no lograba imaginar la manera de resolverlo.

A los sacerdotes no se les podía pedir más de lo que estaban haciendo y a los laicos solo se les pedía que cumplieran sus deberes de estado, dieran buen ejemplo y frecuentaran los sacramentos.

Fue mas tarde, luego del Concilio Vaticano II (1962) que la Iglesia vio que toda ella debe ser misionera; que existe para el mundo y no para sí misma, se comprometió a tener un amor preferencial por los pobres y a hacer suyas las alegrías y tristezas de todos los hombres, definió la naturaleza de los laicos, les asignó un lugar de trabajo dentro de la estructura pastoral, a ordenar los asuntos temporales según el plan de Dios.

Creada la diócesis dos años antes del Concilio, la preocupación de nuestro coterráneo se limitaba a poder contar con la estructura eclesiástica indispensable para comenzar.

En aquel momento había once parroquias. En unas pocas la Acción Católica había logrado formar un grupo de laicos dispuestos a colaborar en el apostolado.

Esperaba contar con algunos sacerdotes que reforzarían el presbiterio, pero en forma imprevista, aun antes de tomar posesión de la diócesis, comenzó un desbande que lo sumió en un estado de tremenda angustia.

De las once parroquias, siete iban a quedar acéfalas.

Se preguntaba Parteli: *¿cómo podría llenar tantos vacíos con solo los cinco sacerdotes diocesanos que quedaban?*

Continúa diciendo: *Hubiera preferido ordenarme en la Iglesia de Rivera o la de Tacuarembó, pero el espacio de sus respectivos presbiterios era demasiado reducido para el gran despliegue de personas que requería la ceremonia de aquel tiempo.*

Escogió entonces la Catedral de Florida para la consagración porque sentíase afectivamente unido a ella y también por su devoción a la Virgen de los Treinta y Tres. Quiso que Monseñor Paternain, antiguo y querido Obispo, fuera el consagrante y señaló como fecha el 27 de diciembre (1960) fiesta de San Juan Apóstol.

PRIMEROS PASOS

Una multitudinaria y cálida recepción que le brindó la ciudad de Tacuarembó el día de la posesión de la Diócesis, le entonó el ánimo.

También le valió mucho la amistad que lo unía a algunas personas y familias de la ciudad, y de modo particular la del Pbro. Mario Rodríguez, Párroco de la Catedral, a quien nombro enseguida Vicario General.

Instaló la Curia en una casa alquilada, trajo consigo a su madre para compartir su mesa y a su hermana para dirigir la casa. Careciendo de secretario efectivo, él mismo despachaba la correspondencia y atendía la puerta.

Al cabo de pocos meses ya había podido recorrer la diócesis visitando todas las parroquias, los núcleos rurales y las casas religiosas, estableciendo así contacto con toda la diócesis.

La primera experiencia de actividad a nivel diocesano fue la Semana Catequística que congregó en la ciudad buen número de catequistas de casi todas las parroquias.

Vinieron luego las grandes Misiones de las ciudades de Tacuarembó y Rivera, contando con la presencia de dieciocho misioneros durante quince días en cada una, misiones que abarcaron todos los barrios.

Iniciado el proceso de formación de la diócesis, le dio un impulso decisivo a la Semana Pastoral, con la presencia del canónigo Boulard, infatigable propulsor de la *Pastoral de Conjunto de los países de América Latina*. Participaron prácticamente todos los sacerdotes, todas las religiosas y aquellos laicos, no muchos en número, que se consideraban *militantes*. Recién en

aquella Semana la diócesis comenzó a sentirse de veras una comunidad de vida plena y propia.

PENOSAS IMPRESIONES DE LA MISERIA

Siempre estuvo en contacto con los pobres. En Rivera porque los visitaba en sus casas y los encontraba a cada paso en sus idas por los barrios; luego en Tacuarembó visitando los caseríos de campaña vio que la situación era idéntica en un lado y otro.

Dice al respecto Mons. Parteli: *Por este conocimiento vine a saber que hay varias clases de pobres y todos no reaccionan de la misma manera ante su situación.*

Unos sobrellevan la pobreza serenamente, sin envidia y con dignidad; otros se amargan y fácilmente se hacen insociables, sin que falten los que se degradan en los vicios.

Parece que miseria material y espiritual se condicionan mutuamente de tal manera que cierran un circuito muy difícil de romper.

Fruto evidente de esta miseria eran las pandillas de lustrabotas mal hablados y pendencieros que pululaban a la salida de los cines y bares, como también las infelices niñas que pedían un real a los transeúntes.

¿Qué futuro espera a esas criaturas?

Había mucha gente deseosa de ganarse la vida con su trabajo, pero no tenían oficio.

Participaba yo un día en una alegre fiesta con tallarinada que ofrecía Don José Repetto a sus amigos, en el patio de su casa-quinta del Cerro del Marco.

En cierto momento me dice: esto es muy agradable, pero me amarga ver a esa chiquilinada que nos está mirando con ojos de hambre detrás del tejido

En 1963 se decidió el Obispo Parteli a organizar una misión popular grande, simultánea en todos los barrios de modo que toda la ciudad se sintiera en estado de misión.

Se puso en contacto con el Padre Jorge Ostertag, encargado de su Congregación (Redentoristas) a fin de organizar los equipos necesarios para misiones de este tipo.

En Tacuarembó había que preparar los ánimos, dejar todo dispuesto para que, desde la llegada de los misioneros, en cada uno de los barrios pudiera comenzar la misión, que duraría quince días.

Fueron en caravana de autos hasta Paso Bonilla a esperar a los dieciocho misioneros y luego, concentrada una gran muchedumbre en la Plaza 19 de Abril, se dio comienzo a la misión que durante quince días conmovió la ciudad.

LA CASA EPISCOPAL

Desde que el propietario de la vivienda que alquilaba le pidió que la desocupara, el Obispo vio la necesidad de una casa propia para la Curia.

Hizo cálculos, visitó alguna casa en venta y al fin se decidió a comprar un terreno frente a la calle lateral de la Catedral.

Un amigo muy generoso le había donado una cantidad casi suficiente para comprarla. Apenas adquirido buscó un proyectista. Lo vio al Arq. Jauregui, de Montevideo, quien falleció cuando estudiaba el anteproyecto.

Luego solicitó el trabajo a otros pero sin éxito.

Por aquellos días viajó a Italia y aprovechó a pedirle el proyecto a un primo suyo de Milán, arquitecto, que en pocos días hizo los planos.

De regreso le solicitó al Ing. Juan Caorsi que lo adaptara al tipo de construcción local y dirigiera la obra, cosa que hizo con su reconocida competencia y total generosidad.

No disponía el Obispo Parteli más que unos pocos pesos pero empezó lo mismo la obra, confiando en la Providencia.

Apenas lo supo Doña Alice, vino a decirle que le regalaba todos los ladrillos que precisara. La construcción siguió sin pausas.

La urgencia de mudarse lo obligó a ocupar la casa nueva todavía inconclusa, en pleno invierno, pero él era feliz en su casa

propia, siguiendo día a día los trabajos de terminación: pinturas, estufa, pulido de pisos y por último el oratorio con lambriz de maderas brasileñas.

Se sentía feliz en Tacuarembó, cuando empezó a rumorearse que sería trasladado...

EL TRASLADO A LA ARQUIDIOCESIS

¿Es cierto que se va a Montevideo? Esta pregunta se la hacían a cada paso. Desconocía el origen de tal rumor, pero su insistencia no dejaba de preocuparlo.

¿Será posible -se preguntaba- *que deba desarraigarme otra vez?*

¿Tendré que interrumpir este proceso tan gratificante para ir a complicarme la vida en una diócesis tan compleja y tensionada como la de Montevideo?

Deseaba que aquellos rumores fueran infundados. Pero no fue así.

Un llamado telefónico del Nuncio Alfredo Bruniera avisándome que quería hablar conmigo, lo antes posible, me hizo pensar que el cambio estaba en puertas.

Lo visité el 11 de febrero de 1966, día de la Virgen de Lourdes, y me hizo saber que la Santa Sede me encomendaba la conducción de la Arquidiócesis en calidad de ***Arzobispo Coadjutor*** *pero con plenas facultades.*

Entendí que no podía negar este servicio a la Iglesia, pero de todas maneras, antes de contestar, quise escuchar al Padre Joaquín Freire, amigo mío desde la infancia.

Me alentó a aceptar, asegurándome que sería muy bien recibido y secundado por el clero de la ciudad.

Si bien no tenía mayores vinculaciones en Montevideo, estaba informado de la situación.

No era un secreto que había tensiones dentro de la misma Iglesia. Unos querían ponerse a tono con la corriente innovadora, mientras otros consideraban desviación todo lo que implicara un cambio.

En el medio quedaba una ancha franja de fieles ajenos a lo que estaba pasando.

CULMINACION

Finalizamos la semblanza biográfica del brillante riverense que un día lejano abandonara su pueblo natal ante la emocionada expectativa de sus seres queridos y fieles amigos, para entregar lo mejor de sus esfuerzos, lo más puro de su inteligencia privilegiada, lo más sincero de su vocación, para enfrentar con serena confianza los avatares de una carrera eclesiástica que lo ha llevado, a través de los años, a ocupar un lugar de privilegio en el corazón de quienes como riverenses nos sentimos orgullosos de pronunciar su nombre con el respeto y admiración que merece.

Aunque sería muy digna de destacar la actuación desarrollada por él en los últimos años, antes de su retiro el 8 de marzo de 1985 al cumplir 75 años de edad, dejamos cerrada nuestra labor biográfica ya que en los últimos años su actuación ha sido motivo de una amplia divulgación.

Razones de espacio también integran la causal.

Ya habíamos señalado que Monseñor Carlos Parteli había solicitado su retiro por edad, tras cumplir 75 años en la fecha ya señalada.

El 12 de julio siguiente transferiría la titularidad de la Arquidiócesis de Montevideo a Monseñor Gottardi quien tuvo recordada intervención en un episodio que ha sacudido fuertemente al catolicismo: el cuestionamiento de la actividad en nuestro país de la llamada *Comunidad Jerusalén* y de las *Misioneras de Cristo Resucitado.*

No vamos a intentar opinar sobre el tema. En muchos aspectos nos supera.

Interesa solamente ponerle punto final a esta nota, estableciendo que fueron casi veinte años decisivos para los destinos de la Iglesia Católica en los cuales Monseñor Parteli desplegó su labor incansable, época en que Juan XXIII abría las ventanas en

el *aggiornamento* del Concilio Vaticano II, mientras Uruguay se internaba en la crisis de los años 60 y comenzaba a recorrer la espiral de violencia que desembocaría en una declinación, de triste recuerdo, de las instituciones democráticas.

Con referencia al sonado acontecimiento que tiene como protagonista central al Padre Antelo, el Arzobispo riverense dijo textualmente: *Yo estoy por el entendimiento y no por el desentendimiento.*

Retirado hace ya varios años de la actividad eclesiástica, aunque aún continúa participando de las reuniones del Episcopado Nacional, ve como él mismo lo expresa, *el problema desde afuera.*

Declinó dar opinión sobre el lamentable episodio que tanto agitó a la opinión pública y acerca de las denuncias que se han divulgado precisó: *prefiero no juzgarlas.*

Indicó que *a la Iglesia Católica Uruguaya esta resonancia del caso no le hace bien, pero son cosas humanas, diferencias de criterio muy explicables, para juzgar a un grupo.*

¡Dulce Cuñapirú Valle querido
donde el áureo metal está escondido!
tu has de ser un día no lejano,
un venero también de naranjales
y han de nacer propicios arrozales
donde está el totoral de tus pantanos!

DON TITO PEREIRA

Un hombre con reflejos de oro en su personalidad

Desde que era gurí, en la época en que felices, con ojos de asombro, veíamos en la pantalla de ladrillo blanqueado de la esquina de Agraciada y Figueroa (anexo al aire libre del ***Florencio Sánchez***) o en el Cine Internacional de la Línea, aquellas películas de la era del *blanco y negro* y del *cine mudo* (actualmente verdaderas joyas para coleccionistas), asistimos entre nerviosos y expectantes, a las aventuras que en el mítico *Far West* del super héroe *Buffalo Bill* (gracias Umberto Curi por habernos reservado el *Tit-Bis*), protagonizaban nuestros héroes invictos (Tom Mix, William Hart, Buck Jones, etc.) enfrentando a las hordas de indios pieles rojas acaudillados por *Toro Sentado, Caballo Loco* o *Aguila Blanca*, casi siempre el tema central de la película consistía en saber quienes se apoderaban de la mina de oro que pertenecía al *pobre* padre de la heroína rubia que se deshacía en gestos de desesperación y gritos histéricos, mientras sus buenos defensores se entreveraban en una pelea a muerte con las bandas de indios forajidos.

Menos mal que siempre la trenzada terminaba con la cobarde huída de la *indiada* que trataba de robar al viejo progenitor de la deslumbrante rubia.

Con ese final todos nos íbamos contentos, saboreando los últimos maníes que aún restaban en el fondo del bolsillo agujereado, comentando la próxima hazaña del *mocinho* que seguramente se reiteraría el domingo siguiente.

Lo que escapa al reino de la fantasía es que nosotros, insensiblemente, sin tener la menor noción de quien tenía la razón en aquel intercambio de golpes, revolcones, flechazos y tiros, íbamos dándole a nuestra sensibilidad una prioridad especial a la fascinación del oro.

Casi ya no nos preocupaban las correrías de salvajes y vaqueros, ni tampoco sus preocupaciones por los problemas del viejo terrateniente, ni tampoco de la rubia que al final terminaba a los besos con alguno de nuestros favoritos.

Lo que importaba realmente eran aquellas piedritas con manchas amarillas que guardadas en una bolsita eran utilizadas para que a su dueño le sirvieran abundantes vasos de cerveza en el *estaño* del boliche o la pulpería que generalmente era propiedad de un gordo con cara patibularia.

Todo lo anterior es el retazo de una historia rigurosamente fidedigna, enquistada en la época en que usábamos pantalón corto con tiradores, cuando nos peinaban a la fuerza y recibíamos la bendición de un baño completo cuando debíamos asistir al casamiento de algún pariente...

Pasa el tiempo más rápidamente de lo que hubiéramos deseado y media docena de años después, sin habernos olvidado de la *fiebre del oro* que tanto nos impactó cuando pagábamos *medio real* la entrada en el cine de la cuadra de casa o de 1000 reis en el ***Internacional*** santanense, vamos a cambiar radicalmente de escenario y hénos aquí, juiciosos y de traje azul, sentados en un salón de clase del Liceo de Sarandí y Lavalleja.

En efecto, un cierto día (allá por fines de la década del 20) estábamos en una clase de Historia Natural, cuando el Profesor Don Dámaso Uribe, depositó sobre su pupitre una cantidad de piedras de diversos colores y tamaños y dió comienzo a su clase de Mineralogía.

Mencionó los nombres de cada piedra, pero centró su comentario sobre los verdaderos cuarzos allí presentes: cristal de roca, amatistas, falsos topacios, ágatas y ¡cuarzo aurífero! Este último monopolizó nuestra atención, pareciéndonos casi una fan-

tasía que fueran trozos de oro las manchitas amarillas que aparecían incrustadas en las piedras.

Se complementó la clase con una extensa disertación sobre el proceso de elaboración que se llevaba a cabo en una industria que en aquel entonces aún se efectuaba en la zona de Corrales, aunque el ritmo de los trabajos ya había disminuído sensiblemente.

Pese a que el tema ha sido objeto de infinidad de crónicas desde que en el siglo pasado, a partir de 1885, las minas de Corrales fueron explotadas por una compañía francesa que una vez alcanzado el límite rentable que la tecnología de la época permitía, abandonó el filón.

Reiteramos que mucho se ha escrito al respecto sobre este tema, siendo muy compleja la tarea de discriminar donde cesaba la fantasía y comenzaba la realidad, o viceversa.

Pues bien, nuevamente la *Quimera del Oro* (recordar a Chaplín, con acento en la ***i*** y no en la ***a***) vuelve a ocupar los titulares de la prensa nacional.

Ya no se habla del trágico fin de Moctezuma y de Atahualpa, que debieron pagar con sus vidas el pecado de ser depositarios de los tesoros auríferos que anhelaban con desesperación los reyes de España a través de las *conquistas* de sus capitanes Cortés y Pizarro.

No queremos traer al comentario el triste relato de uno de los tantos capítulos sangrientos de una usurpación que en cierto modo nos avergüenza a todos los hispanoamericanos.

Nos limitamos al recuerdo de un episodio que tuvo lugar en aquella lejana época de la niñez: el descubrimiento de la rutilante mascarilla de oro macizo que cubría el rostro de Tutankamon que en 1922 descubrieron los ojos de Carter y Carvanon debajo de las arenas del legendario Egipto.

Y volvemos a nuestras experiencias, ya que el tema se ha actualizado.

A comienzos del segundo semestre del corriente año (época en que escribimos esta nota) ya se ha divulgado la noticia del acuerdo entre el Ministerio de Industria y Energía, la Intendencia

Municipal de Rivera y la Empresa ***Recursos Americanos Uruguayos*** para la instalación de una planta procesadora de cuarzo aurífero, en una zona situada a seis kilómetros de Minas de Corrales.

Todos los detalles relacionados con este gran impulso que puede proporcionarle a nuestro Departamento el desarrollo industrial que se proyecta, a lo que debe agregarse el beneficio de una interesante fuente de trabajo, sin duda llegará en un futuro próximo a conocimiento de los lectores a través de los medios de comunicación habituales.

LEYENDA NUEVA DE MINAS DE CORRALES

Con todo gusto dedicamos esta nota a Don Tito Pereira que nació en Minas de Corrales y al cual ***Jornada*** de Rivera, publicación siempre atenta a todo lo que pueda significar un factor de progreso y desarrollo para el Departamento, le ha dedicado un muy ajustado comentario en uno de sus números con motivo de la ***VI Semana de Rivera***.

A lo escrito en ***Jornada*** le agregamos unas menciones biográficas escritas por dos prestigiosos amigos, Don Humberto Chirico y su señora esposa, quienes conforme lo citamos en nuestro libro anterior, ***¡Aleluya Rivera!***, vivieron varios años en el pueblo cuyo nombre atrae nuevamente la atención a nivel nacional e internacional.

La ***VI Semana de Rivera*** organizó en nuestra ciudad una muestra de herramientas y materiales auríferos procedentes de la Quinta y Sexta Sección, siendo el portador Don Tito Pereira quien desde hace más de medio siglo recorre la zona cateando materiales auríferos.

Nació Don Tito en Minas de Corrales el 5 de febrero de 1922, siendo su padre Don Leandro Pereira y su madre Doña Andrea Bayle. Era el cuarto de trece hermanos.

Su padre llegó a Carpintería a principios de siglo, como carpintero armador de obra, trabajando con las compañías extranjeras que entonces tenían la explotación de las minas de oro.

El bisabuelo paterno de Don Tito (Rómulo Pereira) era oriundo de la provincia argentina de San Juan; vino a Montevideo siendo aún adolescente, cursando estudios en un colegio privado.

Se hallaba radicado en nuestra Capital cuando su pueblo, San Juan, fue prácticamente arrasado por un terrible terremoto en el que desaparecieron todos sus familiares.

Ante un episodio de tan graves consecuencias Don Rómulo se radicó definitivamente en nuestro país, comenzando a trabajar en las obras de la Represa de Cuñapirú, construcción considerada como la primera que se levantó al sur de nuestro continente.

En lo referente a sus bisabuelos maternos sabemos que eran vascos franceses de muy buena posición económica.

Respecto al padre de Don Tito Pereira, las mentas coinciden en que se trataba de un hombre muy humanitario, no titubeando en ofrecer alojamiento en su casa a muchos de aquellos que llegaban ilusionados a las promisorias tierras en busca de *dorados* horizontes.

En uno de esos gestos humanitarios que cumplía en toda ocasión propicia, le brindó su apoyo a un zapatero de apellido Camacho, cuyo hijo culminó su carrera de médico estando actualmente radicado en Montevideo.

Mientras Tito terminaba sus estudios primarios se encontró con el inconveniente de no poder ingresar a Secundaria ya que en el pueblo aún no se había habilitado el Liceo.

Se le ocurrió entonces entretener sus ocios concurriendo al pequeño taller de zapatero de su amigo Camacho y pronto aprendió el oficio.

En compañía del zapatero y de otro amigo comenzó a realizar incursiones (especialmente los fines de semana) realizando operaciones de *cateo*. Al respecto Tito comentaba que para moler el cuarzo obtenido consiguió la primera máquina moledora, sumamente rudimentaria, traída del Brasil por Fermiano Paz Brizola.

En sus correrías en pos de las *vetas* tuvo oportunidad de recoger numerosos ejemplares de origen indígena: puntas de flecha, boleadoras, etc.

Como elemento de contenido histórico, de acuerdo a documentos citados por A. Barrios Pintos, el primero en encontrar oro en la zona fue un ganadero brasileño, de Minas Gerais, llamado Jesús Suárez, al promediar el siglo pasado.

Posteriormente aparecieron otros, entre 1843 y 1857: José Frithe, Adam Sander, Samuel Rocherd y Lisbon Freira.

Dos de ellos (Rocherd y Sander) trabajaron en una veta aurífera a un medio kilómetro de la Mina de San Gregorio llamada así por pertenecer, según mentas, al General Gregorio Suárez (conocido con el apodo de *Goyo Jeta*).

Según parece, los nombrados extrajeron dos libras de oro, extraídas del cuarzo aurífero merced a una molienda de morteros *de madera.*

En honor a la verdad histórica existe cierto confusión relacionada con las fechas y los nombres de los que podrían citarse como *pioneros* del comienzo de la fama de la zona de Cuñapirú como custodia de sus tesoros enterrados.

Como muestra de lo antedicho, una noticia relacionada con los yacimientos auríferos riverenses, publicada en Londres en 1858 por los hermanos Miguel y Eduardo Mulhall, afirmaba que *El primer oro fue descubierto en 1858 por un gaucho quien halló una pepita de 4 onzas en el Arroyo Corrales.*

En 1888 Manuel Castrillón formó una compañía para trabajar las minas de Cerro Arecuá. Las muestras traídas a Montevideo resultaron tener un 82% de oro.

Posteriormente se formó la ***Compañía Minera de Cuñapirú*** que trajo de Inglaterra maquinarias y mineros especializados, pero hubo allí algún problema y el Ingeniero que dirigía la obra y los mineros regresaron a Europa.

El mismo informe dice *que un minero americano, Rogus, estableció un molino mejicano con el cual pudo sacar hasta seis onzas por día.*

Menciona también dicho informe que el General Goyo Suárez ha vendido en Montevideo más de 200 onzas de oro, pero la falta de capital y maquinaria impide el desarrollo de la

industria, existiendo otro obstáculo mayor *por causa de las constantes guerras.*

En síntesis, como ha sido regla general en los relatos vinculados a episodios relacionados con los descubrimientos de oro, piedras preciosas, petróleo, etc. son muy abundantes y contradictorias las versiones que pretenten fijar en el tiempo cuales fueron los pasos iniciales en tal sentido.

Vamos mejor a enfrentar la realidad de los sucesos y dejaremos a Don Tito Pereira que nos ilustre al respecto.

Textualmente expresaba el periodista que en Rivera lo entrevistó:

Cuando yo dejaba de ir a la escuela, hacía la rabona para andar atrás de los mineros en busca de oro. Entraba a las galerías de los mineros, en ausencia de los capataces, porque era prohibida la entrada de menores.

Me llevaban para mostrarme como se sacaba el oro. En las vetas se veía el oro... ¡era lindo! Los días que ellos no trabajaban salíamos, porque había mucho oro por arriba de la tierra y se juntaba mucha piedra. En una semana se molía esa piedra, se sacaba el oro y hacíamos unos buenos pesos.

Luego de mostrarnos los cernidores, un mortero de hierro de más de un centenar de kilos, una trituradora manual (miniatura de la trituradora mecánica del Cerro del Estado) Don Tito nos cuenta:

Yo trabajo únicamente con mercurio. Me han querido enseñar a trabajar con cianuro, pero yo nunca quise, es un elemento que me dicen, es muy peligroso. No sé como se lo emplea.

En Zapucay, una compañía que estuvo ahi, trajo gran cantidad de cianuro, los tambores estaban apilados en el campo.

El gobierno no les permitió trabajar porque el forro de abajo que era una lona no era suficiente para aislarlo del medio ambiente.

Las empresas extranjeras que estuvieron en Cuñapirú, trabajaron con cianuro y los residuos los echaban al arroyo. Hace unos años vino un geólogo a trabajar en las arenas que fueron abandonadas. Recuperó mucho oro con cianuro.

Ahí un día quedó la portera abierta, vinieron dos vacas del vecino, tomaron agua y quedaron muertas enseguida.

Ese mortero (nos indica en su stand) *es uno de los seis morteros que llegaron al Uruguay en 1870 desde Brasil.*

Tales las expresiones de Don Tito Pereira, tomadas parcialmente, que ha sido y seguirá siendo, un motivo que ocupará la atención de todos los riverenses, quienes confían que al influjo del más preciado de los productos que puede brindarnos la *Madre Tierra* se logre para nuestro Departamento una efectiva reacción de todos los órdenes, que nos devuelva la prosperidad a que tiene derecho una zona de la República que tan intensamente ha intentado siempre alcanzar la cima de su desarrollo.

Una personalidad de nuestra RIVERA en el primer cuarto del Siglo XX

LUIS FELIPE ROYOL GALLI

Hijo y padre de farmacéuticos

Ubicación: la muy riverense esquina de Sarandí y Faustino Carámbula.

Epoca: a comienzos de la década del '20: el *año de la gripe* para los *memoriosos*.

En uno de los cuatro solares esquineros de la Manzana 133 estaba instalada la ***Farmacia Royol***, toda una institución en aquellos tiempos en que el combate contra las enfermedades recién comenzaba con el aporte de las sulfamidas, mientras Fleming descubría de casualidad la penicilina, iniciando el auge creciente de las *drogas maravillosas*.

Frente a la Farmacia estaba el famoso almacén de Sambarino, mágico emporio de papel de cometas, bolitas de vidrio, cuentitos de *Callejas* y barritas de chocolate que costaban un solo vintén; mientras las otras dos esquinas lucían el lujo arquitectónico de las viviendas de dos familias importantes: la de Don Arturo Quesada y la de Don Nazario Leal.

Existieron otras farmacias en aquel pueblo que quería nacer: algunas se han mantenido y otras desaparecieron.

Frente al Club Uruguay estuvo la *Farmacia del Indio*, de Don Segismundo Camacho; en la otra cuadra se instaló la *Farmacia Porto*, adquirida luego por el investigador y benefactor riverense Federico Diaz.

El querido amigo Dr. Orlando Gil nos mencionó que por el año 1913 existió una *Farmacia Caffone* en el predio que años después ocupó la tienda *La Parisien*. Esa farmacia la adquirió Don Alfredo V. Quintero antes de instalarse con la *Farmacia Oriental* en la calle Sarandí, a media cuadra de Avenida Brasil.

Pero no nos dispersemos en el comentario central de esta nota dedicada a la *Farmacia Royol* y al hombre que fue su creador: ***Don Luis Felipe Royol Galli.***

La gurisada que con el criterio consiguiente se movía en el entrecruzar de Ituzaingó, Sarandí y Agraciada con Monseñor Vera, Faustino Carámbula y Figueroa, tenía una atracción *extra*: curiosear a través de los vidrios de un ventanal que daba a la calle Faustino Carámbula y seguir atentamente lo que hacía en un improvisado *laboratorio*, un señor de lentes que manipulaba una serie de líquidos mezclados con extrañas sustancias que circulaban a través de una serie de artefactos de cristal (cuando años después concurrimos a las clases de Química del Liceo nos enteramos que esos *artefactos* eran matraces, tubos de ensayo, mecheros, filtros, etc.) pero mientras tanto aquello tenía sabor a *aquelarre.*

De vez en cuando el que manipulaba aquellas maravillas traía de la estantería que tenía la farmacia en el frente a Sarandí, un recipiente de porcelana (ahora están todos en las casas de antigüedades) con una inscripción cuya pronunciación se nos hacía difícil.

En una oportunidad que tratábamos infructuosamente averiguar que significaban aquellos nombres que exhibían los diabólicos frascos, una señora se prestó a colaborar con nuestros interrogantes y nos dijo: esos nombres están escritos en latín.

La miramos con sorpresa y admiración y pensamos: ¡cuánta sabiduría para saber cosas tan difíciles!

Pues bien, estamos aun en la época en la cual la mayor parte de los medicamentos no venían ya acondicionados para venderlos directamente al público.

El farmacéutico tenía una misión trascendente: elaborar los productos conforme a las indicaciones, fórmulas que fijaban con rigurosa exactitud las cantidades de los diversos componentes, todo lo cual el médico lo señalaba en la receta respectiva.

No había lugar para errores. Del exacto accionar del químico-farmacéutico dependía la salud de un enfermo.

En nuestro caso no podemos olvidar un detalle importante: el señor que asumía la responsabilidad de una tarea tan delicada era ***Royol***.

Si, así sencillamente, con ese descaro con que los niños enfrentan a los mayores, lo recordamos simplemente como *Royol* (un apellido que nos traía a la memoria el nombre de alguna elaboración farmacéutica).

Pero lo respetábamos como lo que era: el *ángel guardián de nuestra salud.*

El nombre completo de este ciudadano eminente era:

LUIS FELIPE ROYOL GALLI

En esta semblanza biográfica vamos a unir el recuerdo de su persona a la de sus antecesores y a la de los que continuaron su obra en el futuro.

De la información que hemos recogido, aun a riesgo de cometer un error, hemos reunido los antecedentes de la vida de *nuestro* Royol, es decir, del que observábamos con ojos grandes de admiración a través de la ventana; con la de su padre Royol y con todos los Royol que continuaron luego su obra.

¿Está claro? Puede ser que no, pero allá vamos.

Don Luis Felipe Royol Galli nació en Paysandú el 26 de mayo de 1879.

Era hijo de Emmerick Royol (con título de farmacéutico expedido por la Universidad de Sorbonne, París) y de Adela Galli (franceses de Avignon).

El matrimonio Royol-Galli vivió sucesivamente en Buenos Aires, Paysandú, Mercedes, Pelotas (Rio Grande do Sul) y en La Paz (Dpto. de Canelones).

En 1906 se trasladaron de La Paz a nuestra fronteriza Rivera.

En el transcurso de esos años y durante los sucesivos cambios de residencia, nacieron 12 hijos. Uno de esos hijos (Luis Felipe) solamente llegó a conocer a cuatro de sus hermanos:

Gabriela (argentina, casada con el argentino Francisco Romero), María Luisa, Arístides Adriano y Julieta Matilde (brasileña, casada con Gregorio Barreto García).

Volvamos a Luis Felipe Royol Galli.

Se recibió de Químico-Farmacéutico en la Facultad de Medicina de Montevideo. (En esa época no existía aun la Facultad de Química y Farmacia).

Llegado a Rivera en 1906, compró una farmacia a un ciudadano italiano, que regresó enseguida a su patria.

Surge así la ***Farmacia Royol*** en su primera época.

El 29 de enero de 1910, Luis Felipe se casa con María Inés Rocchietti Previtali (hija de José Rocchietti Van Der Ser y de Inés Previtali, ambos farmacéuticos).

Inés Previtali era sobrina de Pablo Rocchietti, muy amigo de Don José Batlle y Ordóñez, cuyo partido representó como diputado por Rivera en el año 1904.

El citado matrimonio Luis Felipe Royol-María Inés Rocchietti, tuvo tres hijos:

José Emmerick Ignacio (Médico), Luis María (Químico-Farmacéutico) y Adela (falleció a los tres años en 1913).

Destaquemos que Don Luis Felipe Galli falleció en Montevideo el 12 de marzo de 1931 y su esposa, María Inés Rocchietti falleció también en la Capital el 15 de junio de 1944.

Al deceso de Don Luis Felipe Royol se hizo cargo de la farmacia el Químico Farmacéutico Juan B. Cázeres y el Sr. Gregorio Barreto García.

De los tres hijos de Don Luis Felipe Royol, subsiste solamente un querido amigo, el Farmacéutico ***Luis María Royol***, quien al enfrentar la instancia de elegir una carrera profesional siguió los pasos de sus antecesores: padre y abuelo.

No somos de los que nos creemos con derecho a transitar por sendas cuyo privilegio queda reservado para quienes en la

vida orientan su accionar al compás de los dictados de sus predilecciones, ambiciones o impulsos que integran el secreto invulnerable de un mundo privado que nos guía hacia destinos que se escabullen ante el menor intento de análisis.

Luis María no tiene por que escapar a ese mandato natural que la vida nos impone desde la etapa de gestación.

El desarrolló su futuro universitario en forma impecable, haciendo honor a la tradición familiar que se concretaba en el reino fabuloso del matraz, el tubo de ensayo, el mechero, el termómetro y los mil y un artefactos que regían su especialización universitaria, pero no podemos silenciar una de las facetas más notorias de su personalidad: su proyección en el mundo de lo social.

Dentro de lo poco que pudimos conversar con él sobre problemas físicos que afectaban a la comunidad de la cual formamos parte, debido a que físicamente una gran distancia nos ha separado, siempre nos llamó la atención la forma como encaraba, con serenidad no exenta de preocupación, la problemática de una sociedad que ya en aquellos años anunciaba un peligroso decaimiento cuyos resultados estamos padeciendo en los actuales días.

Las instituciones que encaraban sus obras dentro de estos andariveles contaron siempre con su simpatía y colaboración.

Nos place destacarlo ya que Rivera necesita urgentemente contar con el apoyo de muchos *Luis Maria* para reeditar, si es posible, épocas más felices.

Está sobrando la pasión, la inclinación al insulto o a la maledicencia venenosa que es aun peor; no sabemos de donde viene esa inundación o quien agita tan violentamente el oleaje, pero en el fondo hay algo que no entra en ningún plan de conformismo: o aprendemos a actuar como seres civilizados o nos hundimos irremediablemente en el lodo, como le sucedió a Juan Barullo en un episodio que no por grotesco deja de pintar todas las características de una época felizmente superada.

No queremos finalizar esta nota dedicada a una de las grandes familias del pasado sin un recuerdo a otro de los hijos de

Don Luis Felipe Royol Galli: el médico ***José Emmerick Ignacio Royol Rocchietti***, cuyo lamentable fallecimiento cortó una brillante carrera universitaria ya que con su reconocida capacitación se había constituido en uno de los baluartes de un servicio de jerarquía poco común.

Una resolución del Poder Ejecutivo del 18 de abril del corriente año, estableció que con el nombre del brillante médico fuera designado el *Centro de Salud de Rivera.*

De su primer matrimonio tuvo cinco hijos: María Inés, María Cristina, Miriam Julia, María Elena y José Luis.

De las segundas nupcias nacieron Ricardo y Luis Gabriel.

Su nacimiento tuvo lugar el 30 de setiembre de 1924 en la casa paterna de la Avenida Sarandí Nº 500, donde hoy se encuentra, como siempre, la Farmacia Royol.

Pepe, como cariñosamente lo llamaban y conocían los riverenses siguió estudios de Medicina egresando, con exoneración del pago de los derechos del Título por alta escolaridad, el 2 de mayo de 1958, como Doctor en Medicina y Cirugía, de la Universidad de la República.

Especializado en pediatría en la Escuela de Graduados de la misma Facultad, cuando ya había formado su hogar con Elba Ghiringuelli, con la cual había retornado a Rivera al culminar sus estudios y comenzar a volcar sus conocimientos en nuestra comunidad, ya como Profesor de Higiene en el Liceo Departamental y en el Instituto Magisterial, ya como profesional universitario en la calle Agraciada, ya participando en diversas actividades sociales y culturales.

Ya había comenzado a prestar servicios de Medicina, iniciada en el primer semestre de 1952 como Practicante Externo del Ministerio de Salud Pública, cargo obtenido por concurso.

Ostentaba entonces un vasto *currículum* incluyendo el Certificado de *Staggiero* expedido por la Clínica Pediátrica del Prof. Pierre Mozziconacci de la Facultad de Medicina de París; la licenciatura en Salud Pública ganada en la Universidad de Chile, además de una extensa actuación en nuestro país cuando se radicó entre nosotros en 1961, culminando su desempeño como Médico Asistente Honorario del servicio correspondiente del Centro Departamental de Salud de Rivera.

Con motivo de su fallecimiento el periódico local *Integración* decía en su artículo de despedida:

Con la partida del Dr. José Royol... la cultura se ha sentido agredida.

SOLEDAD LOPEZ

Poetisa, escritora y periodista

Primera reacción del autor:

Debo reconocer, sin echarle la culpa a nadie, ya que a esta altura de mi vida creo tener amplio derecho a ser dueño de mis decisiones y cargar con la cuota de responsabilidad que corresponda, que los largos años de mi alejamiento de Rivera, la querida tierra que una y mil veces alimenta mis mejores recuerdos, me ha impedido vivir la experiencia de conocer a tantas figuras relevantes de una ciudad que a través de varias décadas ha colocado a brillantes figuras de las nuevas generaciones en los más elevados planos de la admiración y gratitud.

Es razonable que estas situaciones se pongan en evidencia. Jóvenes a quienes conocí de niños o que no habían nacido cuando yo ya presumía de ser un hombre experiente, hoy ocupan los primeros planos en las actividades más diversas y, en especial, en las de mayor contenido cultural.

Una de esas figuras relevantes con la cual estamos desplazados en el tiempo es la de la poetisa, escritora y periodista SOLEDAD LOPEZ, a la cual dedicamos con afecto, este Capítulo de nuestro quinto libro sobre el solar nativo.

Y ahora que nos hemos "confesado", por lo menos quedamos en paz con nuestra conciencia.

Digamos, para empezar que Soledad López es su nombre literario. Su verdadero nombre es ***Manuela Velasco Delgado***, nacida en Porto Alegre (calle Casimiro de Abreu 917) el 12 de diciembre de 1932. (En esa fecha yo ya estaba radicado en Montevideo "estudiando" en el IAVA los Preparatorios de Ingeniería).

Adoptó la nacionalidad uruguaya y su nombre literario se compone de su nombre de bautismo (Soledad) y el apellido de quien fuera su esposo, Sirio Antonio López.

Tiene la más pura sangre andaluza (¡olé!) ya que sus progenitores nacieron en dos ciudades maravillosas del sur de España.

Su padre: Manuel Velasco (cordobés) y su madre: Elena Delgado (sevillana). Pues bien: en 1926 Manuel y Elena contrajeron enlace, festejaron el acontecimiento en el Barrio de Santa Cruz y resolvieron, en plena luna de miel, emigrar al Brasil, país fabuloso que ofrecía a los jóvenes tremendo atractivo en pos de un futuro feliz.

Llegaron al *Nuevo Mundo* en procura de dorados sueños pero su condición de extranjeros no facilitó los propósitos de su padre, quien luego de trabajar de minero en Minas Gerais pasó a ser funcionario de la Compañía Telefónica de Porto Alegre.

En el Brasil nacieron cinco hijos, de los cuales la menor era Soledad. Cuando la bautizaron se cuenta que su padrino fue el famoso Manolete (torero de enorme fama, que murió en la Plaza de Linares en 1947, herido por el toro *Islero* de la ganadería de Miura).

En marzo de 1933, la familia Velasco Delgado se trasladó a Rivera donde pasó a residir y donde nacieron sus restantes hijos.

Manuela tenía entonces tres meses. Se instalaron en una casa de Faustino Carámbula 1340, que aún existe.

A los seis años Soledad concurrió a la Escuela Nº 5 de Rivera Chico.

A los trece años se trasladó a Montevideo donde cursó quinto y sexto grado en la Escuela *República de Venezuela*, situada en la calle Rivera.

No hizo estudios de enseñanza secundaria pero realizó el aprendizaje con sus hermanas. Leía mucho, ayudándole la circunstancia de que su padre tenía una pequeña librería en la esquina de Agraciada y Brasil.

A los diecisiete años contrajo matrimonio y en setiembre de 1951 nacía su primer hijo: Sirio. Cuatro años y medio después nacía su hija Anahí.

Debido a las tareas inherentes al cuidado de los hijos, no disfrutó del tiempo necesario para cumplir la actividad literaria en el hogar y debió organizar muy especialmente su tiempo a fin de cumplir con los compromisos de la siempre delicada tarea.

Se propuso entonces crear un espacio radial (año 1961) y para ello, como durante el día trabajaba en Conaprole, mientras cumplía con su obligación laboral aprovechaba algún rato libre para preparar el libreto del programa.

Fue entonces, cuando en ***Radio Internacional*** nació ***Aquí habla una mujer*** en el cual se tocaban vivencias de hondo contenido emocional.

Continuó luego su trayectoria en dicha emisora, realizando en esa época hasta tres programas diferentes por día.

En 1962 se celebró el *Primer Centenario de Rivera.*

Entre los actos programados figura la presentación de la revista de A. Barrios Pintos: ***Ciudad de Rivera 100***, llevada a cabo en 1963.

Soledad López le hace un reportaje al historiador que tuvo especiales connotaciones. En efecto, esa noche en el Club Uruguay se realizó la llamada ***Noche de la Poesía*** teniendo como invitada a Juana de Ibarbourou, rodeada por un entusiasmado público de ambas ciudades fronterizas.

Allí estaban presentes los poetas lugareños Olintho Maria Simoes, Luis María Techera, María Luisa Larena, Maria Elcira Berruti y, por supuesto, Soledad López, quien recitó una hermosa poesía de su autoría, titulada *Romance de dos razas.*

Al día siguiente un pequeño grupo de mujeres, en el automóvil de la Profesora Brenda Varsi de López, recorrieron junto a Juana de Ibarbourou o, mejor aún, junto a ***Juana de América***, por lugares que la laureada poetisa le interesaba conocer.

Cuando iba a ascender al coche, Juana se adelantó, abrió la puerta, invita a Soledad a subir y ésta ante gesto tan cordial le dijo:

-Algún día escribiré mis memorias y contaré que la excelsa poetisa de América me abrió la puerta de un coche., ante lo cual Juana replicó:

-Cuando publique su primer libro de poesía yo escribiré el prólogo.

Esa promesa fue cumplida ya que en 1968 Soledad publicó sus ***20 poemas de amor y un olvido*** con prólogo de Juana de Ibarbourou e ilustraciones de Osmar Santos.

La vida no fue fácil ni serena para Soledad. Debió luchar sola, con sus hijos, para asegurarles un futuro promisorio, aunque en los momentos más duros y amargos, no dejó de lado su fantasía y vocación literaria.

En esa época mantenía correspondencia con escritores y poetas de Brasil, Chile, Perú, Argentina y México.

La poetisa argentina Cristina Dalbes dijo de ella:

-Su nombre: Soledad. Su credo: Poesía. Su destino: Mujer y sufrir. Prodigio de la divina locura de escribir, llega desde la otra orilla del Plata una tarde cualquiera de Otoño, como un motivo de vida y milagro, flor y creación...

El poeta peruano Oscar. L. Cavagnaro expresa: *de padres andaluces, lleva en sus venas todo el ardor del sur de España, de esa Sevilla que Carmen de Burgos definió como ¡ciudad clara!...*

Por su parte dice de ella Juana de Ibarbourou: *Hace de su vida un vaso de amor y de sus sueños, poemas tan femeninos y tan llenos de potencia lírica que nadie vacila en asegurar que es una poetisa Esencial, nacida para confiarnos los secretos de su alma llena de matices en los que hombres y mujeres encuentran la huella de sus íntimos estremecimientos.*

SUS VIAJES

En 1963 Soledad López visita Buenos Aires, invitada por la ***Institución Cultural Madre***, donde recita varios poemas y vuelve con un álbum firmado por todos los escritores presentes.

En 1977 es invitada por la artista plástica y periodista Tereza Kolontai, de Río de Janeiro.

Ofrece una disertación en el Ministerio de Educación y Cultural de Brasil y posteriormente es agasajada con una cena en su honor, a la que concurren figuras relevantes del arte carioca.

En su disertación enfoca perfiles líricos de Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni y Cecilia Meirelles.

En esa reunión el poeta bahiano Telmo Padilha la invita a conocer la zona *del cacau*, ofrecer una disertación en la Universidad de Itabuna y traducir al castellano su libro de poesía.

Con lo que obtuvo por conceptos de honorarios por la traducción realizada pagó el hospedaje y el regreso, con su esposo, al Uruguay.

Durante su breve estadía en Río de Janeiro, conoció a la paulista Heloneida Studart, escritora y periodista, autora de varios libros de ediciones agotadas.

Por requerimiento de *Ediciones de la Torre* (España) escribe una antología sobre Juana de Ibarbourou, para colección especial de poesías para niños. Ya se habían publicado nombres como Rubén Darío, Pablo Neruda, etc. pero se le había encomendado a Soledad la difícil tarea.

El libro salió de la imprenta en mayo de 1991.

Con los derechos de autor, Soledad pudo solventar los gastos de pasajes. Las ilustraciones del libro fueron realizadas por el artista riverense Víctor Pirrongelli.

En agosto de ese año 1991 Soledad regresó a Rivera.

Ella desea enfatizar que el tiempo que residió en Europa, tanto en Bélgica como en España, trabajó mucho, desempeñando diversas tareas.

Trabajó en la ***Feria del Libro*** de Madrid, en el Parque Retiro, en 1980 y 1990, para la misma Editorial (*Fundamentos*, Caracas Nº 15, Madrid).

TRAYECTORIA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACION

En 1961 Soledad comenzó a realizar programas en ***Radio Internacional*** con libreto propio. Allí se desempeñó hasta 1968 en que fue invitada a desempeñar tareas de locución en el Canal TV 10.

Durante nueve años fue funcionaria de Canal 10, luego viajó a Europa en 1977, reintegrándose a su trabajo al regresar.

En 1979 vuelve a partir hacia Bélgica donde reside su hijo Sirio, su nuera María Josefina y su nieta Carolina.

Cuando regresa, el Sr. D'Artagnan Pedezert la invita a integrarse a CX 144 Radio Rivera. Desde noviembre de ese año hasta ahora realiza su programa ***Aquí Nosotras***.

Si embargo no abandona el Canal de sus amores y alterna su vida con tareas domésticas.

Al comienzo de su carrera fue invitada a trabajar en Canal 13 de Buenos Aires y en la TV Imembuy de San Pablo.

En 1972 fue contratada para trabajar en Montecarlo TV Canal 4 de Montevideo.

En marzo de 1977 viaja a París, donde se encontraba su hijo. Luego de recorrer museos y lugares históricos de la *Ciudad Luz* durante dos meses, se traslada a Madrid donde residían dos de sus hermanas, las acompaña durante un mes y regresa a Rivera.

En 1979 viaja a Europa nuevamente, esta vez a Bruselas, a fin de conocer a su nietita Carolina, de tres meses.

Con su hijo Sirio y su nuera María Josefina, ambos usufructuando una beca universitaria, comparte la vida durante un largo y fascinante año, en el transcurso del cual visita Londres, Amsterdam, Colonia y Frankfort.

Viaja varias veces a París y finalmente con su familia se traslada a España recorriendo Madrid, Valencia y Andalucía.

En este interín conoce al editor José María Gutierrez de una firma de Madrid, quien se interesa por la novela de la escritora brasileña citada y contrata a Soledad López para la traducción de la obra al castellano.

En octubre de 1981 sale la edición española con el título ***El gorrión es un pájaro azul***, que se distribuyó en Colombia, Venezuela y México. Luego de su regreso Soledad sigue escribiendo y publicando sus trabajos, alternando con viajes a diferentes ciudades del sur del Brasil y Argentina y departamentos del Uruguay.

Por tercera vez viaja a Europa en 1989. Va directamente a Madrid donde reside su hermana Elsa, pero su viaje tiene como objetivo la presentación de su segundo libro publicado en España.

En 1973 contrae enlace su hija Anahí con José A. Duarte de cuya unión nace la nieta bautizada con el mismo nombre que la madre.

En julio de 1977 nace otra nieta: Solange Paloma.

Dos años mas tarde nace en Europa su nieta Carolina y luego, en 1983, su único nieto: Sirio Roberto.

La familia sigue creciendo con la llegada de Simeone, doce años después del nacimiento de Solange.

En 1991 contrae enlace su nieta mayor que pasa a residir en Montevideo y al año siguiente nace una niña que también lleva el nombre de Anahí.

A la edad de 58 años Soledad López se convierte en bisabuela, título que ostenta con evidente orgullo y honda ternura.

Actualmente su hijo Sirio se desempeña como Profesor de Filosofía en la Universidad de Río Grande (Brasil) y su nuera María Josefina como profesora de español en la misma Universidad.

Soledad asegura que su hijo es un escritor innato y de mucho prestigio, ha publicado dos libros de su especialidad (Filosofía de la Liberación) y tiene dos novelas a publicarse próximamente.

Se doctoró en Filosofía en la Universidad de Lovaina (Bélgica) y su nuera es licenciada en lingüística.

Sostiene que como *escritora riverense* (así se denomina por amor al terruño) *ha difundido en todos los países que ha visitado la excepcional peculiaridad de esta frontera que tanto ama.*

Tiene la convicción de que el misterio de la creación artística radica en que todos sus componentes deben transitar por el mismo sendero, razón por la cual ha de unir la plástica con la literatura.

Por eso uno de sus libros: ***Estupor de rosas desveladas*** está ilustrado por varios plásticos de gran prestigio dentro y fuera de fronteras, entre los destaca la personalidad de Osmar Santos.

En uno de sus libros para niños lo define como ***El Pintor de Rivera***, correspondiendo destacar que el citado artista plástico ha ilustrado a cinco de sus libros.

Soledad se siente privilegiada pues ha gozado siempre del cariño de su gente, a través de gestos imperecederos.

Ha trabajado incesantemente, sigue colaborando con el diario ***Jornada,*** integra el taller literario y afirma que más que nada despliega se ternura de mujer en la hermosa tarea de ser madre, abuela y, ahora, también bisabuela.

Finalizamos esta nota repitiendo sus emocionadas palabras: *cada vez que abro los ojos por la mañana, agradezco a la vida por haberme brindado esta cosecha de luz y rosas, que iluminarán en recodo que me llevará un día, al universo del misterio eterno.*

OBRAS PUBLICADAS

1960 **Tiernamente**. Poemas. Ed. del Norte.

1961 **El precio de la miseria**. Novela. Ed. Rolleri. Montevideo.

1968 **20 poemas de amor y un olvido**. Poemas. Prólogo de Juana de Ibarbourou.
Ed. A. Folha Popular. Sant'Ana do Livramento.

1983 **Ronda y Luna**. Páginas para niños. Ilustraciones de Osmar Santos. Ed. Copicenter. Sant'Ana do Livramento.

1984 **Bermeja y Orientala**. Canto a Rivera en el primer centenario de la creación del departamento 1884. Rivera 1984. Ilustraciones de Julio Sander. Talleres gráficos El Riverista.

1986 **El Cometa Halley**. Libro para niños. Serigrafía de Julio Sander. Impresora Atlántida. Rivera.

1986 **Estupor de rosas desveladas**. Poemas. Libro bilingüe, ilustrado por diez artistas plásticos. Edigraf. Sant'Ana do Livramento.

1990 **Vivir**. Cuentos. Portada de Víctor González. Impreso en Línea. Rivera.

1991 **Juana de Ibarbourou para niños.** Introducción y edición preparada por la autora. Ilustraciones de Víctor Pirrongelli. Ediciones de La Torre, Madrid, España.

1994 **Duendes**. Libro para niños. Ilustraciones de Osmar Ferreira. Ed. Impresora Atlántida, Rivera.

CON OTROS AUTORES

1991 **Taller: del sábado a las 14:30**. Ed. A.T.G. Rivera.
1994 **Nosotros**. Cuentos. Imp. Atlántida, Rivera.

TRADUCCIONES AL ESPAÑOL DE OBRAS EN PORTUGUES

1977 **Teorema.** Poemas de Telmo Padilha. Bahía. Ed. La Banda Oriental, Montevideo.
1981 **El gorrión es un pájaro azul**. Novela de Heloneida Studart. Ediciones de La Torre, Madrid, España.

DISTINCIONES

1985 Laureada con el Primer Premio de poesía en Río de Janeiro. Brasil. Shogun Arte.
1986 Obtuvo el 2º Premio del Concurso de Remuneraciones Literarias del Ministerio de Educación y Cultura con su libro para niños: **El cometa Halley**.
1993 **Marco de Oro**. Premio otorgado por la Intendencia Municipal y la Junta Departamental de Rivera, por su trayectora literaria.

Voy por tus calles del brazo de esa luna
que cuando chico me corría por la plaza
y en el verano, con sus lágrimas de espuma
iba filtrando por la parra su blancura
y había estrellas en el patio de mi casa...!

VICTORIO GUILLERMO CHAPARRO

Manicero, *canillita*, riverense orgulloso de su origen

Esta nota tiene un comienzo realmente "insólito". Suena el teléfono, atiendo y una voz inconfundible, expresa con un volumen de "hincha" festejando un gol:

-*¡Negrito!: estás hablando con Chaparro, tenía muchos deseos de saber algo de ti pues la última vez que nos vimos fue hace ya varios años en Parque del Plata.*

Confieso que me emocionó conectarme con alguien a quien conocí siendo él casi un niño, especialmente en aquella inolvidable época en que viví las alternativas de la fundación del Club ***Atlas*** y del enjambre de chiquilines que se acercaron a colaborar con su presencia, dinamismo, cariño y solidaridad, una obra que, como dice una canción popular, ... *se fue para no volver...*

¿Quien en Rivera, excepto los que se han integrado a nuestra ciudad en los últimos años, no saben quien es Chaparro?

Para los pocos que no lo conocen me apresuro a presentarlo con todo gusto: se trata de Victor Guillermo Chaparro, popular vendedor de diarios y revistas, integrante del ***equipo de Curi***, en aquellos años comprendidos en el entorno del Centenario. Unos años antes u otros después de aquel señalado año, no influyen mayormente en la narración.

Luego de hablar con él lo invité a concurrir a mi casa.

Entendí que este era un riverense que merecía se divulgaran sus andanzas por la vida ya que méritos sobrados ostentaba para que los lectores tuvieran noticias de tan singular personaje.

Aunque no es necesario que lo diga, Chaparro es un legítimo representante de una clase social que luchó incansablemente, con enorme sacrificio, superando como pudo las *horcas caudinas* de una época particularmente compleja de la vida riverense.

Y lo hizo con lealtad, con decencia, con una conducta que no va más allá de alguna travesura de niño similar a la que todos hemos cometido entonces: él, yo y usted, estimado lector.

En esta serie de libros donde se han destacado los aspectos biográficos de una serie de personajes importantes (poetas. escritores, pintores, educadores, deportistas, universitarios, religiosos, periodistas, comerciantes, etc.) siempre tiene cabida un comentario sobre la vida de un hombre de la mas humilde extracción social: *canillita* vendedor de diarios y revistas, amigo de todo el mundo, servidor espontáneo de todos los que de él necesitaron, sin preocuparse de la personalidad exuberante o modestísima de quien recurría a él en cualquier emergencia.

Fue un pobre que tuvo la feliz oportunidad de demostrar que el Destino también sabe reconocer las virtudes de quien ostenta la suprema riqueza de comprender que la verdadera misión del hombre no es solamente la de adornarse con los oropeles de un *modus vivendi* circunstancial, sino disfrutar del placer de constarle que nació para misiones más trascendentes.

En las varias ocasiones que conversé con Chaparro debo confesar que me asombró con las demostraciones de una memoria poco común.

En efecto, conoce a todos los riverenses de su época juvenil, característica a la cual sin duda lo ayudó mucho el trabajo que realizaba día a día en contacto permanente con gentes de ambas ciudades vecinas.

A mi me hablaba de una persona llamada Fulano, casado con Sutana, que fueron los padres de Menganito y de varios hijos mas, rigurosamente identificados, y yo liquidaba el diálogo afirmando que efectivamente conocía a Fulano, a Sutana y a todo el resto de la prole.

Lógicamente yo no recordaba a nadie de los nombrados, pero si a Chaparro se le hace este comentario él se encargará de

seguir agregando información para que usted afirme que efectivamente se acuerda de los involucrados en la charla.

Nosotros vamos a dejar que Chaparro diga lo suyo.

Advertimos que en la mención de los nombres no existe en algunos de ellos, una identificación precisa.

Algunos aparecen con nombres escritos (errores de origen) con evidentes fallas ortográficas, de otros se menciona solo el apellido y muchos figuran, apenas, con el apodo, detalle muy frecuente este último en la jerga fronteriza.

Pero, allá vamos, con Chaparro y su mundo.

Nació en la calle Carlos Reyles, Manzana catastral Nº 322 de Rivera, entre San Martín (ex Lambaré) y Dr. Ugón (ex Camacuá) el 5 de abril de 1924.

La citada Manzana se halla justamente en el límite que separa el *Barrio del Centro* del de *Rivera Chico*, según José Peraza Lavin, autor de una interesante publicación sobre *Nomenclatura* de Rivera.

La casa natal ya no existe. Formaba antiguamente parte del Barrio *La Humedad*, detrás de la Plaza de Deportes, a unas dos cuadras de la zona donde termina la vía del ferrocarril (¡ojalá vuelvan a sus rieles nuestros queridos trenes de antaño!).

Su padre, pintor de letras, nacido en Durazno, fue Nicanor Chaparro (apodado *el querido*), siendo su madre Doña Auta Braz, nacida en Livramento e integrante de una familia portuguesa.

En su casa natal (sobre la calle Reyles solo existían tres viviendas) vivió hasta 1931 y recuerda en sus alrededores a los vecinos siguientes:

Teodoro Brito (casado con Imbelina Santos), Eugenia Pereira de Lima, Don Regino Mendez casado con Doña Jacinta Manfredini (dice Chaparro que conoció a todos los hijos, excepto a Aparicio y a Américo); Jacinto González (guarda aduanero), Perico Mautone, Micol (hermano de Hermes Micol), Gallo (padre de varias maestras), Gonzalez (uno de sus hijos, Ataulfo fue Jefe de Correos), los Barbitta (una de sus hijas se casó con Parreño), los Cheloni, los Trentini, y el almacén de Fervenza al lado del cual (Diego Lamas y Nieto Clavera) se mudó Chaparro en 1932.

También recuerda de ese barrio a Dindo Azambuya (trabajaba en la Usina), Emilio Paribelli (sub-jefe de la Estación), al

guarda Gré y la familia Palomeque (23 hermanos a los cuales conoció).

Aunque en su andar diario recorría todos los rincones de ambas ciudades, la zona habitual de la actividad de Chaparro se desarrollaba en las adyacencias de su casa, pudiendo establecerse dentro de los siguientes límites: Avenida Brasil, Nieto Clavera, A. Ortega y Tangarupá.

En 1930 ingresó a la Escuela Nº 1, cuyo Director era Don Pablo Fons. Tiene un recuerdo muy grato de las dos maestras que conoció en su fugaz incursión por las aulas de Primaria: Leda Mulattieri y Elida Botella.

La necesidad tiene cara de hereje, dice un viejo refrán y fueron menesteres inaplazables los que obligaron a Chaparro a abandonar el banco escolar luego de 15 o 20 días de asistencia.

Tenía que comer afirma y la alternativa no admitía dudas. Dejó su lugar en el banco escolar que durante tan breve lapso compartió con Cicerón Benítez, Arístides Vega y Fabilla.

Al hablar de maestros cuenta que a través de su actividad como repartidor de diarios y revistas evoca con gran afecto a educadores como Juan Castillos, Italo Castillos, Gilberto da Costa Obrer, Diego Vega y a las hermanas María Luisa y Pochonga Gaye.

Es de señalar que algunos años después, ya en la época que había constituido su propio hogar, durante algunos meses trató, a través de clases particulares con Ema Julia Cazarré, mejorar algo una ortografía que luego le permitió, decorosamente, resolver sus problemas de futuro.

Su trabajo habitual, comenzado en 1936, cuando tenía 12 años, se extendió hasta comienzos de 1972, aunque corresponde señalar que su espíritu de iniciativa, su tesón por salir adelante, avalado por una conducta irreprochable en la esfera comercial, lo llevó en la década del 70 a dedicarse a la construcción.

Construyó (con el aporte efectivo de sus propias manos en tareas originadas en las mismas obras) siete casas en las adyacencias de la futura Avenida Presidente Viera, que posteriormente vendió a fin de adquirir una propiedad situada en la

calle Sarandí, frente a la casa que por aquellos años tenía un buen amigo desaparecido: Fernando de la Fuente.

En 1945 había contraído enlace con Amelia Vereciartú, unión de la cual nacieron Graciela y Guillermo.

Su hija Graciela, quien había culminado su carrera de abogada, falleció, siendo aún muy joven, ante la desolación de una familia que sigue aún sintiendo las consecuencias de una tragedia tan sentida como injusta.

En cuanto a Guillermo se desempeña en Buenos Aires como periodista, siendo también autor de varios libros.

Volviendo a su primera época, digamos que sus orígenes laborales comienzan con la venta de maní en las calles de ambas ciudades fronterizas.

Con una bolsa al hombro y cobrando un vintén por cada tarrito, vendía los maníes que él adquiría a Feliciano Duarte o en los boliches del barrio. Cuando los compraba crudos, se los tostaba Doña Rosa Vargas de Alonso.

Además de la venta de maní, fue vendedor callejero de fruta, empleado de César Rehermann, en Santana estuvo trabajando en el mercado de Maluf (Tamandaré y Silveira Martins) y recién después se dispuso a trabajar en el ramo de la construcción.

Un par de años anduvo cargando la bolsa de maní o dedicándose a las otras tareas mencionadas, pero antes de probar suerte en la construcción, volvió a su vieja labor: venta de diarios y revistas.

En su actividad callejera contó con la colaboración del Padre Domingo A. Lor (que fue quien lo casó) y de Don Umberto Curi, un hombre cuyo recuerdo despierta en Chaparro remembranzas muy afectuosas y sinceras, afirmando que con él se comportó como un verdadero padre.

A principios de 1943 se instaló en Sarandí 319, frente a la casa Siñeriz. Alquiló allí un salón a $ 8.00 por mes, con la garantía de Doña Celina Leal de Segarra, quien fue madrina de su casamiento.

Agregó a su negocio la venta de cigarrillos, lotería, libros; quiniela, chucherías y golosinas y que él compraba directamente en Buenos Aires, con el consiguiente ahorro.

En 1937 (volviendo un poco atrás en la narración) en uno de sus frecuentes viajes a Montevideo, fue repartidor de leche de los Hermanos Aguirrezabala, quienes le pagaban $ 3.00 por mes y le daban, además, un litro de leche.

Le aumentaron el sueldo a $ 10.00 pero él, con sus ahorros, dispuso de lo necesario para regresar a Rivera.

En el viaje en ferrocarril no tenía ni un centésimo para comer, pero allí encontró una salida a la situación: se juntó a otro viajero, tan *pato* como él, que tenía una guitarra; cantaron en dúo mientras recorrían los vagones y con lo recolectado pudieron comer.

Al regreso a su pueblo siguió vendiendo diarios.

Sin querer magnificar la situación, agrega Chaparro:

Pasé muy malos momentos. Con frecuencia no tenía que comer.

Reconozco que tampoco me preocupaba por ahorrar, pese a todo me considero un hombre de suerte, sin olvidar que en ciertas oportunidades debí dormir en la calle porque fui echado de la pensión.

Y en lo que se refiere a la parte ***anecdótica***, he aquí algunos episodios y comentarios que tuvieron a Chaparro como protagonista.

En 1943 se le ocurrió fundar un club de fútbol integrado totalmente por *canillitas*.

Disputaron el ascenso a Primera División enfrentando a los equipos de reserva de los clubes que ya integraban la Primera, o sea, Oriental, Lavalleja, Peñarol y Artigas.

Tenían buenas posibilidades, pero al perder el último de los partidos frente a Oriental, el cuadro se disolvió.

Como ya lo pondremos de manifiesto al final de la presente nota, Chaparro fue un hincha fervoroso del ***Club Deportivo Atlas***,

cuyos jugadores de básquetbol en su mayoría formaban parte del conjunto que bajo la orientación del Profesor de Educación Física y Director de la Plaza de Deportes, Sr. Vicente Villanustre, desarrollaba este deporte que en ese entonces ya comenzaba a atraer la atención de la juventud.

Cita Chaparro a los siguientes:

Juan Rebollo, Evaristo *Dico* Severo, Enrique Silva, Carmelo Bremerman, Pepito García, Nenito Montani, Raúl Alonso, Ramón Scaletti (hermano del *cohetero*), Beltrán Pedroso, Rolando Quevedo Brumn, Jacinto Sosa, José Posada (hijo del donante de la Manzana donde se construyó la Plaza de Deportes), Luis y Federico Díaz, hermanos Leivas, entre otros.

En el verano de 1940 se adhirió a una huelga contra Umberto Curi. El opina que fue un gesto disparatado ya que si había alguien que en todas las circunstancias apoyó al gremio de *canillitas* fue Curi.

El origen de la huelga radicaba simplemente en una acusación, contra un veterano, de haber cometido un pequeño delito.

Felizmente una gestión exitosa ante Don Ventura Pirez, Jefe de Policía en aquella época, arregló la situación y ¡todo el mundo a vender diarios!

Una vez se reunió en la ***Casa del Empleado*** con Lalo Mendoza, Carmelo Sosa, Otilio Bottino, Mario Alvez, Bernardino Rodríguez, *Yuyo* Mendoza, Ivo Perez y alguno más, con el propósito de fundar una sociedad nativista, pese a que ya existía ***La Criolla***.

Para ponerle nombre a la nueva Sociedad, Lalo y otros discutieron largamente. Lalo quería ponerle ***El horcón del medio*** y otros preferían ponerle ***Nativistas auténticos***.

Se conversó mucho pero nunca más volvieron a reunirse.

Chaparro era *hincha* de Lavalleja, equipo en el cual su padre había jugado en el puesto de *half* (marcador de punta, que le dicen ahora).

El amigo Chaparro jugaba de *entreala* (en el puesto de Héctor Scarone, nada menos), habiendo jugado sólo un partido en Primera (año 1938) pero abandonó ya que el fútbol no le podía proporcionar lo que él necesitaba en momentos difíciles.

Comenta que el primer gran cuadro que vio jugar fue Oriental en 1931, con: Laxalde, Pedro Mendez y *Banana,* D'Alesandro, Juan Cor y Pablito Labarthe, Romeo Silveira, Moreira (*Mingote*), Bortagaray, Mauricio de los Santos y Justo Tamborindegui.

Otro gran cuadro fue para él el Lavalleja en 1932: Tito Camps, Carballo y Lino Alves, Noribaldo Lara, Graciano Acosta y Mauro *Toca* de los Santos, Nenito Paz, Viola, Artur Neoquesau, Mingote Moreira y Justo Tamborindegui.

En un comentario al margen dijo que a Pascualito Rodrigo tuvo oportunidad de verlo jugar cuando el gran *centre forward* de las selecciones de Rivera estaba en el ocaso de su carrera.

En cierta ocasión (década del 60) apareció por Rivera un italiano, que frecuentaba el café ***El Tronío*** frente a la tienda Siñeriz. Hábilmente consiguió darle forma a una *calesita* que por lo menos a él le dio buenos resultados: compraba autos usados y los vendía a precios relativamente módicos.

Los compraba *a crédito*, pero los vendía pagaderos al contado.

Cuando los resultados recogidos fueron adecuados, el italiano se evaporó. En la ***Casa del Empleado*** los damnificados por la maniobra se reunieron en asamblea y uno de ellos hizo moción a fin de que se le autorizara viajar a Milán y tratar de encontrar a Busconi.

La idea no tuvo ambiente ya que otro dijo: *después tenemos que volver a Italia para traerlos a los dos.*

Como ya lo expresáramos, Chaparro fue en sus años mozos un incondicional partidario de ***Atlas***.

Desde que el nuevo club apareció en el ambiente fronterizo pretendiendo darle una nueva imagen al desarrollo de los llamados *deportes menores* (el 19 de agosto de 1940 señala la fecha de su fundación) allí estaba él alentando con sus gritos y optimis-

mo contagioso a aquel grupo de amigos con los cuales había alternado en partidos que improvisaban en la rústica cancha de piso de tosca que tenía la Plaza de Deportes.

La estrella que acompañó al nuevo Club en sus nuevos pasos pronto se apagó.

¿Alguien tuvo la culpa? Las circunstancias (deportivas, económicas, etc.) que definían a Rivera en aquella época no pudieron superar la indiferencia que ostentan inexplicablemente los pueblos hacia cierto tipo de actividades .

No hay que buscar ningún pretexto o explicación. La realización es esa y punto.

Volvamos a Chaparro. Cuando el ***Día de la Educación Física*** (22 de octubre de 1940) debutó ***Atlas*** venciendo al equipo santanense de ***Irajá***, allí estaba nuestro personaje. La base del equipo estaba constituido ese día por García, Juan José Noli, Enrique Silva, Juan Rebollo y Dico.

Pero su alegría máxima la vivió el 1º de diciembre de ese año, cuando se inauguró el ***Atlas Stadium***, denominación excesivamente desmesurada y vanidosa para las modestas instalaciones de la calle Ituzaingó.

No hubo ceremonial (salvo algunas palabras a cargo del amigo Dr. Faustino Pereda); no se sintieron los acordes de ninguna banda de música; ni la cohetería de Scaletti, ni la presencia de autoridades...

Atlas nació desvalido, pero no por eso dejó de contar con la adhesión bulliciosa de una legión de chiquilines que con su griterío le dieron una calurosa bienvenida.

Entre ellos estaba Chaparro: gritón y nervioso como nunca, corriendo por todos lados, ayudando en lo que estaba a su alcance, trepando incansable los tablones de algo parecido a una *tribuna* que con criolla audacia se había construido con madera procedente de lo que quedó del incendio del ***Cine Internacional***.

Contagiaba a muchos una euforia que le salía del alma.

Para él y para muchos fue sin duda una noche inolvidable.

Y cerramos esta nota que con mucho afecto hemos dedicado a narrar algunos de los principales aspectos de la vida de un

coterráneo cuyos méritos quizá no hayan sabido aquilatar en su real dimensión algunos riverenses que siguen creyendo que el aporte de los que han brindado lo mejor de su inteligencia y dinamismo para jerarquizar el desarrollo de nuestro Departamento, sigue centrándose exclusivamente en determinadas clases sociales, olvidando injustamente el aporte decisivo, con aristas de heroicidad, que al servicio de la misma causa han puesto ciudadanos de humilde origen cuya personalidad nos honramos en destacar.

"Murió tu padre, es verdad
lo lloras, tienes razón,
pero tu resignación
que existe una eternidad
do no hay penas...
Y en un trozo de azucena
moran los justos cantando..."
(R. Darío)

Ninguna zanja del destino detuvo su vocación
MARIA DILMA OLIVERA PINTOS
Un toque de color sobre el gris de Rivera

Experimento una satisfacción muy especial en destacar la carrera que en el desenvolvimiento de las artes plásticas riverenses está alcanzando una figura cuyo impulso de su energía creadora puede fijarse en el tiempo en el correr del año 1982, cuando guiada por la mano de la providencia inició sus estudios en la ***Escuela de Artes Apeles*** de Livramento, bajo la orientación de un verdadero maestro en el arte de descubrir alumnos de venturoso porvenir: el Profesor Osmar Santos.

Esa artista que hoy ya es una realidad indiscutible se llama ***María Dilma Olivera Pintos*** y destaco el mérito especial de su obra si tenemos en cuenta todos los altibajos de una vida que no se caracterizó por la paz espiritual que siempre es una aliada invalorable cuando se trata de alguien que además de proceder de una zona rural alejada de la capital departamental, ha tenido que vencer enormes dificultades derivadas de circunstancias de contenido afectivo cuya valoración merece tenerse en cuenta.

Lo que acabamos de decir representa para nosotros una especie de *revancha*, muy amistosa en líneas generales, si tenemos en cuenta la forma como algunos sectores de la sociedad uruguaya, disfrutando de todos los privilegios que les brinda una positiva realidad económica y familiar, a fin de alcanzar fácilmente las metas que otros anhelan sin esperanzas, desperdician, en

actitudes que muchas veces no admiten *retorno*, las oportunidades que se le ofrecen a quienes desean cultivar sus inquietudes artísticas dentro del mundo maravilloso de las artes y las letras.

Escribimos estas líneas (24 de agosto) cuando llegan a nosotros, con significativa intensidad, los impactos de una situación que ha provocado grandes reacciones en la masa estudiantil.

Ignoramos como y cuándo se llegará a la instancia del *punto final*.

La pasión, especialmente cuando se refugia en las mentes de los jóvenes y niños es siempre una mala consejera.

Quienes hemos visto transcurrir muchos años ocupando los bancos del estudiante o el pupitre del docente, sabemos bien que ese tesoro de experiencia que hemos ido recogiendo paso a paso entre el bullicio de los patios estudiantiles o las discusiones (exaltadas muchas veces) en los salones de profesores, constituyen la esencia de algo que no nos resignamos a perder.

Borraríamos la historia de un siglo alimentado por la capacidad creadora de tantos educadores cuyo recuerdo y sentimiento de gratitud debemos mantener incólumes, una obra que no corresponde ser analizada y revisada por núcleos que recién comienzan su tránsito por la vida, o por otros que la han transitado más de lo debido...

Evidentemente estamos ante un gesto de vanidad que se exalta hasta llegar a la soberbia.

Pero, no es nuestro ánimo agregar más leña a la hoguera.

Los medios de comunicación se encargarán de definir las posiciones de cada uno, con la esperanza que la lamparita del gesto comprensivo de estudiantes, profesores, autoridades universitarias y familiares de estudiantes, permanezca encendida en el alma de quienes desean lo mejor para los que estarán destinados a orientar al mundo del mañana.

Tendríamos muchos argumentos más en esta encendida polémica, pero preferimos entrar de lleno en el comentario cuya finalidad es destacar hasta donde se puede llegar, en el caso de la educación, cuando el que desea salir adelante tiene la presen-

cia de ánimo, el fervor, el espíritu de lucha para vencer los escollos que la vida le ha ido presentando, que han ido jalonando la actuación de esta mujer riverense que se va acercando, firmemente, a colocar su nombre en la lista de los artistas riverenses que hoy son triunfadores, pese a quien pese.

De las menciones biográficas de la pintora surgen nítidamente como enfrentó una serie de circunstancias negativas y logró finalmente alcanzar la meta anhelada.

Nació el 12 de febrero de 1947, en la Sexta Sección del Departamento de Rivera, en la zona rural de *Amarillo.*

Sus padres: Enerino Olivera y Emelina Pintos.

No conoció a su padre, pues este murió 5 meses antes del nacimiento de María Dilma, a la edad de 20 años.

Vivió durante dos años con su madre, abuelos y un hermano mayor.

Su madre, que vive actualmente en Joaquín Suárez Nº 333, contrajo enlace nuevamente con un señor viudo que tenía seis hijos, con los cuales pasó a convivir como si integraran una sola familia.

Su madre, después de su segundo casamiento, tuvo otros dos hijos.

A los 7 años, cuenta María Dilma, *me internaron en un colegio católico (Teresiano) como pupila y es ahí donde paso a vivir una existencia muy solitaria, lejos de mi familia.*

En el colegio estudié música y cuando mi familia decide pasar a residir en la Ciudad, yo ingreso a la Escuela Pública ***José Pedro Varela****, continuando el Ciclo Básico en el Liceo* ***Dra. Celia Pomoli****.*

En 1964 me caso y tengo dos hijos. Me divorcio después de ocho años de matrimonio y comienzo a trabajar como vendedora de libros de una Editorial durante diez años.

En el año 1976 vuelvo a contraer matrimonio y nace mi tercer hijo.

Quiero destacar que estoy espiritualmente identificada con mi padre, quien falleció fulminado por un rayo; su presencia metafísica me acompañó siempre.

Una mañana de verano llevé pinceles y pintura y pinté ovejitas y cosas en la urna que guarda sus restos.

Cuando vendía libros siempre me encantaba la vida y obra de los pintores y me fue gustando de tal manera que en 1981 ingresé en la Escuela de Arte en Livramento, aprendiendo diferentes técnicas con el Profesor Osmar Santos.

En el año 1986 ingreso al taller del pintor Nelson Ramos en Montevideo, viajando los fines de semana, trabajando 8 horas al día.

Hemos efectuado una transcripción parcial de la narración de la pintora entendiendo que la elocuencia de sus palabras son de tal significación que confirman lo expresado al comienzo de la presente nota.

Los ***encontronazos*** con la realidad de una vida que le enseñó a seguir un camino iluminado desde el cielo por las mismas ondas que fulminaron a su padre cuando ella era muy niña, le dieron la fortaleza necesaria para enfrentar situaciones que solamente a espíritus superiores se les permite transitar por ser la ruta de los triunfadores.

Le hizo frente a la fatalidad con serena esperanza en sus fuerzas, amparándose de paso en una vocación que la impulsó al triunfo.

Y lo logró.

Como comentario final, muy expresivo por cierto, sintetizamos la obra llevada a cabo por Maria Dilma desde sus comienzos en 1982, hasta su Exposición Individual SESC Livramento.

ESTUDIOS REALIZADOS

Escuela de Arte Aspes Livramento 1982 con Profesor Osmar Santos.

Taller de Nelson Ramos. C.E.A. 1985. Montevideo.

Dibujo: Adriana Gutiérrez. Rivera.

Cerámica: Profesor Luis Ospitaleche.

Historia del Arte con Carlos Scarinei, Arlindo Trevisan.

EXPOSICIONES COLECTIVAS

1984	VI Salón de Artes de Rivera.
1986	VII Salón de Artes de Rivera.
1986	Exposición Internacional de Arte Correo ***Por la libertad de Mandela***.
1988	Nuestro Arte. Teatro Municipal de Rivera.
1988	II Salón Nacional de Artes. Rivera.
1988	Asociación de Alberguistas del Uruguay. Montevideo.
1989	VI Salón Nacional de Paysandú.
1989	Integra Museo Municipal de Artes. Livramento.
1989	Mujeres. Galería Partenon. Rivera.
1990	Muestra de Arte de la Mujer. Alegrete. Rio Grande do Sul. Brasil.
1990	Arte de la Frontera. Atelier Livre da Prefeitura. Porto Alegre.
1991	20 años Taller C.E.A. Biblioteca Nacional. Montevideo.
1991	Exposición Bi-Nacional de Artes Plásticas. Rivera-Livramento.
1991	VI Concurso de Pintura. Embajada de Chile. Montevideo.
1991	Integra Pinacoteca del Instituto ***Dra. Celia Pomoli***. Rivera.
1992	Intercambio Cultural Bagé. Livramento.

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

1992	Exposición Individual. Prefeitura de Livramento. Salao Nobre.
1994	Teatro Municipal de Rivera.
1995	Integra Museo de Artes Plásticas de Rivera.
1996	Exposición Individual SESC. Livramento.

PREMIOS OTORGADOS

1989 I Salón de Artes Livramento. Mención de honor.

1990 II Salón de Artes Livramento. 2º lugar Categoría Propuesta.

1991 III Salón de Artes Livramento. 1er lugar. Categoría Propuesta.

1993 I Salón de Artes Plásticas del Norte. Rivera. Mención de Honor.

WILMAR PEREIRA ARANGUIZ

Publicista, dibujante, decorador, pintor, etc.

En plena zona rural (6ª Sección del Departamento de Salto), nació el 1º de abril de 1938, ***Wilmar Pereira Aranguiz***. Cuando solamente tenía cinco años de edad se incorporó con el resto de la familia (su padre era hacendado) a nuestra ciudad de Rivera, donde logró una muy merecida nombradía por su labor como publicista gráfico, dibujante, caricaturista, serigrafista y decorador comercial, sin olvidar su actuación como Profesor de Publicidad Gráfica en la Escuela Técnica de Rivera (dependencia de la Universidad del Trabajo del Uruguay) y Profesor de Dibujo y Pintura en su propio taller.

Sobre sus comienzos en la actividad artística, él se expresa así:

Eramos una familia compuesta por nuestros padres y cinco hermanos, tres de ellos varones.

En ese entonces vivíamos en una casa de la calle Artigas, casi José Pedro Varela.

Corría el año 1942 y el mundo vivía aun los últimos años de la 2ª Guerra Mundial, situación que se reflejaba en la depresión económica y anímica que envolvía a todos los países y por tanto Rivera no era ajena a ella.

A pesar de mi corta edad, recuerdo hechos que me conmovieron, tales como el de aquel día que, en pleno mediodía, el cielo se oscureció y luego cayó agua turbia, casi negra.

Mis padres y los vecinos decían que se debía a un volcán de Chile, otros a la bomba atómica, y otros al fin del mundo...

Después mi padre, que era funcionario de O.S.E., pasó a desempeñarse en la Represa del Cuñapirú y allá fuimos nosotros.

No hemos tenido la oportunidad de conversar con Pereira Aranguiz respecto a una serie de aspectos relacionados con esta nota, que al igual que todas las que figuran en nuestros libros, tienen fundamentalmente un contenido *biográfico*, pero entendemos del caso dar nuestra opinión sobre una circunstancia que juzgamos interesante.

En efecto, cuando un artista, dentro de las distintas escuelas y modalidades personales, comienza a darle alas a su inspiración creadora, parece lógico suponer que el trabajo que realiza tiene su origen en la propia sensibilidad del que penetra en la esencia de una labor que no es patrimonio de cualquiera que se decida a cumplirla, sino solamente de aquellos que tienen el don, la inspiración, la virtud, para lograr tales propósitos.

Pero, si bien creemos que así tiene que ser, tenemos igualmente la certidumbre de que es muy importante, decisivo sin duda, que el artista en ciernes vea facilitadas sus inquietudes moviéndose en un medio físico y espiritual adecuado.

No solamente nos referimos a un clima de paz espiritual, por ejemplo, sino también a las características del entorno geográfico que define el paisaje, el panorama, que la Naturaleza le ofrece como marco.

Cuando Pereira Aranguiz fue a vivir a la zona de la Represa tuvo ante si uno de los espectáculos más hermosos de la serranía riverense.

Y así lo expresa él con estas palabras: *De allí guardo recuerdos gratos, como el de pasar días dibujando, tanto los paisajes como animales o personajes del lugar.*

Entendemos perfectamente sus reacciones. El futuro dibujante entretenía sus ocios y afirmaba la base de su técnica de diseño, teniendo como modelo a una naturaleza de delirio, excepcional, integrada por corrientes de agua que serpenteaban entre los cerros y cuchillas vecinas, árboles criollos que ofrecían a la fantasía del diseñador la atracción de sus ramazones retorcidas, el culebreo de los montes que cortaban zigzagueantes la línea del horizonte, la belleza salvaje de flores que iban desde ya arrimándole colores a su futura paleta de pintor.

Y continúa nuestro artista: *Todo eso derivó mi ingreso tardío a la escuela, pues ya tenía siete años, por lo cual cuando me inscribieron lo hicieron en el* ***Colegio Teresiano****.*

Recuerdo allí a la Madre Teresa, así como cuando íbamos a la Iglesia Matriz, a los padres Domingo A. Lor y Carlos Parteli.

Posteriormente pasé a la ***Escuela Artigas Nº 1****, recordando a los maestros Diego Vega (Director), Castro, Justo de los Santos, Luisa Aguinsky y Lita Cazarré.*

A propósito de Lita, surge una anécdota el día que un inspector de Primaria visita nuestra clase de 5º año.

La maestra (Lita) nos había dejado solos un instante para acompañar al inspector desde el despacho de la Dirección.

Cuando llegaron habíamos armado una batahola infernal. La clase era un caos, con silbidos, gritos, riñas, etc.

El inspector enmudeció. Cuando se retiró, Lita nos pasó un sermón fenomenal, pero mientras hablaba le corrían las lágrimas...

De un recuerdo negativo surge la figura humana de Lita, demostrando que su apostolado de la enseñanza no era superficial.

Después vinieron los años del ***Liceo Nº 1****. El año que se inauguró ingresé a él.*

Recuerdo a Rosa Maciel en Francés; Bolívar Correa en Matemática; Washington Rodríguez en Historia Universal; Nedi Normey en Música y al Profesor Gamboa en Dibujo.

Insólitamente, no tenía buena nota en dibujo con Gamboa a raíz de un hecho que lo ofuscó. Cierto día hice su caricatura en el pizarrón, antes que llegara al salón. Como le puse algunos elementos negativos que lo caracterizaban, al verse reflejado en ellos, se enojó mucho.

Me envió a la Dirección, donde la Directora, Dra. Celia Pomoli, ***completó*** *la sanción.*

También fui dibujante de planos de arquitectura después de estudiar esa disciplina en el viejo ***Liceo Ariel*** *de Montevideo, además de Publicidad Gráfica, mi actividad actual.*

Ya con la opción de trabajar en publicidad, ingresé al taller de Sica en Montevideo, agencia de publicidad y cartelería.

*Posteriormente en Paysandú, en el taller de Correa y Cattáneo, que trabajaban en exclusividad para **Funsa** y **Coca Cola**, volviendo a Rivera con un contrato con **Funsa** para hacer cartelería en Tacuarembó y Rivera.*

Todo ello me reportó gran experiencia, de lo que resultó un buen manejo de pincel y materiales.

*Pero estuvo siempre latente una incursión formal por las artes plásticas. Esto se dio tardíamente y aunque seguí de cerca la actividad del grupo de la **Escuela Taller de Artes Plásticas**, recién entre las décadas del 70/80, me relacioné con Osmar Santos, partiendo de allí una actividad plástica sin pausas.*

*En 1989 ingresé como Profesor de Publicidad Gráfica en la **Escuela Técnica de Rivera (UTU)**, cargo que desempeño actualmente.*

Con anterioridad, había trabajado en la Intendencia Municipal en el Taller de Publicidad Gráfica.

*Como plástico, solidario con la vieja lucha de mis colegas en cuanto a la creación de una verdadera Dirección Cultural Municipal que tenga una real política cultural, hostigué desde 1984 a la fecha a las autoridades, en columnas periodísticas, primero en el periódico **Jornada** y luego en **Diario Norte**.*

Esto causó diversas reacciones, convirtiéndose en polémica, consecuencia natural de una región que no ha despertado aun a una realidad cultural contemporánea.

Pese a ello continuaré en esa lucha mientras viva y mientras por supuesto, ocurra dicha inercia.

De mi familia, diré que tengo dos hijas mayores, Andrea y Adriana y mi señora Ivone.

La obra de Pereira Aranguiz puede decirse que se inicia en la época en que siendo aun un niño se radica con su familia en la zona de la Represa y enfrenta con sus lápices, sus colores y con su naciente vocación, el desafío de que su mano pueda trasmitir al papel aquella maravilla del paisaje criollo a que hemos hecho referencia con anterioridad.

Examinando sus datos curriculares encontramos que el año 1975 registra en el tiempo su obra de mayor antigüedad ya que

ese año logra el primer premio en el concurso realizado a fin de crear un logotipo para el Club Sarandí.

Vamos a completar esta nota mencionando la participación del artista riverense en importantes eventos artísticos y publicitarios, entre los cuales se destacan:

1981 - Salón Municipal de Artes de Rivera.

1982 - IV Salón Municipal de Arte de Rivera.
- I Salón de Artes Plásticas y Visuales de Paysandú.

1983 - II Salón de Paysandú.
- V Salón del Interior en Rocha.
- V Salón Municipal de Artes de Rivera.
- II Salón Nacional de Artes Plásticas de Maldonado.
- II Bienal de Primavera de Salto.
- IV Salón de Artes Plásticas y Visuales de San José.

1984 - Gran Concurso de Arte Nacional, de Punta del Este.
- 1er Salón Nacional de Artes Plásticas de Durazno.
- VI Salón de Artes de Rivera.
- V Salón Nacional de Artes Plásticas de San José.
- VI Salón del Interior en Rocha.
- Salón con selección de obras premiadas en Rocha, realizado en el Mirador Municipal de Montevideo.

1985 - Salón *Premio Nacional de Pintura Inca* destinado a muestra itinerante en todo el país.
- Salón de Artes en Semana de San José.

1986 - Salón Municipal de Artes en Rivera.
- Premio Nacional de Pintura *Inca*.

1987 - III Salón de Artes Plásticas de Paysandú.
- VIII Salón Municipal de Rivera.

1988 - IV Salón Nacional de Maldonado.
- VII Salón de Pintura del Automóvil Club del Uruguay.
- II Salón de Artes Plásticas de Soriano.
- Premio Nacional de Expresión Plástica organizado por *Inca*.
- Certamen de Arte *Post-Guernika*, Gal. Bruzzone, Montevideo.

1989 - Salón de Artes Plásticas de Paysandú.

1991 - XXII Salón de Artes Plásticas de San José.

1992 - Muestra Colectiva Artistas de la Frontera, en Bagé.

1993 - Salón de Pintura Marítima en el Club Naval, Montevideo.
- Salón de Artistas del Interior en San José.
- Participación en Premio Internacional de Pintura Ibarra en Sevilla, España.
- Seleccionado en Concurso de Mini Escultura de Galería *Les Marchands D'arts*, Montevideo.

PREMIOS OBTENIDOS

1975 - 1er Premio Logotipo *Club Sarandí* de Rivera.

1977 - 1er Premio Logotipo Industrias *Lular* Rivera.

1983 - Premio Adquisición Salón Nacional Rocha.
- Premio Especial Salón Municipal de Artes, Rivera.
- Premio Adquisición Salón Nacional Paysandú.

1984 - Premio Banco República, Rivera.

1986 - Premio Creación *30 Años de Turismo en Rivera*, Logotipo.

1987 - Premio Especial Salón Internacional de Rivera.
- Gran Premio Ministerio de Educación y Cultura en el Salón Internacional de Rivera.

1988 - 1er Premio Creación Logotipo Adeome, Rivera.
- Premio en el Concurso *Post Guernika* organizado por la Embajada de España en Uruguay.

1990 - 1er Premio afiche y logotipo *Semana de Rivera*.

LIVIA MARIA ROSA DUCOS SENESE

Aspectos sintéticos de su biografía

El autor debe tratar en lo posible de salvar una *gaffe*.

En efecto, merced a una atención de ***Diccionario Riverense*** que mucho estimamos, llegó a nuestro poder una biografía de ***Beba*** **Ducos**, máximo exponente de las manifestaciones del *ballet* en nuestro medio.

Por razones de espacio y en momentos de proceder al cierre del presente libro, transcribimos la nota aparecida en el Nº 5 del citado ***Diccionario***.

---

*Nació el 18.9.1920 en la casa sita en la calle Paysandú, entre Joaquín Suárez e Ituzaingó, donde moró hasta los 7 meses de edad en que su familia se trasladó a Santa Ana do Livramento. Recién retornarán cuando **Beba** cuenta 15 años de edad pasando a residir en casa de propiedad del Dr. Pedro Quartara sita en calle Ceballos, casi Sarandí. Al lado (en una esquina) se instaló el comercio de Perlas y Ferreira (¿antes **Joyería Quartara**?). Actualmente hay una casa comercial y un edificio de apartamentos.*

*Su hermana Ernestina, con la cual hoy vive **Beba**, había nacido en Montevideo el 1º.2.1919. Sus otros dos hermanos son fallecidos; José Antonio (en Livramento) y Teresita.*

*Al vender la propiedad el mencionado Dr. Pedro Quartara la familia Ducos pasó a vivir en la casa gemela, propiedad de un español, donde hoy se encuentra la zapatería **Stilus** sobre calle Sarandí. En ella su madre, Filomena Senese Guariglia (Bs. As., 28.10.1895; Rivera, 24.4.1995). Modista de Alta Costura y Prof. de Corte y Confección, con estudios en Buenos Aires con una profesora francesa y otra italiana, estableció la casa **Modas Ducos**. En ella no solo atendía una selecta clientela particular sino y también producía confecciones para grandes casas de la*

capital de la República. Sus anuales desfiles de moda, siempre en calidad de beneficios para diversas y diferentes obras sociales, marcaron época.

Tiempo después Perlas y Ferreira disuelven la sociedad y se jubilan por razones de enfermedad y le alquilan a Doña Filomena la casa donde hoy se halla el comercio ***Casa de los Importados****.*

Posteriormente la familia Ducos residió en la casa propiedad del Dr. Miguel Aguerre Aristegui, calle Sarandí, que después le adquiere ***Club Casa del Empleado*** *para su actual sede.*

Beba*, que cursó sus estudios primarios hasta 4º año en la escuela* ***Peleteiro*** *(Agraciada entre Ceballos y 33 Orientales), después Nº 8, de los cuales recuerda muy especialmente a sus maestras de 2º año (Srta. Miranda) y de 4º (Sra. Cheroni), no dejará de seguir vinculada a ella y años después integró su Comisión Fomento y participó en varios beneficios del* ***Conjunto Hispanoamericano*** *(teatral) que integraba como co-fundadora y actriz. Vinculación con Primaria también como profesional pues fue nombrada para actuar como Profesora de Baile para las escuelas Nº 2 y Nº 7 de Rivera conferido por el Consejo de Enseñanza Primaria y Normal en 1950.*

ACTUACIONES

- Porto Alegre y diversas localidades de Río Grande del Sur, desde Santa Ana de Livramento y San Gabriel hasta Dom Pedrito, Bagé, Alegrete y Uruguayana.

- ***Club Social, Cultural y Deportivo Rivera*** *(p. ej.* ***Noche de Danza y Poesía*** *del 27.1.1956 y la multiexposición* ***Rivera expone*** *efectuada entre el 23 de enero y el 3 de febrero del mismo año; en la primera actuando y en la 2ª exponiendo en su calidad de artista de la Escuela de Arte Pictórico de Rivera su obra* ***Bailarina****).*

- ***Teatro Conservatorio Nacional de Música*** *(Tacuarembó) y en* ***Club 25 de Agosto*** *de Paso de los Toros.*

- Con auspicio de ***Amigos del Sodre*** *(grupo del cual es co-fundadora).*

- ***La Comedia de Rivera*** *que dirigida por Graziano Erramún primero y por De Bellis y Alvear Méndez después le tuvo como co-fundadora e integrante de su elenco teatral estable.*

COLABORACIONES

Con todo tipo de instituciones sociales, caso, por ejemplo de:

- ***Rotary Internacional*** *(desde el amenizar con sus danzas la* ***4ª Conferencia del Distrito 124*** *efectuada en Livramento los días 24 a 27.4.1952, organizando y dirigiendo el día 24 el* ***Programa da Hora de Arte****, hasta numerosos beneficios organizados por este club de servicio).*
- ***1ª Semana de Rivera.***
- ***Semana del Niño.***
- ***Club Uruguay.***
- ***Club Social y Cultural Casa del Empleado.***
- ***Club Social y Deportivo Sarandí Universitario.***
- ***Club Nacional.***

Esc. Nº 102 de Recuperación Psíquica y otras muchas escuelas públicas de todo el departamento.

- ***Hogar de Ancianos.***
- ***Hogar Estudiantil.***
- *Club Social, Cultural y Deportivo* ***Rivera.***
- *Centro* ***José Enrique Rodó.***
- *Escuela* ***Earl Carlson*** *para niños lisiados.*
- ***Centro Materno Infantil*** *del Consejo del Niño.*
- ***M.A.D.E.R.*** *(Tranqueras).*
- *Comunidad de Hermanas Franciscanas de Rivera. (Colegio* ***Juana de Ibarbourou****).*
- *Capilla Mormona.*
- *Colegio y Liceo* ***Teresiano****.*
- *Liceo Departamental Nº 1.*
- *Asociación de Estudiantes Magisteriales de Rivera.*
- *Asociación de Estudiantes Liceales de Rivera.*
- *Comisiones de Fomento escolar.*
- *Biblioteca Municipal* ***Artigas*** *de Rivera.*

VICTORIANO CABRERA VIVIANI

La obra de sus paladines

El presente capítulo tiene dos propósitos fundamentales: en primer término ofrecer a los lectores una sintética imagen del nacimiento y posterior evolución de la radiotelefonía en nuestra ciudad de Rivera y en una segunda finalidad destacar la personalidad de un querido amigo, ***Victoriano Cabrera***, el pivot alrededor del cual giraron las más señaladas iniciativas de este popular medio de comunicación.

En su casi totalidad la reseña que ofrecemos ha llegado a nuestras manos merced a los buenos oficios de Cabrerita, quien nos hizo sufrir a través de varios meses anunciando el envío del material informativo el cual llegó cuando ya nos habíamos resignado a prescindir de tan atractiva narración.

De modo que el tema se dividirá en dos aspectos: primeramente hablaremos de la historia de nuestra radiotelefonía local y luego referiremos detalles biográficos y *curriculum* de Cabrerita, aunque en determinado momento es posible que haya cierta interconexión entre los respectivos comentarios.

Y comenzamos:

HISTORIA DE LA RADIO RIVERENSE

Se dice que la primera estación de radio de la frontera se instaló en Livramento en el año 1936. La iniciativa fue de dos personas que estuvieron en nuestra frontera no con el ánimo de radicarse en ella, sino que llegaron hasta estos pagos en una etapa que tenía como punto final del viaje la ciudad de Sao Paulo, pero les encantó el clima de paz y de buena amistad internacional que acá reinaba y resolvieron dejar para otra ocasión la idea de llegar a tierras paulistas.

¿Quienes eran esos dos pioneros?

Se trataba de dos personas que lograron en nuestra ciudad un bien ganado prestigio de personas de bien, honorables, por su seriedad en la actuación comercial y cultural que poseían y por los conocimientos técnicos en materia radial.

Tuvimos la fortuna de conocerlos personalmente, disfrutando de sus amables charlas sobre los más variados tópicos.

Uno era Don Jorge Downton García, nacido en Chile y el otro era Don Francisco Albasio, hombre de radio de la vecina República Argentina.

Aproximadamente unos tres años estuvieron trabajando en Livramento, pero luego tuvieron problemas con la renovación del permiso para seguir funcionando y se trasladaron a Rivera.

No nos guía el más mínimo propósito de polemizar con el amigo Cabrerita respecto a la fecha del comienzo de la actividad radial en Rivera, pero nos inclinamos a recordar una circunstancia que quizás muchos riverenses hayan olvidado o ignorado, pero nosotros la tenemos muy presente.

En efecto, siendo muy jovencitos aún, antes de ingresar al Liceo (año 1928 más o menos) tuvimos oportunidad de conocer una emisora que estaba instalada en la calle José Enrique Rodó, casi Agraciada, en al vereda de enfrente de la calle donde estaba el almacén de Zagía y donde también terminaba el edificio de la Jefatura de Policía.

Un dato más: en esa vereda vivía la familia de Zenón García en aquel entonces.

No estamos en condiciones de citar el nombre del propietario, ni la característica de la estación, ni hasta que año funcionó, pero seguramente algún riverense *memorioso*, de los pocos que vamos quedando, puede aportar más información.

Nos fascinaba ver como funcionaba el aparato (un vulgar tocadiscos) desde el cual se trasmitía música merced a los discos de 78 revoluciones de la época.

Cabrerita, con toda razón fija el comienzo de la actividad radial en 1936, pero queremos destacar un hecho sintomático: en los años que funcionaba la citada estación (últimos años de la

década del 20) recién nacía Cabrerita. Deseamos que lo antedicho tenga para el lector un simple contenido anecdótico, de modo que seguimos con el comentario de la radio de Downton García y Albasio.

Hay un detalle (se trata solamente de una posibilidad y no de una certeza) que puede aclarar el porqué los citados hombres de radio tuvieron que dejar Livramento.

En el año 1939 nosotros vivíamos en Livramento y recordamos que por ese entonces (año del comienzo de la II Segunda Guerra Mundial) en Brasil se puso en vigencia la llamada ***Ley da faixa da fronteira*** que fijaba determinadas exigencias a quienes no siendo de nacionalidad brasileña desplegaban en su territorio actividades comerciales y de otra índole.

Se trata de una mención que quizás entre en colisión con la verdad, pero como una simple teoría, aunque con algo de fundamento, la divulgamos.

Sigamos adelante con nuestra crónico.

En Rivera, Dowton García y Albasio instalaron su estación en la calle Ituzaingó Nº 574, al lado de la casa de la familia Parteli.

Funcionó allí la ***Radio Charrúa*** hasta julio de 1953, fecha en que fue clausurada por el gobierno por no haberse adaptado a disposiciones de la Dirección de Comunicaciones.

Albasio volvió a la Argentina a comienzos de 1940 y Downton García la dirigió hasta su muerte en marzo 1948.

Tenía un servicio de prensa que divulgaba las noticias de la Guerra Mundial, siendo el informativista el propio Downton, contando con la colaboración del recordado José Gerardo Ramón.

Y fue en 1943, ya a fines de la Guerra, que Victoriano Cabrera hacía su ingreso a la actividad radial, tarea por la cual sentía una indiscutible vocación.

Tenía entonces solamente 13 años, comenzó realizando la tarea de cobrador, pero dos años después el promisorio quinceañero era locutor y se iniciaba en la compleja misión del informativista.

Corresponde señalar que en ese entonces la gente de radio no contaba aun con la ayuda que significaban los *grabadores*, tuvo entonces que aprender y lo hizo muy bien, la técnica de captar las noticias y luego trasmitirlas a sus oyentes.

El 25 de agosto de 1940 es una fecha importante.

Un prestigioso hombre de radio de Montevideo, Walfrido Figueira Morán, que el 12 de octubre de 1928 había fundado CX 28 ***Radio Imparcial***, fundó en Rivera ***Radio Internacional*** que tuvo su primer estudio en la calle Sarandí, al lado del Club Uruguay, pasando en 1951 a ocupar el edificio de Sarandí Nº 732, que entonces era propiedad de Don Jorge Neme.

Corresponde recordar a dos brillantes jóvenes riverenses, Luis Eduardo Gil (Chito) y al maestro Heber Cazarré, como los primeros locutores que tuvo ***Radio Internacional*** al fundarse y a Néstor Icardi, un jovencito que traía la música *en onda* de aquellos años, con un programa diario de *jazz*.

Tenía también la radio la colaboración de locutores brasileños, tales como Antonio Canabarro Panizza y posteriormente el popular Darcy Neves que también se había hecho conocer como músico.

Con la fundación de ***Radio Internacional*** en agosto de 1940, aparecieron también los cantores Manolo Cunha, Luis Fernández, Constantino Azzar Amatti, Genesí Bueno, las guitarras de Bruno, Aquino y Sena y el conocido pianista y amigo E. Cano. (Un párrafo para ***Canito*** que con su pianito desafinado acompañó a más de una generación de tangueros *caverneros* junto al violinista ***Canchita***, el bandeonista ***Marcial*** y al ***Cubano*** baterista, en noches que animaban el humorismo de Xeca Tatú y la voz ronca de Fernandito).

Volvamos a ***Radio Internacional***; la frase anterior es solo un resplandor de *saudades* que no le hace mal a nadie.

Cantaban también entonces los *niños* Víctor y Rúben Salón, siendo el primero, con el nombre de Víctor Ruiz, quien luego cantara los estribillos en la orquesta del maestro Donato Racciatti, quien aún sigue arrugando el *fuelle* en varios países del mundo.

Esta radio tuvo como primer Director a Carlos Duarte (compañero inseparable de juegos en los felices días de la esquina de Agraciada y Figueroa) quien alcanzó a ocupar el cargo de Embajador del Uruguay en varias capitales del mundo, falleciendo en época bastante reciente.

También aportaron su colaboración hombres como D'Artagnan Lavalleja Pedezert, Pablo Bruno (cajero del Banco

República), Schubert Sarasola, sin olvidar, claro está, a Cabrerita y actualmente a Claudio Yanuzo y a Patricia Iglesias (nieta del fundador de la radio).

El primer técnico fue D. Pedezert, padre del segundo Director, y el primer operador del trasmisor (ubicado en el ***Cerro del Estado***) fue Aldo Tedeschi, tío de Rodolfo (el actual técnico).

Desde 1940 hasta que terminó su actuación Sarasola, el cargo principal era el de *Administrador.*

Figueira Morán cambió la designación de dicho cargo por el de *Director*, a partir de marzo de 1961, correspondiéndole a Victoriano Cabrera la designación.

Radio Internacional innovó en audiciones deportivas, música actualizada que venía de ***Radio Imparcial*** y con esto aumentó sensiblemente su ya creciente audiencia, cosa que con anterioridad ***Radio Charrúa*** lo llevaba a cabo pero con menor frecuencia.

En febrero de 1960, luego de estar Radio Internacional *sola en el aire* en el Departamento durante siete años, el gobierno adjudica la onda de ***Radio Rivera*** a D'Artagnan L. Pedezert que se instala con estudios en Monseñor Vera 1132, trabajando durante varios años solo estas dos emisoras en nuestro Departamento.

El 15 de setiembre de 1975 se adjudica una tercera emisora, ***Radio Reconquista*** a dos hombres provenientes de Cerro Largo: José Godiño y Enrique Mariño, que instalan sus estudios en la esquina de Ituzaingó y General Artigas, radio que años más tarde, en 1979, pasó a manos de Everildo Viera (oriundo de Montevideo) que es actualmente su propietario junto a su esposa Lucy Grau, Sub-directora.

En la década del 80 se instalaron por su orden, las estaciones de F.M. ***Horizonte*** (de Carlos Alberto Pedezert), ***Columbia*** de Luis A. Godiño y en 1995 comienza a funcionar la tercera radio de F.M. ***Cenit*** con estudio y planta emisora en el Cerro Marconi.

El hombre de radio de mayor antigüedad, que sigue vigente desde los tiempos heroicos de la radio es Victoriano Cabrera,

ante las muertes muy lamentables de Luis Eduardo Gil, Heber Cazarré y Schubert Sarasola, pioneros en esta actividad.

VICTORIANO ANTONIO CABRERA VIVIANI

Cumplida la historia de la radiotelefonía en nuestro Departamento, el complemento de esta nota implica un comentario destinado a la actividad que en el campo de las comunicaciones ha desarrollado Cabrerita a través de tantos años de persistente e inteligente accionar en pro del desarrollo cultural de la ciudad que con tanto cariño ha defendido en todas las circunstancias.

Al comentar el desarrollo de la radiotelefonía riverense desde aquella lejana época al comienzo de la década del Centenario, ya hemos puesto de manifiesto algunas facetas destacadas de la obra de este pionero de la radio, pero ahora complementaremos el comentario con referencias de contenido más particular.

En este sentido lamentamos que lo que podemos decir al repecto sea demasiado escueto, pero la premura en redactar este capítulo, agregado a que diversos motivos impidieron nuestros habituales viajes a Rivera, no logramos entrevistarnos personalmente con Cabrerita, con lo cual hubiéramos completado con mas detalles esta semblanza biográfica, especialmente la vida en sus primeros años. En efecto, nos hubiera gustado saber algo más de su niñez: una estampa de su barrio, sus vecinos, compañeros de juegos, travesuras, la gran aventura de la primera escuela, maestras, alegrías, anhelos, fantasías...

Pero no importa, otra vez será.

Sorpresivamente (aunque lo consideramos un riverense de ley) nació en Montevideo el 13 de julio de 1928.

Hijo de Hermindo Cabrera Castro (nacido en Toledo, departamento de Canelones) y de Angela Viviani Siri.

Sus abuelos maternos, dos italianos llegados a América a fines del siglo pasado e instalados con molinos en Paysandú, son Juan Bautista Viviani y Modesta Siri.

Está casado en Edith Ruiz Ferreira, tienen un hijo, Carlos, periodista y redactor de fútbol de ***Radio Internacional***.

Cabrerita ha sido un hombre que ha orientado su vida en un ritmo de enorme dinamismo.

Toda su vida la dedicó a forjarse un adecuado porvenir para él, para sus familiares y para todos los que tuvieron el privilegio de estar junto a su persona en actividades laborales, periodísticas, funciones públicas, acción comunitaria, etc.

En forma un tanto somera haremos referencia a ellas:

En **actividad radial** trabajó en C.W. 19 A ***Radio Charrúa*** durante diez años: 1943 a 1953.

Culminó su actuación como Gerente hasta el año 1953 en que se integró a C.W. 43 ***Radio Internacional***, donde ocupó el cargo de Director General desde 1961 a 1990.

Como **periodista** fue durante once años corresponsal de la ***Agencia Nacional de Informaciones*** (A.N.I.).

Redactor Responsable de ***La Palabra*** (década del '50).

Creador de la ***Página de Rivera*** en ***A plateia***; años 1958 a 1961.

La frontera es así: página de ***A Plateia*** en los años 1990-1991.

Realizador del programa ***Rivera es así*** (***Radio Internacional***), divulgado diariamente, fundado el 20 de junio de 1955, siendo el periodístico más antiguo de la radiotelefonía local.

En la **función pública** fue Jefe de Prensa y Relaciones Públicas de la Jefatura de Policía de Rivera y Director de Administración de la misma Jefatura.

En **actividades comunitarias** fue miembro de la ***Comisión Mixta Internacional Rivera-Livramento*** (1976-1978) de la ***Comisión Internacional de Actividades Creativas***; Presidente del ***Club de Polo de Rivera*** (1985-89); de la ***Comisión de Apoyo a la Seccional 1ª*** (1984-90); Tesorero de la ***Comisión Dep. de Emergencia*** (1991-94); Presidente del ***Rotary Club de Rivera*** (1975-76 y 1984-85).

Conferencista en el ***Foro Rotario Internacional*** de Quaraí.

Delegado por Rivera al ***II Congreso Nacional de Instituciones Patrióticas***, en Montevideo (años 1966 y 1980).

Recibe medalla de la Embajada de los EE.UU. de América por cooperación prestada a la ***Voz de los EE.UU.*** (año 1972).

Secretario de la ***Asociación Patriótica de Rivera*** (1973 a 1984).

Miembro de la ***Comisión de Amigos del Sodre*** y de la ***Comisión Adm. de Actividades Municipales*** (1978-1981) al fundarse el ***Teatro Municipal.***

Miembro de la ***Comisión Delegada Departamental del Consejo del Niño*** (1984-89), Coordinador de ***Brigadas Civiles de Rivera*** (año 1959).

Dirigió la campaña de divulgación del ***Lisado del Corazón*** (1961-1963).

Dirigió la campaña de ayuda al Hospital de Rivera (1960).

Fue objeto de varios **homenajes**:

En junio de 1985: de la Junta Departamental de Rivera por los 30 años de su programa ***Rivera es así***.

Homenaje popular en ***Galenos*** al alejarse de ***Radio Internacional***.

En diciembre de 1990 recibe el ***Trofeo Ceballos*** en los ***60 años de la Asociación Comercial e Industrial de Rivera*** elegido como el Mejor Comunicador de Rivera.

Plaqueta como ***Unico homenajeado por Rivera*** en la entrega de los ***Super Special Internacional 1991*** (Teatro Municipal).

Homenaje del ***Club de Leones Rivera-Livramento*** con motivo de las Bodas de Plata del programa ***Rivera es así.***

Recibe el ***Marco de Oro*** en *Comunicaciones*, el 28 de diciembre de 1995, adjudicado por la Intendencia Municipal y Junta Departamental.

Actualmente, en su **actuación social** debemos destacar que en agosto de 1966 realizó la primera trasmisión de un partido de fútbol desde el Estadio Centenario (*Real Madrid-Peñarol*).

Fue relator de fútbol durante quince años (1947-1962) en ***Radio Charrúa*** y ***Radio Internacional***.

En 1972 organizó la trasmisión exclusiva para todo el Uruguay de los partidos de la ***Mini-Copa*** disputados en Rio de Janeiro, Sao Paulo y Porto Alegre.

Unico caso en la historia que una radio del Interior acompaña a la Selección Uruguaya de Fútbol.

Otra muestra del genio creador de Osmar Santos

HISTORIA DE NUESTRA CARATULA

La Cueva de Bottaro y la hazaña de 1924

Queridos lectores:

¿Qué les ha parecido la carátula de nuestro quinto libro dedicado a recordar las glorias riverenses?

¡¡Espléndida, sin dudas!!

Le pedimos al gran artista y amigo Osmar Santos que nos diera una idea sobre como tendría que ser la carátula de un libro que se refiere a una ciudad que se proyecta hacia el futuro.

Con su característica buena voluntad, sumada a su sensibilidad de gran artista riverense que ama de verdad a su tierra, nos envió esa composición fotográfica que muestra un edificio que realmente merece ser algo así como el *primer adelantado* de una urbe que busca en los años venideros una fisonomía urbana acorde con su prestigio, considerando su excepcional ubicación geográfica.

El edificio a que nos referimos, situado en una esquina de gran tradición fronteriza, se levanta en el predio que algunas décadas atrás ocupó la Panadería Bottaro, en cuyo subsuelo se instaló la famosa *cueva* que tantos recuerdos trae a la memoria de pasadas generaciones. En homenaje a la historia de aquella querida *cantina* y como prueba de gratitud al artista que hoy nos permite renovar viejas emociones, transcribimos la nota aparecida en nuestro primer libro (*Cerro del Marco*) hace algo más de una década.

Decía así:

Cuando Enrique Santos Discépolo en su más lograda realización como letrista escribió aquello ***De chiquilín te miraba de afuera como esas cosas que nunca se alcanzan...*** *quizá haya tenido en la mente el sentimiento que algún día animó su propia*

alma de chiquilín porteño que desde la vereda contempló fascinado, a través de los vidrios, el interior de un cafetín de Buenos Aires.

Pero si le quitamos al episodio un contenido tan personal y exclusivo y pensamos en la universalidad del personaje, no hay dudas que en todas las ciudades del mundo, grandes o pequeñas, en todos los barrios, residenciales o modestos, mientras hayan boliches, cafés o bares y mientras existan chiquilines, habrá quienes sueñan con entrar algún día en ese mundo que se les antoja extraño y maravilloso donde se reúnen los mayores a charlar, a discutir, a fumar un cigarillo, a jugar a los naipes, dados o ajedrez, o simplemente a beber, rodeados de una atmósfera donde el humo contribuye a borronear escenas que se desarrollan en medio de un tintinear de copas y pocillos, escapes de vapor y músicas distorsionadas por gangosos receptores de radio.

Así son los boliches de ahora y así lo han sido siempre.

Yo también fui niño y también suspiré impaciente esperando que algún día podría trasponer aquella puerta y bajar los cuatro escalones que conducían al interior del lugar cuya entrada había sido declarada **tabú** *por mandato imperativo de mis mayores.*

La ciudad de mi niñez no era precisamente la Buenos Aires de Discépolo, sino otras más chiquita y humilde; y en cuanto al lugar, tampoco era uno de esos sofisticados cafés, de larga historia, con que se viste orgullosa la calle Corrientes.

Mi pequeña ciudad era Rivera y en cuanto al café no era otro que la **cantina de Bottaro** *o* **la Cueva***, situada en el subsuelo de un viejo edificio que desapareciera no hace mucho para ceder su lugar a una moderna torre de propiedad horizontal.*

Con la demolición de **la Cueva** *no se borró simplemente del esquema urbano a una de las tantas casas viejas que seguían desafiando la marcha del progreso, sino que se fue con ella un romántico motivo de recordación para más de una generación de fronterizos.*

Respecto a su origen es muy poca la información que tengo. Lo más probable es que don Juan Bottaro al levantar el edificio de la panadería, haya destinado ese local a depósito de harina.

Por alguna razón se desechó ese primer propósito y fue entonces que su propietario (siempre en mero tren de presunciones) le puso el visto bueno al deseo de sus dos hijos mayores (Juancito y el ***Nene****) de transformar el frustrado depósito en un local para café.*

Ignoro por qué razón en aquella época, (comienzos de la década del '20) se le llamaba la ***cantina*** *de Bottaro, pero tengo la sensación, salvo mejor parecer de quienes tengan más memoria o más años que yo, que nunca fue propiamente una* ***cantina****, es decir, casa de comidas o venta al público de bebidas y comestibles, sino solamente de bebidas y café.*

La costumbre y sus características constructivas hicieron que luego se comenzara a designarla con el nombre de ***la Cueva*** *y así se le siguió llamando hasta que la piqueta le puso punto final a su pintoresca existencia.*

Desde el día que abrió sus puertas (tenía dos por la calle Figueroa), salvo la presencia habitual de un pequeño grupo integrado por comerciantes, bancarios y de algunos veteranos que iban allí a estirar sus ocios mientras jugaban un partidito de ***mus*** *o de truco, o discutían sobre los colapsos de la Guerra del 14, la mayor parte de la clientela fue siempre gente vinculada al deporte, especialmente al fútbol.*

La tranquilidad pueblerina de las horas de la mañana o de la primera mitad de la tarde, era sustituida luego y en especial los sábados y domingos, por la baraúnda infernal de hinchas que convertían a ***la Cueva*** *en una gran mesa redonda, discutiendo las mil incidencias de los partidos que entonces se jugaban en el Prado, en la vieja cancha de Oriental, a orillas del Cuñapirú.*

Es imposible, considerando las limitaciones que tiene este tipo de notas en lo que a extensión se refiere, recoger todas o parte de las mil anécdotas que tuvo como escenario el siempre recordado cafetín de Sarandí y Figueroa, pero les voy a contar un episodio, con la menor deformación posible, que nos dejó un recuerdo imborrable a todos los que tuvimos el privilegio de ser ocasionales testigos del mismo.

Ese acontecimiento tuvo lugar un glorioso 9 de junio de 1924, fecha de la cual se cumplieron ya más de 70 años.

Como antecedente interesante digamos que a Rivera no llegaban aún las emisiones de las primeras estaciones de radio montevideanas.

A la lejana Capital de la República solamente nos vinculaba el correo y el telégrafo.

Dadas las peculiares características tipográficas de nuestra ciudad, solamente algún aficionado, provisto de los primitivos receptores a galena, lograba captar ondas procedentes de las estaciones de Buenos Aires, mucho más potentes que las nuestras.

Siguiendo con el tema que nos interesa, corresponde señalar que en aquel lluvioso junio de 1924 toda la población de Rivera y también la de Santana, fueran o no aficionados al fútbol, estaba pendiente de lo que en París, la legendaria ciudad-luz, pudiera hacer un bisoño equipo uruguayo que audazmente se había aventurado en la conquista de un imposible.

El alma del criollo es desconcertante. En efecto, contrariando todo lo que parecía la lógica y el sentido común, los orientales presentíamos que estábamos en la antesala de una hazaña inigualada y ***la Cueva*** *parecía ser el centro neurálgico de toda esa inquieta esperanza.*

Luego que un periodista gallego escribió aquello de que ***Por los campos de Coya cruzó una ráfaga olímpica****, todos vivíamos la ansiedad de tener noticias de lo que estaba pasando en la Olimpíada de Colombes.*

A falta de comunicación radiotelefónica, como dijimos, las noticias de los partidos llegaban a ***la Cueva*** *merced a telegramas que alguien enviaba desde Montevideo, cuyos textos se iban escribiendo en un pequeño pizarrón de colegial ubicado sobre la puerta principal, frente a la calle.*

Y luego de los triunfos frente a Yugoslavia, Estados Unidos, Francia y Holanda, llegamos a aquel 9 de junio de la final contra Suiza.

Eran las primeras horas de la tarde, casi nadie había almorzado ese día.

En la vereda de ***la Cueva*** *todos estaban pendientes de la llegada del mensajero del Telégrafo, mensajero de la esperan-*

za, del triunfo y en general de todo eso que alienta en el alma del hincha.

Cuando llegó la noticia del primer gol de Petrone la multitud estalló, dando escape a una ansiedad que a esa altura se hacía insostenible.

Y luego el pizarroncito de la gloria fue registrando el segundo gol del vasco Cea y un tercero de Romano.

La descripción de todo lo que pasó después escapa a las posibilidades literarias del cronista. Solo sabíamos que el querido y pequeño Uruguay era campeón del Mundo. ¡¡Increíble!!

En honor a la verdad, no nos dábamos cuenta cabal de la dimensión de la hazaña. En actitudes que en ese momento nos parecían desconcertantes, gritábamos los chicos y lloraban los grandes, pero todos, borrando barreras generacionales y sociales, nos estrechábamos en un abrazo grande de emoción y alegría, quizá tratando de convencernos mutuamente de que todo aquello tan maravilloso no era un sueño.

Me quedó grabado entonces la actitud de dos populares lustradores de calzado ***Chico Pata*** *y* ***Piringa****, que tiraron sus pobres cajones a la cuneta de Sarandí y Figueroa. ¿Una promesa? Puede ser, pero tal vez fue un simple gesto de desprendimiento, un impulso irresistible que tendía a demostrar, dentro de la mentalidad un tanto infantil de sus protagonistas, que ellos también vivían horas excepcionales y de alguna forma había que demostrarlo.*

Dejemos a los especialistas psicólogos, si pueden, que clarifiquen ellos el punto.

Y sin ninguna concertación previa, de allí de ***la Cueva*** *partió la manifestación, rumbo a la Línea. Como por arte de magia aparecieron banderas patrias, de clubes deportivos, cohetes y bandas de música. Como no podía ser de otra forma, hasta oradores se treparon a improvisadas tribunas, pero nadie escuchaba nada, cada uno gritaba en la medida que sus pulmones lo admitían. Y allá fuimos todos, chapaleando barro, Sarandí arriba, coreando el nombre de la Patria y los de algunos de los ídolos celestes.*

¡Qué recuerdo inolvidable!

Prosiguiendo ahora con nuestra historia, digamos que posteriormente, luego de los Bottaro, ***la Cueva*** *tuvo a su frente, durante varios años a los hermanos Francisco y Máximo Castiñeiras. El primer falleció hace ya tiempo.*

En cuanto al otro, ***al flaco*** *Castiñeiras, compañero en la línea de backs de aquel gran capitán que tuvieron los seleccionados de Rivera en una época triunfal, el inigualado* ***Saporiti****, me enteré que luego de varios años de ausencia había regresado a Rivera.* (comentario escrito hace diez años).

Quise darle un abrazo al buen amigo de pasados tiempos.

Lo ubiqué en la Pensión ***Don José****..., en la calle Agraciada, donde anteriormente funcionara el* ***Anglo****.*

Allí, en una pequeña pero muy prolija habitación de una casa donde todos lo quieren y respetan, el viejo crack, con sus aún jóvenes 82 años, enfrentando los avatares de la vida con la misma clase y serenidad con que antes enfrentara a los delanteros rivales, recuerda con cariño indisimulado a su ***Cueva****.*

Lentamente, pero sin titubeos, entrecerrando los ojos como si con ello facilitara la acción de una memoria que está hurgando en un pasado que aparece ya muy lejano, habla del lugar donde compartió horas felices con mucha gente que no olvidará.

Van surgiendo así, con ese desorden encantador que tienen las cosas viejas, nombres de comerciantes, profesionales, obreros, deportistas, funcionarios públicos, jubilados, tales como Don Luis Bernatto, Colacho y Campero Landó, el joyero Tubino, Saporiti, Leonardi, Antúnez, Mauricio Paiva Olivera, Romeo Silveira, Bonora, el negrito Méndez, Arístides y el Negro López Irulegui, Dr. Trotta, los Arregui, Seleguin, Saldanha, Siñeriz, Laxalde, Tamborindegui, Santitos, Gaspar Martínez, Alvez, Doninelli, Blas de la Barrera, Fiat, los hermanos Bravo, Manuelito y Chico Gil, Alfonso Crisci, Omar Berterretche, Federico Díaz, Alfredo Lepro, Ferreira Avila, etc.

Con indisimulado orgullo afirma que sería muy larga la lista de partidarios de todos los clubes de Rivera y Livramento que allí concurrían asiduamente, sin que nunca, absolutamente nunca, se registrara el menor incidente.

Ya dijimos que este tipo de notas debe tener una extensión razonable y vamos a cumplir con este propósito.

Es por esta razón que muy a nuestro pesar, dejamos la grata compañía de Castiñeiras, dispuesto a proseguir una siesta que habíamos interrumpido.

Lo dejamos solo en su pieza, modesta, luminosa, limpia, con su camita de una plaza, una manta de piel, una mesita, un ventilador, una cocinilla a supergás y en la pared cantidad de fotos, muchas fotos, de familiares, amigos y de equipos de fútbol de una época en que los públicos adictos enronquecían alentando y vivando a uno de sus campeones que con más auténtica prestancia supo vestir la gloriosa casaquilla celeste de las selecciones de Rivera.

A 37 años de algo inolvidable.

LAS "BRIGADAS CIVILES" DEL AÑO '59

La presente nota fue publicada en nuestro libro (***Cerro del Marco***) escrito en diciembre de 1985, edición que se halla agotada.

En el transcurso de los últimos años se produjo el fallecimiento del Coronel José Agustín Moratorio y en homenaje a su memoria dedicamos esta narración de una obra suya de ribetes casi epopéyicos.

Solamente hemos introducido en el texto original las necesarias actualizaciones de fechas.

*¿Se acuerdan viejos amigos fronterizos de aquellas inolvidables tardes domingueras, cuando por mil reis íbamos a la **matineé** del Internacional, donde además de unas películas cortas de Ben Turpin, Mutt y Jeff, Betty Boop, etc., nos daban de **yapa** el episodio de una **serie** que traía a la pantalla muchos indios, muchos tiros, muchas correrías, mientras la gurisada de la platea y el **gallinero** amenizaban las escenas con un infernal bochinche de silbidos, gritos y aplausos?*

El tema de hoy también tiene mucho de película de acción, con la enorme diferencia que sus escenarios no fueron los del legendario Far West norteamericano, sino tierra nuestra, tierra riverense y sus héroes no han salido del mundo fabuloso de la ficción sino de una realidad tangible, que merece ampliamente los honores de la evocación.

Y vamos a recordarlo en sus aspectos básicos, recurriendo también a la técnica del cine en sus años heroicos, es decir, lo vamos a dividir en los clásicos 12 episodios. No perdamos tiempo, apagamos la luz y comienza el espectáculo.

Episodio 1

Fines de marzo de 1959. La naturaleza despide al verano con unas lluvias torrenciales que cayeron durante un mes, casi sin tregua, en todo el país. Como es habitual, al principio no se le dio importancia, luego comenzaron los temores y hacia el final se vivió una psicosis de verdadera angustia. Se desbordaron los ríos y arroyos, desapareció bajo el torrente buena parte de nuestra reserva agropecuaria, se cortaron las principales rutas y los pueblos comenzaron a quedar aislados.

Hubo que proceder a la evacuación de centenares de familias que quedaron sin techo y sin sus pertenencias elementales. Se vivía un clima de catástrofe y la ayuda internacional trataba, no siempre con éxito, de mitigar las consecuencias.

Episodio 2

Por iniciativa estatal y privada se hizo lo posible para atenuar las lamentables derivaciones de los sucesos. Hubo gestos muy elevados, muy acordes con el espíritu de solidaridad tan necesario en esas difíciles circunstancias.

Pero hubo también de los otros... Si, hubo muchos que se concretaron a desempeñar, con irritante tranquilidad, el papel de ***damnificados****.*

Mientras algunos se desesperaban por tratar de aliviar la apremiante situación que vivían sus semejantes, no faltaban quienes por su carácter de directamente perjudicados por el desastre, se mantenían inmutables, sin dar un solo paso para ayudar a quienes estaban luchando por el bienestar de ellos mismos.

En cuarteles y refugios improvisados, gente joven y fuerte dejaba transcurrir las interminables horas en ruedas de cuentos y mate amargo, esperando que todo les cayera del cielo: ropas, alimentos, medicamentos. Solamente emergían de ese estado de quietismo físico y mental para quejarse... ¡¡era poco lo que se les daba!!

Episodio 3

Allá por el norte de la República, en el fronterizo departamento de Rivera, las lluvias habían dejado una impresionante huella.

La Ruta 5, en plena construcción, era prácticamente intransitable; tampoco era posible el tráfico por vía aérea, debido a que los campos de aterrizaje estaban cubiertos de agua.

Solamente la vía férrea abría una ventanita de esperanza. Nuevamente iba a subir al primer plano aquel viejo ferrocarril ***de los ingleses****, factor decisivo en la fundación y desarrollo de tantos pueblos del interior, incluso Rivera, por supuesto.*

Pero también éste estaba herido de muerte. La turbulencia de las aguas había deshecho los terraplenes y arrastrado durmientes y vías en un tramo que llegaba más allá del puente de Tranqueras.

La situación se tornaba desesperante. En la ciudad hermana de Santa Ana las cosas no presentaban mejor cariz y la gente comenzaba a ponerse nerviosa. Como de costumbre proliferaban las versiones sensacionalistas, las cuales, como es habitual también, no se caracterizaban precisamente por su optimismo.

Episodio 4

Pero paralelamente con la acción estatal, surgió lo que aspiramos sea el tema central de esta nota. Algo que por la calidez humana que trasunta, merece los honores de la posteridad.

Fue en Rivera, en nuestra Rivera, donde comenzó a escribirse una hermosa página de solidaridad y patriotismo bien entendido.

Ante la adversidad y luego de los primeros instantes de desconcierto, hubo un sector de la población que salió a la calle a jugarse la carta decisiva. Sin temor a las inevitables críticas o a los comentarios virulentos. Accionados por un impulso irresistible, natural o sobrenatural, que los alentaba a intentar un esfuerzo supremo, un grupo de hombres de buena voluntad tomó a su

cargo la tarea aparentemente insuperable de hacer nuevamente transitable la destrozada vía ferrocarrilera. Faltaba todo lo necesario: dinero, asesoramiento técnico, alimentos, materiales, herramientas, etc.

Solo había abundancia de fervor, de cariño al terruño, de hacer en Rivera lo que nadie hizo o no quiso hacer en todos los rincones del país: luchar con uñas y dientes contra el destino adverso.

Y fue en este clima de lucha, de espíritu de revancha contra la naturaleza desatada, haciendo oídos sordos a los augurios pesimistas de los ***conocidos de siempre*** *que surgió radiante, espléndida, una de las agrupaciones humanas más dignas que tuvo el Uruguay en las últimas décadas:* ***¡¡LAS BRIGADAS CIVILES DE RIVERA!!***

Episodio 5

Si, amigos lectores, no hay ningún ***lapsus*** *o exageración en lo antedicho y lo volvemos a repetir por si no se nos entendió bien: la más digna agrupación humana en esta patria de Artigas en los últimos años.*

No sabemos de quien o quienes fue la iniciativa. Quizá sea imposible o hasta injusto buscarle paternidad a la idea.

Ha sido algo tan hermoso que es preferible pensar que surgió espontáneamente del alma de un pueblo que no se resignó a someterse ni aún a la fuerza incontenible de los elementos naturales.

Y como todos los que van a la guerra, también las ***Brigadas Civiles*** *tuvieron sus armas y su bandera.*

Sus armas: el pico y la pala. Su bandera: una magnífica creación (concurso mediante) en la que junto a los colores de la Patria y el escudo de Rivera aparecen cruzados los dos emblemas humildes pero representativos del espíritu que animaba a esos hombres: el pico y la pala.

Episodio 6

*La **Brigada** está racionalmente organizada. Había una Comisión que orientaba las tareas del grupo, presidida por Ricardo Basso y que integraban Waldemar Rodríguez Navarro, Oscar Riera, Alberto Posadas, Rafael Bertrin, Moisés Lemonnier, Dominguez, Ramos, Martínez, Huertas, etc. (Creemos interpretar el sentir de todos estos dignísimos ciudadanos suprimiendo, en mérito a razones obvias, la mención de cargos oficiales o títulos profesionales).*

*A esta Comisión debe agregarse, por su invalorable aporte a la causa, el nombre de **RADIO INTERNACIONAL** que con Schubert Sarazola al frente, se convirtió en algo así como el Cuartel General de las **Brigadas** en aquellos 31 días de dura batalla.*

*Un equipo de locutores tenía permanentemente informada a la población sobre la marcha de los trabajos y se hacían llamados a nuevos voluntarios que eran objeto de la respectiva inscripción por un núcleo de estudiantes. El aporte que abundantemente se ofrecía no se concretaba solo a trabajadores, ya que se pusieron a disposición de las **Brigadas** los camioneros y todos los que poseían algún medio de un transporte adecuado.*

Episodio 7

*El personal se dividió de acuerdo con sus aptitudes o conocimientos. Los obreros municipales, habituados a trabajar en las canteras, tomaron a su cargo la extracción de piedras y posterior carga en los camiones que las conducían hasta la Estación donde eran trasladadas a **zorras** que las llevarían a su destino..*

*Otro grupo constituido por turnos diarios de 50 a 80 hombres, se embarcaban en dos vagones de pasajeros, acoplados a zorras, hasta los lugares de trabajo. El lugar de las operaciones, como es lógico, se iba alejando a medida que se adelantaba la reconstrucción de las vías. La supervisión de los trabajos lo hacían los experimentados empleados de A.F.E. de la **Sección Cuadrillas**, dirigidos por un capataz, de apellido Gadea, a quien*

todos sus compañeros de patriada recuerdan por su valía como técnico y como persona.

La comida durante los primeros cinco días de trabajo estuvo a cargo del Regimiento de Caballería Nº 3, pero al alejarse el centro de operaciones hubo que cocinar en el mismo lugar de trabajo. En esta situación surgen nuevos aportes de buena voluntad, ya que la responsabilidad de organizar comidas estuvo durante los 26 días siguientes a cargo del Instituto de Alimentación, que a través del Sr. Klapenbach realizó una labor altamente meritoria.

En cuanto a las provisiones necesarias para las comidas fueron facilitadas por Don Eduardo Dri, quien, con su gesto, hizo honor a su justa fama de hombre generoso y patriota.

Episodio 8

Antes de salir el sol, los encargados de la inscripción en Radio Internacional distribuían el personal: quienes irían a las canteras del Cerro del Estado para extraer la piedra que, conducida a la Estación era cargada en zorras por la llamada ***Brigada del Silencio*** *(formada por jubilados ferroviarios), y quienes estaban destinados a los trabajos en la vía, a los cuales en el andén se les pasaba lista antes de embarcar.*

El contralor de los trabajos estaba a cargo de dos capataces estupendos, trabajadores incansables, excelentes organizadores: Sesefredo Paiva y Moisés Lemonier.

Llegados a la zona de trabajo muchos días bajo persistente llovizna o espesas cerrazones, se iniciaron los trabajos no sin antes gritar un ¡viva la Patria! junto a una inmensa caña tacuara que servía de mástil a la bandera de la Brigada.

Episodio 9

Este episodio es el que pretende destacar la inmensa estatura espiritual de aquellos extraordinarios hombres de Rivera, razón por la cual, sin colocarnos en un plano de hipócrita modes-

tia, confesamos que no deja de ser extraño que sea un hombre de números quien tome a su cargo la compleja tarea de traducir en palabras la obra de aquellos titanes que sin más ambición que la de sentirse útiles a su querida comunidad, dejaron allá, entre el barro y las piedras de la vía rota, lo mejor de sí mismos: salud, ocupaciones, tranquilidad, todo, absolutamente todo, sin limitaciones, con firmeza, apretando los dientes en un gesto de rabia que trasuntaba el propósito de llegar al fin de cualquier forma y el fin estaba allá a lo lejos, a muchos kilómetros de Rivera, en un puente cuyas vías al aire semejaban a una mano gigante y mutilada pidiendo el apoyo de la Providencia.

¿Y quienes eran ellos?

No tenemos duda que en la historia completa que algún día se escribirá de esta verdadera epopeya, surgirán nombres de todos los que participaron en ella.

En este momento no deseamos cometer la tremenda injusticia de una sola omisión.

Muy a nuestro pesar, debemos contentarnos con decir que las maravillosas **Brigadas Civiles** *estaban integradas por hombres de todas las actividades, credos, militancias y edades.*

Manos acostumbradas a faenas rudas del campo o la ciudad y manos finas, adecuadas a la labor intelectual, se mezclaron en la misma tarea al conjuro de la ansiedad de sus dueños.

Transportando pesadas piedras con el primitivo procedimiento de pasarlas de mano en mano a través de largas filas que iban desde las zorras hasta el lugar en que se necesitaban, reponiendo pedregullo, apaleando tierra por toneladas, colocando durmientes, emplazando rieles, apisonando el terreno, rellenando pozos, rehaciendo terraplenes desaparecidos, trabajando muchas veces con el agua hasta la cintura sufriendo las inclemencias de un tiempo que se empecinaba en mostrarse hostil, mordiendo con desesperación las ansias de ganarle una carrera difícil al infortunio, trabajando hombro con hombro obreros de la ciudad, agricultores, peones rurales, estudiantes, militares, maestros, comerciantes, universitarios, sacerdotes, altas autoridades civiles, todos estaban allí, agradeciendo quizá al destino la oportunidad de ser partícipes de una obra tan digna.

Y si algún nombre propio merece citarse, he aquí los de algunos de los más veteranos: Don Baltasar Cabrera (80 años), Don Abondio Mujica (76), Don Diamantino Abreu (79). Los ***abuelos*** *no solamente trabajaron a la par de cualquiera, sino que se molestaban si tenían la sensación de que por razones de edad se les asignaba alguna tarea menos pesada.*

Episodio 10

La finalidad de esta nota nos lleva a no ser muy extensos en cuanto a detalles relacionados con toda la jornada de trabajo, por lo cual nos concretamos a los que estimamos más interesantes.

A las 11 de la mañana se detenían las tareas; los mateadores ya tenían pronta el agua caliente y luego, en fila india, plato hondo en la mano, cada uno recogía la comida y el pan frente a la gran olla.

A la una de la tarde se reanudaba el trabajo que duraba hasta la puesta del sol. Luego se recogían las herramientas, se hacía un recuento minucioso y antes de subir al tren que los llevaría de regreso al hogar, se reiteraba la siempre emotiva escena del ***¡Viva la Patria!*** *junto a la bandera.*

Ya en Rivera, a las 20 horas, en Radio Internacional se realizaba la ***Audición del Regreso****, donde junto a Cabrerita, Sarazola, Gil y Caballero, se daba cuenta a la población de la tarea desarrollada en el día, se exhortaba a la inscripción de nuevos voluntarios, manteniendo así, desde el primer día, un clima de estrecha colaboración entre el pueblo y los integrantes de las* ***Brigadas Civiles****.*

Episodio 11

La culminación de la obra tuvo lugar el 17 de mayo.

Ese día se logró, con el mejor de los éxitos y luego de horas previas de indisimulada ansiedad, empalmar la vía reparada con

la correspondiente al puente sobre el arroyo Tranqueras, lugar donde los efectos de las corrientes de agua habían sido más perjudiciales ya que habían hecho desaparecer los terraplenes.

Todos se habían dado cita allí: los integrantes de las ***Brigadas****, los técnicos y autoridades de A.F.E. llegados en la mañana de ese día y prácticamente todo el pueblo de Tranqueras.*

Cuando el último ajuste de la vía se logró, la eventual tranquilidad pueblerina se vio alertada por el estampido de una ovación.

Brazos en alto, vivas, abrazos y lágrimas, muchas lágrimas, fueron el broche de oro de 31 días alucinantes.

Había culminado con felicidad una iniciativa titánica, llevada a cabo por titanes.

No caben muchas más palabras al respecto. Episodios como el que narramos se captan más con el corazón que con la cabeza. La llegada a Rivera fue de apoteosis. No podía ser de otra manera. Se les recibió como lo que eran: como héroes. Rivera y Santa Ana vivieron uno de sus grandes días. Manifestaciones, cohetes, himnos, música, flores en los balcones, la población entera volcada en Sarandí y la culminación de los actos en Radio Internacional, nervio motor de la actividad de las ***Brigadas Civiles*** *desde el primer día.*

Posteriormente, acallada la emoción de entrecasa, reintegrados todos al hogar y a sus tareas habituales, vinieron los homenajes de los que fuera de Rivera habían seguido expectantes y admirados el desarrollo de los acontecimientos.

En efecto, el 23 de mayo el Directorio de A.F.E. en pleno, presidido entonces por el General Oscar D. Gestido, vino a Rivera con tal fin, dando origen a un acto de extraordinarias proporciones.

Se pronunciaron conceptuosos discursos y se descubrió una placa de bronce alegórica en el edificio de la Estación Rivera.

Posteriormente el 12 de octubre, se realizó otro acto de similares características en la Estación Km 512 que a partir de ese día se denominó ***Brigadas Civiles de Rivera****.*

Pero todos esos homenajes, pese a su trascendencia a escala nacional, no tienen para nosotros el toque de ternura, de

calidez humana, de espontaneidad, de un pequeñito episodio, casi desapercibido, que no resistimos la tentación de narrar.

Se estaba trabajando en las cercanías de la Estación Ataques, una mañana húmeda, neblinosa. Don Diamantino Abreu, un portugués de 79 años, bajo, grueso, de tez curtida, cabellos blancos, gran bigote y profundos ojos azules, colaboraba también en la medida de sus fuerzas, llevando en la cabeza, solamente protegida por un paño, una gran piedra cuyo destino final era una zona a rellenar. No dejaba de ser conmovedora la actitud del anciano que en toda forma quería él también hacer su aporte a la obra común. Un compañero de la Brigada que lo vio, acudió prontamente a ayudarle luego de lo cual le dio un beso en la mejilla. El viejo portugués quedó un instante desconcertado pero luego se le llenaron los ojos de lágrimas y solo atinó un instante a balbucear: ***-Coronel, que distinta hubiera sido mi vida si en mi juventud hubiera tenido la suerte de encontrar hombres como usted.***

Es a este hombre, el que también lagrimeó de emoción ante las palabras de Don Diamantino, al que vamos a dedicarle el...

Episodio 12

¡¡Moratorio!! por supuesto.

En la parte más compleja de esta crónica. No es fácil concertar en pocas líneas la personalidad desbordante de este ciudadano excepcional. Tememos caer en lugares comunes al hablar de él, es más, creemos que alguna de sus más destacadas aristas no va a ser resaltada en la forma que se merece.

Corresponde decir, antes que nada, que no era riverense, si el hecho de ser o no riverense se refiere, claro está, a lo que surja de los documentos oficiales de identificación. Fuera de ese formalismo, debe haber pocos oriundos de Rivera que sean tan riverenses como Moratorio . Era natural de Melo y llegó a nuestra ciudad en abril de 1948 como jefe de estado Mayor de la Brigada de Caballería Nº 1 que venía de Salto. Pero este hombre desde que llegó a Rivera y al margen de su actividad oficial, se dedicó

íntegramente, de cuerpo y alma, a una sola cosa: a luchar por el engrandecimiento de Rivera en todos los terrenos. Y lo hizo como acostumbraba él a hacer las cosas; sin titubeos, con ardor, contagiando a todos los que estaban a su alrededor un optimismo desbordante, irresistible. Por muchos años toda obra de trascendencia que se alentó en Rivera en el campo de la acción social, cultural y deportiva, tuvo a José Agustín Moratorio como abanderado.

No siempre logró sus metas. También él debió ceder alguna vez ante la fuerza, muy poderosa por cierto, de ciertos sectores ciudadanos.

La historia de nuestra ciudad contiene muchas páginas escritas por los que nunca hicieron nada ni dejaron hacer nada por el pueblo que los vio nacer, o les dio educación o los encumbró económicamente.

Pero él nunca se dio por vencido. Volvía a la carga una y mil veces. Proyectaba cosas, discutía con todo el mundo, rebatía argumentos, golpeaba todas las puertas en busca de recursos y soluciones y nunca arriaba bandera. Si para ***muestra basta un botón*** *como dice el refrán, ahí está la obra sin parangón de* ***Sarandí Universitario****.*

En otro orden de cosas el que tenía un problema de cualquier orden, especialmente dentro de los humildes que lo adoraban, iba Moratorio en busca de algo que le permitiera salir de la situación de apremio o de angustia en que se hallaba. Y nunca quedaba defraudado. Si el aspecto material estaba fuera de su alcance por lo menos le hacía llegar el regalo inconmensurable de su afecto, de su simpatía inigualada, de esa solidaridad que tanto significa en la vida de muchos hombres que pasan por trances amargos.

Como es fácil suponer, las ***Brigadas Civiles*** *encontraron en Moratorio a algo más que un simpatizante. Desde el primer momento fue el líder: indiscutido e indiscutible. Prácticamente todo el andamiaje de la organización giró a su alrededor. Su poder de convicción, su prestigio de hombre de acción, de trabajador incansable, de amigo leal de punta a punta, hacen que no pueda dejar de asociarse su nombre al mejor recuerdo que se tenga de las* ***Brigadas Civiles****.*

Personalmente a través de los micrófonos de **Radio Internacional**, *contagió a jóvenes y viejos su entusiasmo, su patriotismo, sus ansias de demostrarle a los hijos de Rivera cómo se debe hacer para honrar el terruño chico o la patria grande.*

Y ese amor a Rivera él lo derrochaba a raudales.

En cada ¡Viva la Patria! al pie de la bandera de las **Brigadas Civiles**, *Moratorio volcaba esa presión emocional que le reventaba el pecho.*

Fue él quien cubrió una a una todas las etapas de una organización sin precedentes.

El fue atrás del obrero, del profesional, del camionero, del capataz idóneo en determinadas tareas, del que podía proveer a la alimentación de sus huestes. El fue el primero en alentar al desfalleciente, el que estaba donde era necesaria su presencia, con la pala, con el pico, cargando piedras, programando la futura tarea, asesorando a los novatos, inyectándoles su optimismo, su grandeza de espíritu, su amor entrañable al prójimo.

Su torso delgado era el primero que aparecía en aquellas frías mañanas otoñales, cuando alrededor de la vía destruida todo era desolación.

En aquellos homenajes que el país agradecido rindió a las **Brigadas Civiles** *(a las que hicimos mención en el Episodio 11) en todas esas demostraciones de gratitud de una comunidad iba implícito el homenaje particular al hombre que se había constituido en el paladín de la causa.*

Radicado en Montevideo, luego de su incesante trajín en pro de tantas causas nobles, él también añoraba aquellas queridas tierras norteñas donde día a día esperan su regreso una legión de amigos.

Es una lástima... Rivera no debió haber perdido nunca el concurso invalorable de este hombre.

Epílogo

Se terminaron amigos, los **episodios** *reales, de una hazaña inaudita, más sugestiva, humana y conmovedora que aquellas que protagonizaban los sombrerudos héroes del celuloide en la añorada sala de la Línea.*

Para los que hace rato peinamos canas (y cada vez menos) es sin duda muy poco tiempo 37 años, pero si pensamos, que los que en aquel entonces daban sus primeros tambaleantes pasos en la vida, son ahora ciudadanos de la República, se justifica la publicación de esta nota.

En cierto aspecto está dedicada a esa generación.

Dios quiera que sirva de estímulo para luchar con fe en pos del destino venturoso al cual tienen pleno derecho.

Indice

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de setiembre de 1996
en AMAUTA Talleres Gráficos
José E. Rodó 1847, Telefax: 49 81 22
Montevideo
Depósito Legal: 304.383

ganización de Football del Interior), Go- ra, Rumbo al futuro´´.

NOTA SOBRE EL AUTOR



Hipólito Zas Recarey cumplió en RIVERA los ciclos de Primaria y Secundaria, completando en Montevideo los cursos Preparatorios y Enseñanza Superior.-

Posee dos títulos universitarios:

- el de **Ingeniero Agrimensor**, egresando de la Facultad de Ingeniería el 23 de Diciembre de 1948, recibiendo la máxima distinción de **Medalla de Oro.-**

- el de **Doctor en Leyes y Ciencias Sociales**, egresando de la Facultad respectiva el 17 de Diciembre de 1979.-

En su actuación docente fue profesor de Matemáticas, Cosmografía y Dibujo Topográfico, en diversos institutos.-

Ingresó al Banco Hipotecario del Uruguay en 1945 como **Dibujante** ocupando luego los cargos de Agrimensor-Jefe, Secretario del Directorio y Sub-Gerente Técnico.-

Con anterioridad, estando radicado en Rivera (también vivió varios años en Livramento) fue fundador de la **Casa del Empleado** y del **Club Deportivo ATLAS**, habiendo también desempeñado los siguientes cargos:

Presidente de la Liga Santanense de Deportes, Delegado de la Confederación Riograndense de Deportes, Vice Presidente de la Liga Dep. de Fútbol de Rivera, integrando además los Consejos Directivos de varias instituciones culturales y deportivas de ambas ciudades fronterizas: Comisión D. de Educación Física, Club Uruguay, Ateneo de Rivera, clubes Gremio y Fluminense, etc.

En Montevideo fue Delegado de las **Ligas Afiliadas** ante la Federación U. de Basket-Ball, fundador de O.F.I. (Organización de Football del Interior), Gobernador del Distrito de Rotary Internacional, Presidente de **Univint** (Círculos Universitarios Internacionales), Club de Residentes de Rivera, Comisión Pro-Fomento de Punta Carretas.-

Fue comentarista de varios diarios de la Capital y editó la revista **FRONTERA**, dedicada a Rivera.-

Se le adjudicó el Premio **Amistad Argentina-Uruguay**, en ceremonia celebrada en la ciudad de Buenos Aires.-

Hasta el 15 de Agosto de 1996 fue **Presidente de la Comisión de Intercajas para-estatales** y de la **Caja de Jubilaciones y Pensiones Bancarias.-**

En 1944 recibió el Premio **MARCO DE ORO** en el área **Letras**, otorgado por la Intendencia Municipal de Rivera.-

En los últimos años escribió cinco libros sobre temas vinculados a Rivera: **``Cerro del Marco´´**, **``Rivera, Fronteriza y Romántica´´**, **``Agustín Bisio´´**, **``¡Aleluya! Rivera!´´** y **``Rivera, Rumbo al futuro´´**.